AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 2'50€

Nº 9 marzo 2007

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques, Francisco Javier Fernández, Rafaela Lillo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: Iluminada García Torres

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana,15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques	4
Gabriel Miró y la novela moderna	Miguel Ángel Lozano	6
La relación entre Alicante y Gabriel Miró: Desde la desconsideración al merecido reconocimiento	Manuel Parra Pozuelo	9
Las ratas	Francisco Alonso Ruiz	15
La Santa Compaña hace amigos	Airam Lebasi	16
Ruta mironiana	José Antonio Suárez	19
Años y leguas: Una mirada complacida	Rafaela Lillo	20
Dulce nombre de cereza	Mª José Arques	25
Las tertulias senabrinas	Luis S. Taza Hernández	26
Alfabeto mironiano	Fco. Javier Fernández	30
Sobre pedestal de piedra	Mª Amparo Benito Díez	40
Gabriel Miró y Oscar Esplá	Rosa Elia Castelló Gómara	42
Gabriel Miró y el arte	Francisco Alonso Ruiz	44
El humo dormido	Sergio Gadea	50
Vicente Ramos habla de Gabriel Miró	Mati Bautista	51
Palabras en honor de Gabriel Miró	Manuel Parra Pozuelo	52
Miró y Sigüenza	María Rosario Mohinelo	59
Oleza	Airam Lebasi	61
Alicante en Gabriel Miró	Francisco Alonso Ruiz	63
Pura anécdota	Mati Bautista	64
El caracol del faro en las líneas de un acróstico	Rafaela Lillo	65
Gabriel Miró y el poeta canario Alonso Quesada	Antonio Henríquez	66
Un atávico paseo	Mª José Arques	72
Gabriel Miró: Acróstico	Mª Amparo Benito Díez	73
Al busto de Gabriel Miró en su plaza	Francisco Alonso Ruiz	75
Esplendor y decadencia de una ciudad: Oleza	Manuel Ruiz-Funes Fernández	76
La desnudez escapa de la púdica Oleza	Manuel Parra Pozuelo	78
Tras los pasos de *Nuestro Padre San Daniel*	Airam Lebasi	79
Una tarde	Rafaela Lillo	84
Imágenes de un mundo mironiano	Mª José Arques	86
Epílogo	Rosa Monzó	90

EDITORIAL

Elaborar un monográfico sobre Gabriel Miró ha constituido para los integrantes de la Asociación Auca de las Letras un reto, un desafío que nos ha gustado afrontar. Y nos hemos enfrentado a él con sobrado deleite.

A lo largo de estos meses de documentación, recopilación y corrección de textos, maquetación y demás trabajos relacionados con la creación de la revista, nos hemos sentido envueltos en los particulares perfumes mironianos, hemos visto nuestro espíritu impregnado de emociones alicantinas, de paisajes percibidos desde lo más interno de nuestras sensaciones.

Algunos de nosotros hemos viajado a los pueblos alicantinos por los que anduvo Miró. Hemos ido, por ejemplo, a Polop, para captar in situ las miradas de Gabriel, de nuestro Gabriel, al que hemos aprendido a amar y a admirar profundamente.

He de decir que el balance de la culminación de este hermoso proyecto, que ya es una realidad en papel, ha resultado positivo en todos los aspectos.

Transmitimos desde estas líneas nuestro agradecimiento a Rosa Monzó, directora de la Biblioteca Gabriel Miró, que nos propuso la realización de este número monográfico, embarcándonos de ese modo en esta gratificante y didáctica aventura mironiana. Así mismo, agradecemos a la Caja de Ahorros del Mediterráneo su patrocinio económico, vital para la consecución de una labor de esta envergadura.

Entre los colaboradores que han aportado sus textos a este monográfico, hemos contado con la apreciada y docta palabra de Miguel Ángel Lozano Marco, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Alicante, indiscutible experto en la obra mironiana y exhaustivo investigador de la misma, hecho ratificado en su edición de *Las cerezas del cementerio*, cuyas notas nos han sido de gran ayuda. En su artículo *Gabriel Miró y la novela moderna*, Lozano enmarca la obra de Miró dentro de la época en la que escribió sus novelas, integrando su trayectoria en la corriente literaria de su tiempo.

Antonio Henríquez Jiménez, licenciado en Filología Hispánica y profesor en la Universidad de las Palmas de Gran Canaria, en su artículo *Gabriel Miró y el poeta canario Alonso Quesada*, analiza la amistad entre Quesada y el novelista alicantino, una relación afianzada por la sensibilidad de ambos escritores.

Rosa Elia Castelló Gómara, profesora de música del Instituto de Enseñanza Secundaria Poeta Paco Mollá de Petrel, nos habla de música en *Gabriel Miró y Óscar Esplá,* y lo hace narrando algunas anécdotas inherentes a la unión de estos dos creadores coetáneos.

Manuel Ruiz-Funes Fernández, presidente del Jurado del Certamen de novela corta Gabriel Sijé, en su bellísimo texto, *Esplendor y decadencia de una ciudad*, nos traslada a la ciudad mironiana de Oleza. María Rosario Mohinelo, en *Miró y Sigüenza,* analiza a este personaje de *Años y Leguas* desde su perspectiva personal. José Antonio Suárez nos deleita con su soneto *Ruta mironiana.*

Tres pintores nos han cedido sus obras para adornar las páginas de este número monográfico. Iluminada García Torres ha elaborado para nosotros un cuadro inspirado en el monumento de la Plaza Gabriel Miró, que luce en nuestra portada; Juan Ignacio Trives Ñíguez ha embellecido nuestras páginas con su arte figurativo. Manuel García Pérez, *Garpe*, aporta sus dibujos hechos a plumilla.

Rosa María Monzó Seva cuenta detalles de la andadura literaria de la Asociación Auca de las Letras en un conmovedor epílogo repleto de elogios dignos de nuestro

más sincero agradecimiento. Su texto culmina este monográfico con una magnífica presentación de lo que ha sido hasta ahora la revista Auca y nos anima, con sus edificantes palabras, a seguir con esta labor que supone una gran fuente de enriquecimiento para nosotros.

Les invito a adentrarse en el mundo de sensaciones que provoca la lectura de la obra de este magnífico autor alicantino. Para Auca de las Letras ha constituido un gran honor y un gran placer crear este número dedicado a nuestro Miró.

En esta ocasión, las páginas no sólo hablan, también sienten.

María José Arques

GABRIEL MIRÓ Y LA NOVELA MODERNA

Es posible que para apreciar el arte literario de Gabriel Miró, y entenderlo en su circunstancia temporal y en su contexto estético, pudiera ser lo más adecuado atender ante todo al género literario que cultivó de manera eminente; porque se da la paradoja de considerar como "anomalía" en la literatura española un tipo de novela que, si contemplamos el panorama de la literatura europea en el primer tercio del siglo XX, entenderemos como normal: es el tipo de novela que alcanza la altura de su tiempo. El lugar de Miró no se encuentra definido con claridad en el tipo de periodización y clasificación generacional ya obsoleta, ni tampoco entre los modernistas, si entendemos esta tendencia en el sentido convencional de hace treinta años; pero ocupa un lugar coherente si lo contemplamos situado entre Marcel Proust, Virginia Woolf, James Joyce, Alain Fournier, André Gide..., y esto no es una novedad. Las semejanzas con Proust han sido señaladas muchas veces, tanto por autores españoles ─Guillén, Baquero Goyanes, Márquez Villanueva─ como por franceses: Jacqueline Van Praag-Chantraine; las referencias a Virginia Woolf aparecen en el mismo prólogo al volumen de las *Obras Completas* de Biblioteca Nueva, y la sintonía entre la figura de Miró y la de Joyce la apuntó Valery Larbaud en el "Preface" a la traducción francesa de *Dubliners*. Este gran conocedor de las literaturas europeas entendió entonces ─ya antes de 1920─ la dimensión renovadora de la obra mironiana, su valor estético y su situación entre los primeros autores europeos.

Resulta evidente que las consideraciones apuntadas –el hecho de que Miró parezca ser un escritor "anómalo" en España y "normal" en el contexto de la literatura europea- no son sino el resultado de un método de análisis inadecuado; porque Miró encuentra su lugar en la literatura española si, en vez de seguir un criterio generacional, atendemos al género que cultiva: la novela. En esas consideraciones generacionales, e incluso en los "ismos", se suele saltar por encima de los géneros. Más bien, con los "ismos" se suele atender preferentemente al devenir de la poesía lírica, y mediante el método generacional se atiende a la ideología. Por otro lado, la novela española como género que adquiere una nueva fisonomía desde 1902, y la evolución posterior de los principales autores en el primer tercio del siglo XX ─salvo el caso de Baroja, que siempre ha sido considerado realista, sin serlo exactamente─ ha sido un asunto de interés secundario durante mucho tiempo; por regla general se tendía a poner en entredicho, cuando no a negar rotundamente, la pertenencia al género de las más avanzadas formas. Unamuno lanzó la humorada de llamarlas "nivolas", pero Azorín, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Miró o Ramón Gómez de la Serna siguieron cada uno su línea, conscientes de la necesidad de renovar el género. Hace más de treinta años que un crítico perspicaz como Leon Livingstone, al reflexionar sobre la novela de aquella época (1900─1930), escribía que "quizás la reacción más característica de los críticos haya sido y siga siendo poner en tela de juicio no sólo el mérito sino la validez misma de las creaciones anticonvencionales de este periodo". Con lentitud va estableciéndose una valoración comprensiva.

El camino que intentamos seguir fue señalado por Azorín hace muchos años. En 1926 escribe que "las épocas literarias las forman más la transformación de los géneros, la modificación ─si no transformación─ de esos géneros, que las individualidades o grupos de individualidades". La transformación del género novela en los comienzos del siglo XX tiene una fecha decisiva: el año 1902. Los criterios generacionales nunca han servido para explicar la renovación de un género. Las

novelas de 1902 (*La voluntad*, *Camino de perfección*, *Amor y pedagogía*, y *Sonata de Otoño*) son cuatro propuestas hondamente renovadoras después de la crisis del modelo naturalista ─es decir, de la mentalidad positiva─ que se había ido produciendo en el último cuarto del siglo XIX. Ha entrado en crisis un modelo de representación mimética de la realidad, una realidad que ya no se concibe como separada del sujeto que conoce. Es el sujeto quien puede dar testimonio de su representación del mundo, y ese testimonio, en literatura, no puede darse más que en el mismo lenguaje, que radica en esa conciencia, y no en una realidad que se pretende representar de manera impersonal u objetiva. La novela ya no va a dar cuenta de una realidad que existe fuera de sus páginas, sino que es en sus páginas donde reside una formulación de la experiencia del hombre. La novela representa no al mundo, sino la conciencia que el escritor tiene del mundo, en forma de lenguaje.

A esta nueva novela cabe denominarla "modernista". De este modo no sólo recupera el modo como era entendida en su época, sino que se integra perfectamente en ese momento amplio, dinámico y complejo de la cultura y de la literatura occidental que es entendido con la misma denominación. Tampoco debemos entender la utilización del término "modernismo" como una claudicación ante el ya omnipresente "Modernism" elaborado en los últimos treinta años por la crítica anglosajona; en realidad, es lo mismo que habían advertido y expresado en sus escritos de los años treinta Juan Ramón Jiménez y Federico de Onís, seguidos luego por Ricardo Gullón: el modernismo como época y como nueva estética.

Calificar como "modernistas" las primeras novelas de Martínez Ruiz o de Baroja no es sino recoger criterios coetáneos a su aparición y recurrir a la autoridad de quien conocía bien el momento literario. Me refiero a doña Emilia Pardo Bazán quien, desde la páginas de *Helios*, y al tratar sobre "La nueva generación de novelistas y cuentistas en España", sitúa a esos dos escritores "de lleno en la corriente modernista", hace hincapié en el carácter de análisis de interioridades anímicas que presentan las nuevas novelas, en las "impresiones" y en los "pensamientos" de sus protagonistas, que constituyen el foco de atención, y concluye afirmando que "estas dos novelas, *La voluntad* y *Camino de perfección*, delatan el mismo estado psíquico, y las clasifico bajo el mismo letrero [modernistas]. Son documentos exactos y útiles para fijar y definir el estado de alma de tantos intelectuales españoles al albor del siglo XX".

Esta novela modernista se ha de caracterizar por reducir al máximo el elemento argumental, por ser expresión de los sentimientos e ideas de un protagonista en cuya conciencia, al manifestarse, se define su mundo, y por utilizar un lenguaje que, al privilegiar la función expresiva, se orienta hacia lo lírico. La novela existe como extensión de un personaje cuyo mundo brota y se materializa en forma lingüística; en ellas parece que se desarrolla la frase central de *La voluntad*: "La sensación crea la conciencia; la conciencia crea el mundo". Es lo propio y peculiar en esa novela modernista el ser "novela de personaje", y quedar definida por él; de este modo, y además de su título, cada una de ellas será la novela de Antonio Azorín, Fernando Ossorio, Xavier de Bradomín, Andrés Hurtado, Augusto Pérez, Luis Murgía, Alberto Díaz de Guzmán... Como sabemos, Gabriel Miró contribuyó decisivamente a esta novela de personaje con varios títulos, entre los que destacan tres: *La novela de mi amigo* (1908), *Las cerezas del cementerio* (1910) y *Amores de Antón Hernando* (1909), novela corta que aparecerá ampliada en 1922 con el título de *Niño y grande*. Son éstas las novelas de Federico Urios, Félix Valdivia y Antón Hernando, respectivamente. Novelas líricas, tal vez los ejemplares más representativos de esa modalidad literaria "modernista", porque si una novela española puede ser entendida y analizada desde los criterios aportados por Ralph Freedman en su conocido libro *La novela lírica*, ésta es sin duda *Las cerezas del cementerio*. Por otro lado, hay que señalar que ya en 1908 un crítico perspicaz como Bernardo G. de Candamo utilizó el término "novela lírica" para definir la índole de *La novela de mi amigo* en una muy

temprana formulación de un concepto que habría de desarrollarse fuera de España medio siglo después, sin contar con Gabriel Miró, hasta que Ricardo Gullón y Darío Villanueva aplicaron los criterios derivados de Freedman a los ejemplos literarios hispánicos.

Encontramos aquí el lugar de Gabriel Miró, nada "excéntrico" ni "anómalo", sino integrado en perfecta sintonía con una manera de creación literaria en la que destacan Martínez Ruiz, Valle-Inclán, Baroja, Unamuno, Pérez de Ayala, Jarnés..., que logra estar a la altura de un momento cuyos nombres en Europa son Proust, Joyce, Woolf, Fournier... En este contexto Gabriel Miró aporta su voz personal, siempre en el seno de una novelística que, en ruptura con el realismo, construye el mundo desde una subjetividad cuya forma es un lenguaje vibrante y estremecido. Pero si en el contexto de los primeros lustros del siglo XX Miró comparte un tipo de concepción novelística que en la literatura española tiene como origen el *annus mirabilis* de 1902, en otro nuevo *annus mirabilis*, menos aireado pero no menos significativo, vuelve a mostrar, más que su sintonía con la época, su privilegiada situación de adelantado, de figura señera y ejemplar. Se trata de 1926, cuando en feliz coincidencia ─otra feliz coincidencia─ ven la luz *Tirano Banderas*, *Tigre Juan* y *El curandero de su honra*, junto con *El obispo leproso*, segunda parte y culminación de *Nuestro Padre San Daniel*; en ese mismo año se fecha y publica la trilogía *Agonías de nuestro tiempo* y un año antes Azorín había dado a la imprenta su bella novela poemática *Doña Inés*. Las novelas líricas (manifestaciones de las conciencias de sus personajes) se han transformado en "novelas poemáticas" en las que, por virtud de su forma, se muestra un mundo completo y complejo. Son grandes novelas que tienden a crear una nueva objetividad no realista en virtud de una forma plena lograda a fuerza de cultura, inteligencia y sensibilidad. En los mejores casos ─como son los citados─ la obra de arte no será reflejo ni imitación de la realidad, no remitirá a un referente ─los datos de la experiencia cotidiana─ ajeno a ella misma; ni tampoco será indagación en los movimientos de una conciencia que intenta dar sentido a las sensaciones, pero que no puede acceder a la experiencia de una vida plena (recuérdese *La voluntad*). La obra de arte es una realidad en sí (*Doña Inés*, *El obispo leproso*, *Tigre Juan*); una realidad que se independiza tanto del creador como del objeto o de la experiencia no artística, pero que ha surgido del encuentro del sentimiento y la conciencia del artista con el mundo fenoménico. Es la forma, pues, lo que va guiando al artista en el conocimiento de la realidad ("sin la carne y la sangre de la palabra no puedo ver la realidad", escribe Gabriel Miró). Con tales presupuestos, nos hallamos ante una de las épocas más brillantes de la historia del arte y de la cultura; por su escrupulosa conciencia, los creadores saben que el arte es una realidad autónoma, una creación lograda con esfuerzo en busca de una perfección en la forma que no se agota en lo que superficialmente entendemos como formalismo, sino que hunde sus raíces en la vida y que ─en literatura sobre todo, por su carácter conceptual─ aspira a un conocimiento en profundidad de los más íntimos resortes del fenómeno vital y de la experiencia del hombre en el mundo.

Miguel Ángel Lozano

LA RELACIÓN ENTRE ALICANTE Y GABRIEL MIRÓ: DESDE LA DESCONSIDERACIÓN AL MERECIDO RECONOCIMIENTO

Gabriel Miró por Adelardo Parrilla

El escritor vio la luz pasados los tres primeros cuartos del siglo XIX, en 1879, cuando ya la centuria se adentraba en su recta final, en la calle Castaños, una de las más emblemáticas de Alicante, y siempre recordará cómo, desde aquellos sus primeros días, sus ojos se llenaban del azul de sus aguas, en aquella ciudad, entonces, llena de terrados blancos con palomas que iban y venían.

Más tarde, ya en 1900, tras sus años de formación, transcurridos en el Colegio de los Jesuitas de Orihuela y de una breve estancia en Ciudad Real, concluye sus estudios de Derecho, aunque nunca lograría conseguir un puesto de trabajo apropiado o superar una de las oposiciones a las que habitualmente se optaba con esta carrera, e inicia la publicación y escritura de sus obras, apareciendo algunas en la revista alicantina *El Íbero*, dirigida por su amigo Francisco Figueras Pacheco, y editándose otras a costa de Gabriel Miró. En ellas se apuntan ya los caracteres que definirán sus creaciones de madurez, sobre todo su ferviente culto a la belleza y su propósito de trasmitir a sus lectores sensaciones que los eleven sobre la vulgaridad. Un año después contrae matrimonio con Clemencia Maignón Maluenda, y los esposos se instalan en la casa de los padres del joven escritor. Su nueva situación lo empujará a la búsqueda de un empleo que le permita atender sus nuevas necesidades, a tal efecto obtiene, en 1906, una plaza de oficial interino de la Dirección del Hospital Provincial de San Juan de Dios, con un sueldo de 150 pesetas mensuales.

Su primer gran éxito literario lo consigue con su novela *Nómada* que, en 1908, obtiene el primer premio del concurso de *El cuento semanal*, otorgado por un jurado integrado por tres de los más prestigiosos escritores del momento, Don Ramón María del Valle Inclán, Don Pío Baroja y Don Felipe Trigo. El seis de marzo de ese mismo año, muere su padre, que había sido Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, agravándose, desde ese momento, la situación económica familiar. Gabriel Miró verá, como consecuencia de este premio, incrementado su deseo de ser escritor, aunque su dedicación a otras tareas de cara a procurarse recursos para atender sus necesidades vitales le dificultará una exclusiva atención a sus obras. Respondiendo al ofrecimiento de la Presidencia Honoraria de la Juventud Alicantina, da cuenta de lo contradictorio de su situación, afirmando: “Algunos ratos me encierro aquí y escribo algo, pero nada más, ni tengo condiciones, ni tranquilidad de espíritu para dedicarme al estudio que estos asuntos merecen: soy víctima de las miserias de la vida.”

Ciertamente entre miserias y homenajes transcurrían también las relaciones entre el escritor y la ciudad que lo vio nacer. Sus amigos solicitaban de las autoridades que atendieran sus materiales necesidades, Salvador Rueda afirmaba: “Si yo fuera presidente de esa Diputación o Alcalde de ese Ayuntamiento o las dos cosas a la vez, ya estaba cogiendo la campanilla, y después de hacer con ella *tilín, tilín* y dejar abierta la sesión diría: Vota esta ciudad de la belleza y de la caballeresca alegría cincuenta duros mensuales para alpiste de su ruiseñor. He dicho“. El ingeniero Nicasio Mira, más prosaica y concretamente, se adherirá a esta solicitud, afirmando: “Gabriel Miró no es rico; necesita ganarse el pan de cada día en las oficinas de la Diputación Provincial ¿por qué en sustitución del destino que desempeña, del diario despacho de expedientes que tantas energías consume, no se le nombra con igual sueldo cronista de nuestra ciudad?”

Accediendo a las múltiples solicitudes, entre ellas la de Óscar Esplá, la Diputación lo nombra cronista Oficial de la Provincia de Alicante, el 12 de septiembre de 1909; sin embargo, en febrero de 1910 es cesado de empleo y sueldo, como consecuencia de un ajuste presupuestario, aunque, tras las generalizadas quejas y protestas, como una suerte de compensación, fue designado Auxiliar del Delegado del Gobierno de la Junta de Obras del Puerto. Estas situaciones afectaron muy negativamente al escritor que, en carta a uno de sus amigos, afirmaba, con indudable sarcasmo: “La plaza de cronista, con sueldo decente, como tienen todos los cronistas, era a mi parecer lo que mejor se compadecía con mis aficiones. Pero mis protectores, mis mecenas alicantinos me creen inútil y me echan.”

Tenía Gabriel Miró suficientes motivos para no sentirse satisfecho con la consideración y el padrinazgo que le dispensaba la ciudad a la que dedicaba sus más inspiradas páginas, tal como su amigo José Guardiola Ortiz, en 1911, decía: “Había pasado ya de la treintena; llevaba publicados seis libros; alcanzado renombre con el premio de *El Cuento Semanal*; y merecido lisonjeros juicios de los más famosos de nuestros escritores, y de prestigiosos literatos extranjeros. No obstante, las liquidaciones de sus editores eran irrisorias, escaso el producto de sus colaboraciones periodísticas y pobre el sueldo de los diversos cargos que obtuvo. En ninguno de ellos logró rebasar los treinta reales diarios…Tenía razón para vivir amargado. Todos sus libros estaban saturados del amor que sentía por Alicante…Y Alicante no correspondía al bien que sobre él derramaba.”

El 3 de octubre de 1911 los diputados provinciales de Alicante lo reintegran a su puesto de cronista, iniciándose un proceso de continuadas reclamaciones, ya que Miró estimaba sus obligaciones, en relación con este cargo, con una liberalidad que no coincidía con las de sus mentores; a este respecto, afirmaba: “Mis libros se sustentan principalmente de la lumbre y la luz de esos pueblos y hasta Unamuno ha dicho que los campos de mis *Figuras de la Pasión* están comprendidos a través de nuestros paisajes levantinos.” Considerando, en consecuencia, que no era necesario escribir crónicas específicas para percibir sus remuneraciones.

En 1914, ante las dificultades para obtener en su ciudad ingresos suficientes que le permitieran sufragar los gastos de su hogar, en busca de horizontes más amplios para sus aspiraciones literarias, y confiando en sus amistades y conocimientos en la Ciudad Condal, se traslada con su familia a Barcelona, continuando en ella su peregrinación por empleos burocráticos, muy poco acordes con su vocación. Al poco de instalarse en la ciudad es nombrado contable de la Casa de Caridad, empleo que atiende durante las mañanas, mientras que dedica las tardes a escribir. Su casi exclusiva entrega a las tareas de dirección y organización de la *Enciclopedia Sagrada Católica* le obligó a abandonar su empleo de contable y a dejar de escribir sus artículos para los periódicos de Barcelona, sin embargo, el proyecto, dificultado por el estallido de la primera guerra mundial, cosecha un absoluto fracaso, hasta tal punto que ni siquiera proporciona a Miró los salarios convenidos, dedicándose entonces a la escritura y

Gabriel Miró paseando por tierras levantinas

publicación de sus obras de madurez. En 1916 aparece el primer tomo de *Figuras de la Pasión del Señor* y es nombrado auxiliar del Archivo Municipal de Barcelona; al año siguiente, tras la publicación del segundo tomo de *Figuras de la Pasión del Señor (Estampas viejas)* y la reproducción de uno de sus fragmentos en el periódico *El Noroeste* de Gijón, un juez de esta ciudad, que cree ver en el texto un delito de escarnio público al dogma católico, decreta la prisión y el procesamiento del director de esta publicación, dando lugar a un escándalo de considerables dimensiones, que incidió muy negativamente en sus pretensiones de obtener, con esta obra, el premio Fastenrath de novela, que fue otorgado a *El verdadero hogar,* narración que la historia de la literatura ha sumido en el más absoluto de los olvidos. En 1918, agobiado por sus carencias económicas que no había resuelto con su traslado a la Ciudad Condal, Gabriel Miró se quejaba amargamente de la desatención de la Diputación de Alicante, diciendo en una carta a uno de sus amigos: “Estamos en diciembre y todavía no he cobrado un céntimo de todo el año de la Diputación. Es una paradoja que sólo se da en mi tierra, a la que no encuentro cuando más la necesito”. Considerando imposible conseguir los objetivos de mejora económica y profesional que lo habían empujado a Barcelona, a pesar de su adscripción al Archivo de la sección de Cultura de su Ayuntamiento y de haber aceptado el encargo de redactar la crónica de esta ciudad durante el siglo XIX, en 1920, decide trasladarse a Madrid, donde inicia sus colaboraciones en *El Sol*, el periódico de Don José Ortega y Gasset, y se le asigna un puesto burocrático en el Ministerio de Trabajo.

Tampoco en la capital de España resuelve sus continuados problemas económicos. En 1921, manifiesta, a este respecto, que siente el más grande y doloroso desencanto de su vida y, en busca de la curación de su hija Clemencia, inicia sus veraneos en Polop de la Marina. Al año siguiente opta, sin éxito, por segunda vez al premio Fastenrath de la Real Academia Española, con su novela *Nuestro Padre San Daniel*; en esta ocasión, los sectores reaccionarios llevaron a cabo una sucia campaña de desprestigio y enviaron a los integrantes del jurado los recortes de los periódicos en los que se le atacaba por sus *Figuras de la Pasión del Señor*. El 1 de agosto, el Ministerio de Instrucción Pública lo nombra “Auxiliar, en concepto de competente literario y artístico de los Concursos Nacionales de protección a las Bellas Artes”. En esta etapa de su vida continúa sus colaboraciones en diversos periódicos españoles y extranjeros, entre los que destaca La Nación, de Buenos Aires. En 1923 la Diputación de Alicante lo nombra Cronista de la Provincia, aunque momentáneamente sin sueldo, mientras que la de Barcelona le reclama el fruto de los trabajos por los que ha sido remunerado, afirmando: “No ha entregado trabajo alguno referente al encargo que se

le confió y no se ha presentado en ocasión alguna a prestar servicio". En 1925 un jurado constituido por José Francos Rodríguez, Gabriel Maura, Pedro Muñoz Seca, Eugenio D´Ors y Darío Pérez le otorga el premio Mariano de Cavia, por su artículo titulado *Huerto de cruces*, en el que glosa una estampa tan alicantinista como el cementerio de Polop de la Marina. En este tiempo, inicia la preparación de sus *Obras completas*, que comenzarían a publicarse a partir de 1926, y es entonces cuando su novela *El obispo leproso* da lugar a una campaña contra el escritor, promovida por *El debate* y otros sectores reaccionarios y clericales, a pesar de que su prestigio como novelista queda, con esta obra, definitivamente consolidado. En diciembre de 1927, en carta dirigida a Enrique Puigcerver, afirma: "Según me dice el editor, *Su Ilustrísima* ensancha su diócesis de lectores. Verdad será cuando en nuestro pueblo no se han vendido más de seis ejemplares y hasta ahora si no recuerdo mal la estadística de mi mercado, vendía más en Teruel que en Alicante ¡Bendicamus Domine!". Ese mismo año, dentro de campaña jesuítica contra sus obras, se publica, en Orihuela, un artículo con el título *"El obispo leproso: sandeces, injurias y otros excesos",* aunque también en esas fechas lo proponen para ocupar un sillón de la Real Academia Española escritores tan prestigiosos como Azorin, Armando Palacio Valdés y Ricardo León, y ante el naufragio de su candidatura, que el escritor achaca a sus enemigos, "telares y de corto", deberá continuar en su jaula burocrática y en la cárcel de sus estrecheces económicas. Aunque algunas satisfacciones derivadas del prestigio de su obra y del cariño de jóvenes escritores no eran ajenas a Gabriel Miró, que al final de este año recibió, desde aquella Sevilla que acababa de contemplar el bautismo de la generación del 27, una tarjeta, firmada por Jorge Guillén, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, J. Bergamín, Gerardo Diego y Fernando Villalón, en la que todos ellos y José Bello, "aunque no tenía el gusto de conocerlo", le decían "participar en la admiración y el cariño a Sigüenza".

Entrevistado por César González Ruano para el *Heraldo de Madrid*, en 1929, diría al afamado periodista, al ser preguntado por sus aspiraciones a ocupar un sillón de la Real Academia de la Lengua Española: "Además yo no tengo espíritu académico sería un hombre inútil en la Academia como lo he sido casi en la vida…Nadie se ocupa de mí. Yo soy un hombre retraído, que no puede ser tema de actualidad." Los últimos días de su modestísima vida transcurren en mayo de 1930. El día 27, tras recibir la visita de un sacerdote, al que permite, por corrección, permanecer unos instantes en su habitación, aunque a su salida, dijese: "El hombre no me ha servido para nada", despidiéndose de todos con el nombre de la ciudad que le vio nacer y que siempre estuvo en su corazón y en sus escritos, expiró.

Aunque sus paisanos reclamaron el traslado de sus restos mortales a su ciudad natal, siguiendo sus instrucciones fue enterrado en Madrid, el día 29 de mayo. En el segundo aniversario de su muerte, el 27 de mayo de 1932, Don Lorenzo Carbonell, alcalde de Alicante, propuso a la corporación municipal que, como homenaje a Gabriel Miró, se erigiese un busto en la plaza que hoy lleva su nombre. En la sesión en la que se hizo pública esta iniciativa, el portavoz de la minoría socialista González Ramos proclamó su convencimiento de que el escritor no era propiedad exclusiva de esta ciudad, sino que pertenecía a toda la provincia y, aceptando el alcalde esta puntualización, el busto del escritor, obra del escultor José Samper Ruiz, fue, efectivamente, sufragado mediante aportaciones procedentes de todos los pueblos de la provincia. En este orden de cosas, es preciso constatar que, a pesar de sus méritos, no ha recibido el título de hijo predilecto ni de la ciudad ni de la provincia, ni la medalla de oro de la provincia de la que fue su cronista oficial. Tras su muerte, fue incluido en la nómina de sus hijos ilustres y se designó con su nombre la plaza en la que se ubica su busto, que, con anterioridad, se denominó de las Barcas y cuando se cambió su nombre se llamaba de Isabel II.

La inquisitorial depuración llevada a cabo tras la guerra civil también afectó a un grupo escolar, que había sido designado con su nombre en la época republicana, y en abril de 1939, por resolución de la Comisión Provincial de Enseñanza fue denominado "Víctor Pradera", escritor tradicionalista, cuyas obras completas fueron prologadas por Francisco Franco, a la sazón Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado Español; esta denominación fue mantenida por el citado colegio público hasta mayo de 1982, y a partir de esa fecha pasó a denominarse "Nou d´octubre", conservando este nombre hasta el día de hoy. Actualmente existen en la provincia tres Colegios Públicos de Enseñanza Infantil y Primaria con el nombre del eximio escritor (uno en Alicante, otro en Benidorm y otro en Calpe), y un Instituto de Enseñanza Secundaria, desde 1964, en Orihuela (la Oleza mironiana). Posiblemente en la época de posguerra, pero, sin duda, respondiendo a idéntica motivación, que fue la que condujo al injustificable cambio de nombre del colegio designado con el del escritor, un ejemplar de un texto de Juan Gil-Albert, titulado *Gabriel Miró (El escritor y el hombre)*, publicado en Valencia, el año 1932, con el número XXVII de *Cuadernos de Cultura*, en la actualidad dentro de los fondos bibliográficos de la biblioteca Gabriel Miró, fue bárbaramente mutilado. Alguien arrancó las páginas correspondientes a su capítulo V, titulado "Los poderes oscuros", y explicitó, con una leyenda manuscrita en su índice, la razón de la inquisitorial censura, al decir: "Este capítulo lo suprimo por su índole ofensiva y canallesca". Haciendo así visibles "los poderes oscuros" a los que el título aludía. En cuanto a la actual ubicación en los currículos educativos de la Comunidad Valenciana, en Educación Secundaria Obligatoria, no aparece explícitamente citado y el único lugar en el que podría ser incluido, emparedado entre las generaciones del 98 y el 27, no es precisamente favorable a la imprescindible y detenida atención que se le debía prestar en nuestras aulas; por el contrario, el currículo de Bachillerato lo incluye, con mejor criterio, entre sus contenidos de Castellano Lengua y Literatura, materia común, en el grupo III, dentro de la narrativa del siglo XX y de los nuevos modelos narrativos.

Como una iniciativa docente, digna de ser reseñada y aplaudida, citamos la materializada por el Seminario de Lengua y Literatura Españolas del Instituto "Miguel Hernández" de Alicante, que, durante el curso 1993-1994, llevó a cabo el proyecto *"Miró en las aulas"*, que hizo posible que centenares de alumnos y alumnas pudieran conocer la vida y la obra de Gabriel Miró.

En relación a su recuperación, tras la contienda civil, ya en 1943, la editorial Biblioteca Nueva publicó, en un solo tomo, con un prólogo de Clementina Miró, sus *Obras Completas*; así mismo, en diciembre de 1946, la revista *Ínsula* dio a la luz un número homenaje al escritor, en el que se anunciaba la Edición Conmemorativa de sus *Obras Completas*, bajo el patrocinio de los Amigos de Gabriel Miró. La, entonces, Caja de Ahorros del Sureste, promovió la biblioteca con su nombre, que fue inaugurada el 27 de abril de 1952, y tuvo como impulsor y primer director a Don Vicente Ramos, que sigue siendo su Director Honorario, y en 1979, coincidiendo con el primer centenario del nacimiento de Gabriel Miró, publicó un libro titulado con el nombre del escritor, y también la Caja de Ahorros Provincial de Alicante editó un volumen que se tituló *Homenaje a Gabriel Miró. Estudios de crítica literaria*, coordinado por Juan Luis Román del Cerro, con trabajos de los más prestigiosos especialistas. Igualmente es preciso reseñar que Don Vicente Ramos dio a la luz, en 1996, un extenso estudio biográfico titulado *Vida de Gabriel Miró.*

La benemérita labor de custodia y difusión de la obra mironiana, llevada a cabo por la actual Caja de Ahorros del Mediterráneo, posibilitada e impulsada por la donación del legado del fondo bibliográfico y documental, que los nietos del escritor (Olympia y Eusebio Luengo) guardaban en su domicilio familiar de Madrid, y la cesión de los derechos de autor e imagen, ha hecho posible la coedición de sus *Obras Completas*,

en colaboración con el Instituto Juan Gil-Albert, bajo la dirección del profesor Miguel Ángel Lozano. En los últimos años, bajo el patrocinio de la CAM, han tenido lugar dos simposios que, al más alto nivel, han contribuido a difundir y valorar en su justa medida la obra de Gabriel Miró. El *I Simposio Internacional Gabriel Miró* se realizó los días 12, 13, y 14 de noviembre de 1997. Coincidiendo con este acontecimiento tuvo lugar una exposición de fotografías y paneles bajo el título *Gabriel Miró, escritor (1879-1930)*, que abordaron tres perspectivas de su figura *("El escritor", "El hombre y su ambiente" y "Gabriel Miró y las sensaciones")*. El *II Simposio Internacional, Gabriel Miró novelista* se celebró el año 2002, bajo la dirección de Miguel Ángel Lozano, con tan buena acogida y tan exitoso resultado como el primero.

Podemos afirmar que, en Alicante, en los últimos tiempos, sobre todo, a través de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, se ha realizado una meritoria labor de rehabilitación de su figura y de difusión de sus obras, aunque no es menos cierto que, en vida del escritor, en muchas ocasiones, las autoridades de entonces hicieron oídos sordos a su peticiones, y que, tras la guerra civil, "los poderes oscuros", que nunca habían sido favorables a sus obras o a su persona, tuvieron la incalificable osadía de eliminar su nombre de uno de los centros escolares de su ciudad. Las páginas de este número monográfico de AUCA también quisieran ser una aportación al reconocimiento y la difusión de la obra mironiana, rebosante de amor a su ciudad y de sentimientos auténticamente religiosos, en cuyo nombre se desataron contra el escritor las más inmotivadas y tendenciosas campañas.

Manuel Parra Pozuelo

Las ratas

Vienen del albañal de los Franciscos.
Son voraces y turbias y membrudas.
Por los bancos del prebisterio,
por las rendijas de las tumbas,
desde el armonium de Santa Cecilia,
voraces y velludas,
hasta el tirso de las azucenas
de San Luis Gonzaga, pululaban, rotundas.

Asomaban sus pelajes verdes
en las tardes de lluvia,
en los días de sol y de fiesta,
en las noches desnudas…
Llegaban las ratas…
Se escondían entre las casullas,
entre las capas de brocado,
entre los ornamentos… Son inmundas:
se comen las reliquias sagradas,
los códices y los Evangelios,
las formas consagradas… Son oscuras,
son horripilantes y obscenas.
Llegan del Más Allá, de la ultratumba.

¡Vade retro, Satanás! – les dice
el Padre Bellod, y las azuza
para que nunca más se le aparezcan,
para que nunca más acudan
a sus sueños de miedo y de zozobra,
a sus temores y sus dudas,
a su pavor y su delirio,
a sus noches de calentura…

Que se asomaban sus pelajes verdes,
y son demonios, trasgos que lo asustan,
presencias que le hablan de la muerte,
sensaciones confusas,
presagios misteriosos e imposibles
que nunca disipar consiguió nunca…

Así, en *Nuestro Padre San Daniel* lo cuenta
Gabriel Miró. Lo expresa con finura,
con la ternura casi franciscana
que su prosa rezuma.

Francisco Alonso Ruiz

LA SANTA COMPAÑA HACE AMIGOS

La Santa Compaña vagaba por el bosque de Cecebre cuando vio a su amigo, el bandido Fendetestas, que recorría su fraga en espera de algún viandante. La Santa Compaña apreciaba al ladrón porque en su pobreza les ofrecía muchas misas y rezos. Siempre estaban necesitados y si no fuese por estas personas terrenales, que los iban liberando de las culpas, la fila de ánimas en pena sería interminable.

La noche era oscura como boca de lobo. El hombre se aburría. Sentóse en una peña y se puso a soñar con la riqueza que poseería el día que atracase la casa del cura. Cuando fuera rico viajaría a América. ¡Contaban tantas cosas grandiosas de allá! Y de las mujeres ¿qué decir? calientes y culonas, como le gustaban a él. De pronto se quedó helado en sus pensamientos: un olor a difunto y un gemido lastimero. Su corazón dejó de latir. ¡Un fantasma! Allí, a su lado, casi tocándolo estaba un fantasma. Él distinguía bien los auténticos de los falsos. Muchas veces en sus robos utilizaba ese atuendo: la sábana y los gemidos.

—¿Quién eres? ¿qué quieres? —su voz temblaba y tartamudeaba.

—No te asustes. Soy el alma de Fiz Cotovelo que pena errante en la tierra por no haber cumplido una promesa. La de ir en penitencia a San Andrés de Teixido, que dice la sentencia: "irá de muerto el que no fue de vivo". Además me llevé a la tumba otro pesar, el de no haber ido a América. Castigado a no descansar mientras no se cumpla la promesa me vine para la fraga de Cecebre porque nací aquí. Busco un cristiano que me haga este favor. Tiene que ir descalzo y llevar una vela tan alta como yo he sido. Yo no puedo cumplir este requisito por ser un difunto.

—Conmigo no cuentes —dijo Fendetestas— Si me ven por ahí me detienen. Mi oficio, ¿comprendes? Quédate en el bosque, así me haces compañía.

Mientras, la Santa Compaña sobrevuela la fraga y contempla con gozo a aquellos dos amigos. No se deja ver. Entre los miembros de la Hueste corre un olor de simpatía hacia aquellos dos penitentes, aunque Fendetestas esté vivo, es un buen cooperante.

Transcurren los días y la noticia del fantasma de la fraga se dispersa por la comarca. El ánima en pena con su arrastrar de cadenas y su lúgubre ulular aterroriza a los aldeanos. Procuran no atravesar el bosque para huir de aquel difunto que les propone algo que, horrorizados, no se detienen a escuchar. Fendetestas se queda sin clientes y se queja a Cotovelo.

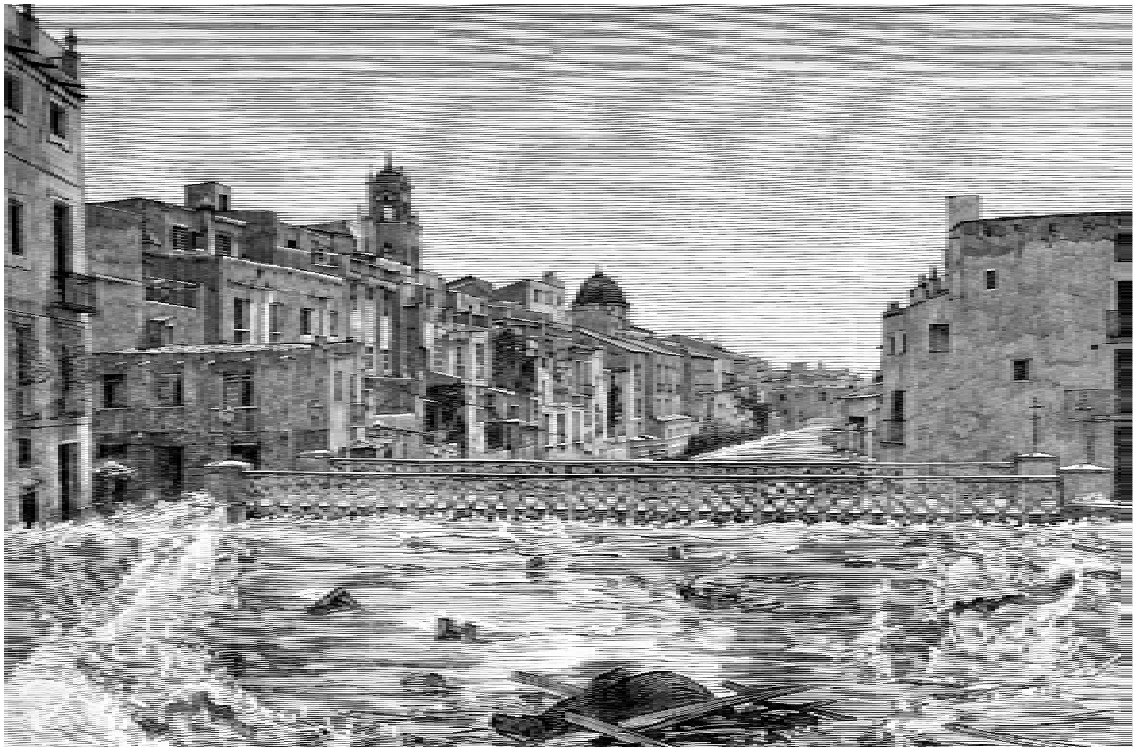
—Me asustas al personal. Desde que vagas por el bosque no me como una rosca. Te tienes que ir. Eres mi ruina. —dijo Fendetestas con cuidado ya que no convenía enfadarse con un espíritu.

La noche era como sopa de tinieblas. Los dos estaban sentados en el pico más alto de las rocas. Fendetestas distinguió en la lejanía unos puntos de luz que en perfecta formación rozaban los árboles en lento discurrir. Se le ocurrió una idea.

—Mira, Cotoveliño. Por allí va la Santa Compaña —Fendetestas persignóse— Se dirigen a occidente. Siempre en derechura llegarán a América y podrán dar la vuelta al mundo. Yo de ti me iría con ellos. Cumplirías tu deseo de ir a América. No te costaría un duro, además.

Sin decir palabra, el fantasma de Cotovelo, erguido y lúgubre, se alejó con el viento y pronto apareció una luz más en la procesión de luminarias que se alejaban hacia el mar. La Santa Compaña recibió con un alegre resonar de cadenas y aullidos espectrales a su nuevo compañero. Y zurearon lúgubremente. Sopló un viento del

norte que desvió la macabra procesión hacia tierras del Saines. Rozaron las viñas y los maizales, siguieron el cauce del río sobre los salgueros, cuando don Juan Manuel Montenegro, ebrio de vino y de culpa, es deslumbrado por los espectros y sus cirios. Cae aterrado del caballo, implorando a los santos que lo libren de tan funesta visión. Pasan las almas en pena. La blanca fila tiembla como una niebla y rodea al hidalgo al



Detalle de la riada acaecida en la ciudad de Orihuela en 1879

que le tienden un cirio para que se incorpore a la hilera de ánimas. Don Juan Manuel pide piedad por sus pecados. Debe permanecer en su casa de Lantaño para ser perdonado por su mujer, aquella santa a la que tanto hizo sufrir, y calmar a aquellos lobos, sus hijos, descendientes de su sangre maldecida, que sembraron la lujuria, el anatema y la avaricia en su estirpe decadente, y repartir con los pobres su hacienda y rogar a Dios por sus pecados. Después se someterá a los designios de la Santa Compaña para vagar en penitencia. Tiembla al sentir el escalofrío de la muerte, el aliento a sepultura invade sus sentidos y pierde el conocimiento. Las brujas, en aquelarre, espantan a la Hueste que en un volteo se desvía otra vez con el viento, esta vez hacia el este. Ululan por una ciudad oscura de iglesias y conventos que se sumerge anegada por las aguas y la muerte. Permanecen sobre ella, pasando y repasando para observar el caos en que se encuentra. Es Oleza.

En Oleza los acontecimientos de la novela de *Nuestro Padre San Daniel* llegaron a su fin. Una riada y el desbordamiento del río Segral precipitan a los personajes a un cambio de vida. La muerte recorre previsora el escenario. Las gentes imploran a San Daniel, que, ciego y sordo, no los escucha, y el agua cae y cae sin piedad.

Dicen que la ciudad era una gárgola que el río se bebía enfadado, espeso de cuajadas de muladar, pringue y estiércol; un río convulso, veloz, arrastrando garbas de cáñamo y de mies, cañizos de pimentón, cuévanos de capullos, artesas, aparejos, aves y otros animales ahogados que taponaban el puente de los Azudes. El agua buscaba nuevas salidas por calles y callejones arrasando todo a su paso. Los molineros, con garfios y sogas, trataban de socorrer y auxiliar a los desgraciados que envolvía el agua con su ímpetu. Cara–rajada trataba de sublevar al arrabal

contra los señores de la ciudad buscando su venganza. Los de San Ginés se burlaban de él, por querer abatir al hombre que había convertido su vida en un infierno, Don Álvaro, *El Enviado,* que se había casado con el amor de su vida, Paulina, la hija de Don Daniel. Ellos en lo alto estaban a salvo del agua, y que los señoritos y clérigos se las arreglasen como pudiesen. Arrojaron a Cara─rajada arrabal abajo a pedradas y corriéndole con látigos y gritos que exacerbaron su mal. Triste, enfermo, los huesos secos en su fealdad, la cicatriz que cruzaba su cara más roja que nunca, el helor de su sangre podrida lo cegó. No tenía a donde ir, y loco de soledad, pena y dolor clavó sus uñas en la cicatriz con saña y corrió por un callejón hediondo de inmundicias y se arrojó en una escorrentía llena de río. El agua lo acogió en su loca envoltura y lo hundió en un remolino. *El hombre de luto* desapareció bajo los ramajes y troncos. La Santa Compaña lo vio todo y acudió a recoger a aquella alma atormentada. Reconoció a Cara-rajada. Se habían encontrado en el norte, en las luchas carlistas. En una trifulca entre los bandos de Isabel II y Don Carlos, resultó tan mal herido que creyeron que había muerto. La Santa Compaña se compadeció de su juventud y de su aspecto y lo dejó. Marcó sobre su rostro un rictus de amarga tristeza y se alejó dejando que se curase. Ahora había sido la de la guadaña quien lo convirtió en difunto. Se acercó la procesión de luminarias y colocó un cirio encendido en la mano fantasmal del que había sido *el enlutado* y que en este trance ya lucía una sábana blanca e impoluta. Se reunió con la Hueste, contento. Lo recibieron con los esperpénticos alaridos de terror y sonar de cadenas (a él le tocaron unas forjadas en Oleza en una de las orfebrerías. Eran ligeras y muy elegantes, con sonido campanil). Se sintió, por primera vez en su vida, querido y valorado. Algún día volvería a Oleza por Don Álvaro para hacerlo penitenciar para toda la eternidad.

Cara─rajada portaba el farolillo de cola de la Santa Compaña, que se dirigió hacia donde se pone el sol. Un ligero levante la desvió sobre la tierra, entre huertos y almendros.

Sigüenza, sentado en la umbría de los naranjos, contemplaba la noche sin estrellas ni luna, gozando del azahar y el jazmín, en su casa de Polop. Sorprendido, ve una espiral de luces que graciosamente ondea sobre los naranjos y percibe los guiños intermitentes del último farol. Desaparecen las luces en el mar, hacia occidente. Se queda Sigüenza sorprendido y pensativo. Reconoce a la Santa Compaña y se pregunta qué hace tan lejos de las nieblas gallegas. No encuentra respuesta. Ni quiere imaginarse lo que significa. Es un mal augurio. Por otro lado teme que la luz que lo saludó sea el alma en pena de algún amigo. Emocionado, levanta el brazo en un tierno adiós.

Airam Lebasi

Nota: *En este relato aparecen personajes de tres escritores que posiblemente coincidieron en Madrid. Supone la escritora que se conocieron, o por lo menos sabían unos de otros. Escribían con regularidad en la prensa: Wenceslao Fernández Flórez (1885), Ramón María del Valle-Inclán (l866), Gabriel Miró (1879).*

Ruta mironiana

A Manuel Molina

Instantánea del municipio de Guadalest

Aquí contigo por la abrupta tierra,
la ruta mironiana en su andadura,
aquí, en el Guadalest, sufrí la altura,
y en el valle el abismo que me aterra.

En el silencio que la nada encierra
contemplé del paisaje su hermosura.
Sentí flotando el alma clara y pura
del arcángel Gabriel sobre la sierra.

En la honda soledad, en su memoria,
ascendí al camposanto sobre el monte
donde están los cerezos de su gloria.

Y vi en el mar azul, quieto y lejano,
su mirada extendida al horizonte
por donde sale el sol para ti en vano.

José Antonio Suárez

AÑOS Y LEGUAS: UNA MIRADA COMPLACIDA

"Sigüenza, hombre apartadizo que gusta del paisaje y de humildes caseríos, caminaba por tierra levantina". Así se inicia *Del vivir*[1], obra escrita en 1904, y así comienza Miró, proyectado en el personaje de Sigüenza, a mostrarnos su tierra con los ojos del sentimiento, de la emoción íntima y de la cordialidad. Y así desea, veinte años después, volviendo los ojos de la memoria desde una "*rinconada*" de Madrid, que vuelvan a ocurrir las cosas; y así quiere ver de nuevo a Sigüenza recorriendo la montaña alicantina; y así lo escribe en *Años y leguas*[2] : *"Iba Sigüenza montado en un jumento, porque así recorrió, hacía mucho tiempo, sus campos natales. Estaba muy gozoso, como entonces; no había más remedio, para guardarse fidelidad a sí mismo, al que era hacía veinte años. Y se inclinaba tocando la piel tibia y sudada de la cabalgadura, y se miró en sus ojos, gordos, dorados y dulces como dos frutos."* (p. 10).

Años y leguas, la última obra publicada por Gabriel Miro, dos años antes de su muerte, ocurrida en 1930, es una obra especialmente bella; a mi entender, la más expresiva y madura de la "serie Sigüenza" y una de las más conseguidas de este escritor personalísimo; un libro que he leído con auténtico placer, y del que brota como un torrente, y se expande por cada una de sus páginas, el amor que siente el escritor por su tierra alicantina, por todo aquello que la define. Tomando a Sigüenza como eje unificador, el libro se estructura en una serie de cuadros, en los que Miró consigue plasmar, con los pinceles mágicos de su lenguaje impresionista y simbólico, con su excepcional capacidad narrativa y descriptiva, y con su desarrollada percepción sensitiva, los más sutiles matices de la realidad física y espiritual, después de pasar esta realidad por la lente de su exquisita sensibilidad, por el crisol de su personalidad intimista, reflexiva e imaginativa, y por el caudal de sus emociones.

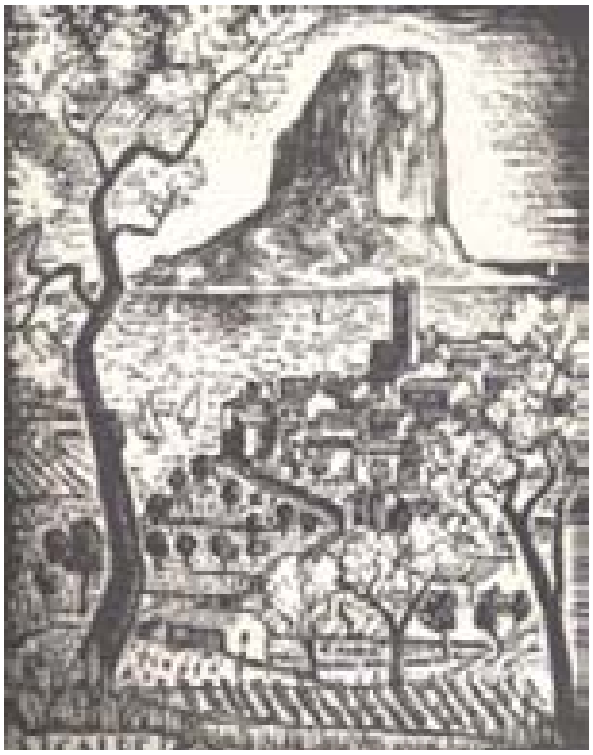
Algunos críticos han minimizado en Miró su capacidad de narrador, quizá sea porque, como ocurre en *Años y leguas,* no suele desarrollar una trama argumental al modo convencional de la novela, pero esa particularidad no invalida la existencia de una intencionada perspectiva narrativa. En esta obra se relata el tiempo que Sigüenza pasa en Polop, sus paseos y desplazamientos por las comarcas de la Marina y del Marquesado de Dénia; los personajes con los que se relaciona y lo que con ellos le acontece; las costumbres de estas tierras; las historias que oye de boca de los lugareños durante los momentos de charla; sus cavilaciones ante la realidad de la vida, ante el paso del tiempo; los recuerdos que lo retrotraen a veinte años atrás; y todo ello con un ritmo lento, parado en extensos episodios en los que su mirada contemplativa se queda colgada del paisaje: pueblos, caminos, campos, huertos, montes, árboles, fuentes... Hasta las cosas o los seres más insignificantes, como hormigas, escarabajos, libélulas, cochinillas, son observados con curiosidad y detalle; transformados con los ojos de la imaginación y de las sensaciones, y mostrados al lector con el lenguaje vivo de la metáfora, de la personificación y de la sinestesia. Sirva de ejemplo esta especial mirada sobre el pueblo de Polop:

> *"Todo el caserío se arrebata por un otero, y sube triangularmente. Las cuencas de las ventanitas y de los desvanes; los labios de los postigos; todas las casas se fijan en Sigüenza, y le preguntan, atónitas, fisgonas, durmiéndose; y las que tienen la sombra en un rincón de la ceja del dintel, le miran de reojo. Algunas rebullen sin*

[1] Gabriel Miró. *Del vivir*. Obras Completas I. Biblioteca Nueva. Madrid, 1943, p. 7.
[2] Gabriel Miró. *Años y leguas*. Ediciones Aitana. Valencia, 1991. Todas las citas referidas a esta obra se han tomado de la edición citada.

frente, porque en seguida les baja la visera pardal del tejado; otras tienen la calva huesuda y ascética del muro que prosigue. Arriba, la parroquia, de hastiales lisos, y en medio, el campanario, con una faz quemada de sol y la otra en la umbría; un esquilón a cada lado de la nariz de la esquina; en lo alto, la cupulilla, con las graciosas asas de los contrafuertes chiquitines, como un cántaro dorado; el follaje de la veleta se embebe y se sumerge en el azul." (p.17-18).

Y es en estos momentos de contemplación del paisaje cuando aparece la vena descriptiva, muy presente, es cierto, pero complementaria y subordinada a la narración. Es la impresión sensible lo que importa; la posesión emocionada de la naturaleza a través de los sentidos: El monte Bernia es *"un galeón volcado*"; el Chortá, *"gordo y rapado"*; Alcalalí, *"pequeñito y agudo como un esquilón"*; Agres, *"umbrío y ermitaño"*; la aldea de L'Abdet, *"un panal en el corte de la quebrada"*; Tárbena, *"lirio del campanario. Una calle larga de sol, ahogándose de frutales y de mieses granadas".* El paisaje es oloroso; huele la mañana a *"semillas calientes y maduras",* la tarde a cansancio, y la noche a noche; el aire a *"campo íntimo"*; *y* el agua huele sólo a agua *"desde el tiempo".* Pero también las higueras manan un olor *"caliente y espeso como una resina",* las brevas un aroma a *"confitura tibia y agria",* los *nogales "sueltan su olor aceitoso de nueces verdes",* y los albaricoques *"un olor carnal".* La iglesia de Guadalest *"respira olor de ciprés"*, y el cadáver de Manihuel *"exhala un frío mojado bajo la temperatura y el azul estival"*. Todo se puede reconocer olfativamente; hasta una voz, en la sensibilidad de Miró, puede oler a salud, a camino, o a bancal.



Dibujo de Gastón Castelló

El mundo de los sonidos es, igualmente, de una riqueza total. Las cosas, los seres, los animales, rebullen, gritan, vibran, crujen, crepitan... Una locomotora "*relincha de miedo y de gozo de hundirse por los túneles"*; la cara huesuda del peón caminero, cuando se la rasca, suena como "*una quijada de res*"; el silencio le parece a Sigüenza el *"zumbido de haber callado todo";* y el sonido de la palabra *Tárbena* le produce *"un cóncavo abejeo de caracol marino"*. Pero quizá sea el siguiente texto uno de los más expresivos y representativos en este aspecto:

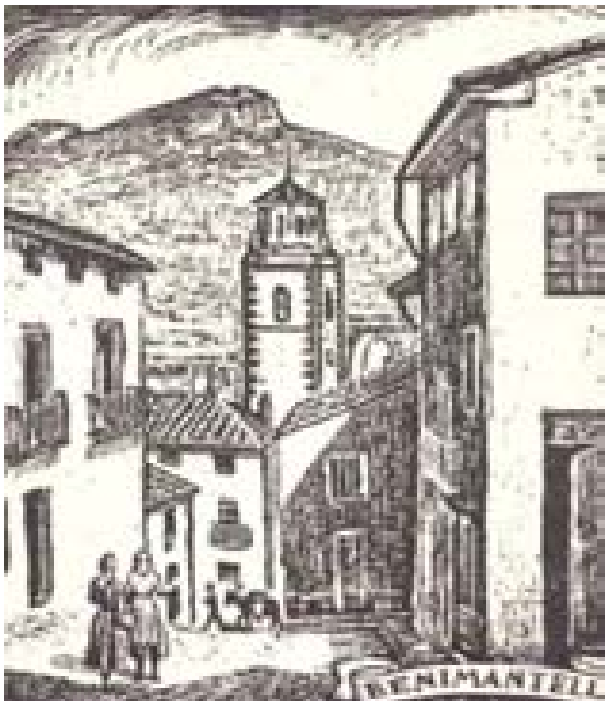
"Los grillos que tiemblan en las parvas se oyen distantes y tímidos; parece que resuenan entre las pocas estrellas sumergidas en el cielo de luna. Casi nada más se percibe cuando el ruiseñor calla para sentir el silencio suyo que se queda estremecido.

Y, de repente, viene una voz desde el horizonte invisible de la Marina. Toda la noche interior de este paisaje se ha quedado sin respirar, atendiendo por saber de quién sería esa voz; una voz ancha, como de vendaval que se sintiese muy claro, en un sitio de calma. Y esa voz se comunicaba de la dulzura de los lugares que no eran suyos, resbalando en la faz de esta quietud cerrada por los montes. Ha sido el acorde grave y humano de un órgano inmenso de catedral. Habrá sonado en la sierra Bernia. Esta noche Bernia es un órgano de plata entrevisto por una vidriera

infinita, translúcida de luna. Otra vez el hondo alarido. Descansa un instante; y vuelve a sonar en una despedida muy larga. Todo principia a sentir la evidencia del prodigio. Es la sirena de un barco. Estaba el aire dormido; todo parado, y la sensibilidad de los ecos desnuda en un dulce ocio. Y en ese momento pasa un vapor frente a lo más hermoso de la costa; aparición de Calpe y a su lado Ifach, tallado de luna... El barco se ahoga de belleza y ha tenido que gritar. Para que la gracia se cumpliese del todo, ha volado la brisa, llevándose las exclamaciones de la sirena, y entonces las arrebataron los montes entrándolas claramente en todos sus recintos". (p. 81-82).

También aparecen, difuminadas a lo largo de la obra, sensaciones gustativas: el agua sabe *"como miel mordida en la bresca y como una fruta en la rama"*, y táctiles: el cielo es fino, y la lengua de un burro es caliente; y también es caliente, un huerto y los campos y los árboles; y a Sigüenza, al beber, le gotea *"un frío de luz por las mejillas".*

Como ocurre generalmente, es el sentido de la vista el que más información y más sensaciones aporta y sugiere. Miró maneja muy diestramente, en preciosas imágenes, los colores convencionales. El preferido es el azul: color de la felicidad, la belleza, la inocencia, la calma..., pero las cosas también se tiñen de color de cera, de charol, de oro verde, de plata, de acero, de ágata, de jacinto, de cebada, de acerola, de almagre, y hasta de roña de cardenillo, e inundan el paisaje de una plasticidad cromática. Así Sierra Helada es *"de color de luna"*; Puigcampana, *"un loto rosado"*; el islote de Benidorm, *"una roca encarnada, como un corazón, que recremase la lumbre"*; el Serrella parece *"oro sonrosado"*; Callosa D'Ensarrià es torrada, gruesa, madura; Bolulla, *"un pueblo moreno de sol de peñascal*"; Altea luce *"con un dulce sonrojo en su cal y en la piedra desnuda de su campanario";* y Benimantell...



Dibujo de Gastón Castelló

"Desde el camino viejo, Sigüenza destapó y sacó Benimantell de una caja de porcelanas y cartones pintados de verde, de amarillo, de blanco, de almagre, de azul. Frutales de lacas. Las sombras de los callizos, como si las diesen unas lonas de color de naranja y de geranios. El recuesto del Calvario, de un sol de ponciles maduros. Los cipreses con brillo de floreros de altar, de pie en sus redondeles morados. El campanario, de albañilería de yeso y añil; detrás, una nube redonda de lana. Las figuritas del pueblo: la vieja de luto, el pastor con zurrón de choto, la moza de refajo encarnado, dejan en el oro tranquilo de la tarde la vivacidad de sus colores tiernos". (p. 204).

En relación con la técnica descriptiva que emplea Miró en esta obra, me han resultado muy atractivos los recursos, casi esperpénticos, utilizados en algunos pasajes, y especialmente en el capítulo *Huerto de cruces*. Aquí, la relación entre el contenido y su expresión está magistralmente lograda. Sigüenza asiste al velatorio y al entierro de Manihuel, y la naturaleza del tema requiere que el autor cambie de estética: que deforme, degrade y exagere la realidad; que la caricaturice, utilizando

técnicas de cosificación y animalización. Así, el muerto *"Tiene las manos de leña cogidas a la faja; los pies con calcetines gordos, blancos, doblados; las mejillas de mendrugo dentro de un pañuelo que le ata las quijadas; y la nariz como un pico azul."* (p. 55). Durante el entierro, en el que las moscas se posan en la cara de Manihuel, los chavales del pueblo entran en el cementerio y, cuando Gasparo, el enterrador, abre el nicho familiar y se descubre el ataúd de Lluiset, nieto del difunto, instan al hombre a que lo abra, y ríen y disfrutan cuando se exhibe *"con sotanilla podrida y sobrepelliz que parece de recortes de papeles; un pie, el de la pierna intacta, se le ha caído entero en un rincón, y el otro sigue cuajado en la pata deforme de bestia".* (p. 62). Y lo mismo ocurre al destapar el cadáver de la suegra, a quien Gasparo ha de seccionar la calavera porque los tres ya no caben en el nicho. En este capítulo, como en otros momentos de la obra, el autor parece recrearse en situaciones y descripciones desmedidas, duras, como si quisiera poner de manifiesto el crudo rostro de ciertas realidades que a veces olvidamos, y que el autor elige, como contrapunto a la beatitud y a la belleza, con un lenguaje hiperbólico y distorsionado, bastante alejado de la placidez ideal y benévola que le invade en otros momentos.

Años y Leguas me ha parecido una trova, un canto agradecido. Una necesidad por parte de Miró de compartir los aromas de su tierra, de mostrarla tal cual es, a través de los ojos poéticos o crudos de Sigüenza. Y por eso, además de la contemplación del paisaje, de las meditaciones y reflexiones, de los recuerdos con los que quiere buscarse a sí mismo, de la mirada atenta a pueblos y costumbres, el autor nos ofrece un amplio y entretenido mosaico de historias, de sucedidos y de personajes: Historias que inducen a la reflexión, como la que narra la actitud del peón caminero y de doña Elisa, la casera de Sigüenza, ambos ricos pero aferrados al ahorro y al mandato del dinero, a la vida miserable; o el episodio de los gitanos, en el que los temores de Sigüenza, respecto a esta etnia, dejan traslucir ciertos prejuicios raciales. Historias crueles, como la de Matietes, que sufre los malos tratos de su padre adoptivo, Visentot, al igual que los padece Agustina, la madre, a la que las palizas del marido llevan a la sordera, ya que cada noche *"le buscaba la oreja para atinarle, y allí, de pronto, crujían los huesos y retumbaba toda la sangre de Agustina. Antes de que la tocara, adivinaba la mujer que venía, poco a poco, la mano del marido. Puñetazo a oscuras. Toda la alcoba negra le parecía mano de Visentot"*. (p. 183). Historias simpáticas que nos empujan a la sonrisa, como la que protagoniza el extranjero británico, crítico de arte, que consigue integrarse plenamente en la vida del pueblo, y la de *Peret,* el bobo, al que Sigüenza amenaza al confundirlo con un atracador. Historias tristes, como la de *Bardells* y la familia de luto, en la que sólo se respira muerte, desgracia e infelicidad. Historias del ayer, en las que se relata la forma de vida de los grandes señores, de los caciques del XIX, que iban en tartana, en galeras o en cabriolés, a sus fincas y haciendas: el señor de Thous, liberal y creyente, y el señor Torres Orduña, que vigila los caminos de la Marina desde la altura de Guadalest. Y también se recuerdan las hazañas de los *Roders*: Mitjana, de Castell de Castells; Destralet, de Evo; Pinet, de Finestrat; y Bou, de Benimantell: bandoleros y asesinos que durante el día recorren las sierras en sus aventuras y maldades, y por la noche se resguardan en una masía señorial a cuyos señores defienden. Historias de marcado sabor rural, en las que hombres como Laureano, que sabe contar desde una legua de distancia los pájaros que hay en la torre; Baldat, cabrero y saludador, que restañó la oreja de un niño de teta mordida por un cerdo con "*la gracia que tiene en la cruz de su paladar";* Busco, cuya mujer anda loca y desnuda por los montes; y su hermano, Busco el Grande, que tiene "*la nariz y un anca lisiadas de haberle arrastrado su mulo por un breñal"*, se reúnen los domingos y festivos a merendar, y a ellos se une Sigüenza que gusta de acompañarlos y observarlos:

> *"Beben el vino con los ojos entornados, en un caño combo desde la canilla de la calabaza o de la catalana de vidrio. No rompen el pan; lo rebanan con la navaja de injertar, que le deja el frescor de la corteza de árbol; y luego cortan la rebanada con tan primorosa complacencia que, los más pobres, al comer pan solo, le dicen* pan y navaja*, porque cortándolo le añaden el unto de un regodeo sabroso de companaje. Pan y vino de domingo. A la redonda, la tarde de fiesta, inmóvil, ancha, callada."* (p. 86-87).

Mientras leía *Años y leguas*, han ido surgido en mí dos ideas que no puedo dejar de constatar. Una, el contrapunto que ofrece la obra entre los episodios de rudeza, de crudo realismo, de casi humor negro, que rezuman algunas historias, y la felicidad, la placidez, la calma que desbordan los discursos descriptivos y contemplativos. Una mezcla, en mi opinión, inteligente y original de: idealismo / realidad; gozo / sufrimiento; belleza / fealdad; bondad / maldad; permanencia / finitud.

La otra reflexión hace referencia al valencianismo, al alicantinismo rural, que respira la obra. Y no lo cifro sólo en el contenido temático, que es evidente, (lugares, paisajes, tipos, costumbres...), sino en algunos aspectos lingüísticos. Gran parte del léxico valenciano forma parte del entorno, del ambiente en el que se desarrolla el libro, del habla de las personas que habitan estas comarcas del País Valencià: La Marina y el histórico Marquesado de Dénia. (Hoy llamada Marina Alta). De aquí, la cantidad de topónimos valencianos: Coll de Rates, Castell de Castells, L'Abdet, Mascarat, Portet de Sella, Ponoch, Margoch, Puigcampana...; de nombres propios de persona: Peret, Visentot, Jusep, Matietes, Marieta, Lluiset...; de apodos: Bresquilla, Mincho, Llinasa, Tabalet, Mitjana, Bou, Pinet. Este uso del lenguaje es lógico, ya que evidencia realidades de la zona por la que camina Sigüenza y que él gusta de nombrar, pero también resaltan otros vocablos, propios del català/valencià, perfectamente integrados en la lengua literaria utilizada por Miró, tanto en pasajes descriptivos de personas, situaciones o costumbres, como en episodios de meditación contemplativa. Varias pueden ser las razones: una, quizá, la expresividad que aporta la palabra en el contexto en que se la usa; otra, una forma de reconocimiento de la identidad lingüística y, sin duda, como él mismo confiesa, un acto de afecto: *"Amo el paisaje de mi comarca... porque lo han visto unos niños que fueron abuelos de mis abuelos. Todo el pasado familiar quedó y se deshizo en mi tierra. No creo que se trate de una fácil sentimentalidad, sino de una capacidad de recuerdos, de botánica, de piedra, de idioma..."* [3]

A veces, los vocablos surgen de boca de los personajes, es el caso de: escaló, lladre, horta, llomello, foguera, còlic, cimal, llar, socarrar, tremolor, herba falaguera, alborsser, non tinga po,[4]... pero generalmente forman parte de los discursos narrativos o descriptivos, en una perfecta integración con el castellano. Y lo hacen de dos formas: o bien manteniendo la grafía valenciana, como se observa en baladre, soca, planissa, vall, mercó, blancor, foscura, brial, pernil, torrada; o bien, como posible trascripción fonética de la palabra, que es lo que ocurre en dassa, rogle, sanaor, romanso, safarich, esparteña... Algunas palabras, incluso, conservan su sabor antiguo, ejemplo: fenestra y regalicia[5]

Años y leguas es, pues, una mirada complacida sobre una tierra que Gabriel Miró ama y que Sigüenza recorre con devoción y agradecimiento después de veinte años de añoranza. A mí me ha parecido una obra de arte, entrañable y familiar; un auténtico disfrute. A lo largo de sus páginas, al perderme y abandonarme en sus

[3] E.L King. *Gabriel Miró y "el mundo según es"* en "Papeles de son Armadans". Palma de Mallorca, mayo de 1961. Tomado en, Vicente Ramos. *El mundo de Gabriel Miro*. Gredos, Madrid, 1964, p. 44.

[4] Tómense estas enumeraciones a modo de ejemplo, pues no es objetivo de este trabajo ahondar en este tema, que necesitaría, obviamente, además de exhaustividad otros enfoques y matices.

[5] Ver A. Alcover y F. Moll. *Diccionari Català, Valencià, Balear*. Ed. Moll. Palma de Mallorca, 1985.

líneas, he sentido la posesión de esta tierra; el placer, al igual que le ocurre a Sigüenza, de saberla mía:

> *"Un fino olor de tarde ya cansada; una gracia de colores pálidos, un tacto, una respiración de paisaje que le estremece de delicias, delicias que contienen la inocencia y la sensualidad, la promesa imprecisa, la congoja de la brevedad de los días; todo sucediéndose sin conceptos. Campo suyo en su sangre; de su sangre antes de que se cuajara en su cuerpo de Sigüenza y después que se parara en su carne ya muerta. Predestinada y tradicionalmente campo suyo, y eternamente".*
> (p. 168).

Rafaela Lillo

Dulce nombre de cereza

Lejos, las aguas se iban llenando
de luna de color vieja y muy triste.
Gabriel Miró

Él supo pronunciar el dulce nombre de María
y buscar los vestigios en el huerto, azada en mano,
tras la amarga frialdad de los quietísimos terrones
que tamaño dolor e ingratitud vieron antaño.
Dos vidas para idéntica alma de viajero no olvidado
Una luz tenue y feliz cuando les llegó la muerte,
una similitud veraz en sendas miradas.
Dos sueños para la misma boca levantina.
Besada con vehemencia la reiterada luna
que ofrecía su amor sin promesas fingidas,
no pudo la pecunia permutar los destinos.
No logró el corazón dominar a la parca.
Se comieron las cándidas y encarnadas cerezas
y tiraron los huesos junto al gris camposanto.
Dos destinos escritos sobre un anclado barco
pactaron con las olas la bella felonía.
En la escollera azul del añorado sentimiento
dormía un rayo de luna llena e insistida
que perpetuó su fugaz y lunático abrazo
en una rama del cerezo estival e idolatrado.

María José Arques

GABRIEL MIRÓ Y FRANCISCO FIGUERAS PACHECO EN EL ATENEO SENABRINO

Pasadas las nueve de la noche del 27 de mayo de 1930, en Madrid, se nos fue Don Gabriel Miró a los cincuenta años, rodeado de su familia, en su casa del Paseo del Prado de la capital española.

Dicen que en su partida, tuvo un especial recuerdo para su ciudad natal y exclamó: *"¡Alicante! ¡Adiós a todos! ¡Señor, llévame!"*[1]

Quizás, en sus horas finales, rememorara algunos felices momentos de su vida, incluso aquellas entretenidas, divertidas y distendidas tardes de tertulia, que pasara en el Salón Zapatería de los hermanos Senabre, en el barrio de Benalúa, al que sus asistentes, burlonamente, llamaron Ateneo Senabrino, hacia finales del siglo IXX y comienzos del XX.

Allí, en aquel local, tras las puertas de vidrio, el novel escritor demostraba a los presentes sus dotes de orador. Por un lado, era brillante, ocurrente y gesticulante en su exposición, y por otro, era una delicia escuchar en su voz los versos de Zorrilla, del que era gran admirador.

Atento a la disertación, un joven pintor, amigo del ponente, lo contemplaba con su instinto de artista. Veía los ojos azules y suaves, a veces tristes y melancólicos de Gabriel, y pensaba que le gustaría poder pintarlo, llevarlo al lienzo, inmortalizarlo con todo su colorido. En aquel momento, no podía saber que cumpliría su deseo algún tiempo más tarde.

El pintor Adelardo Parrilla

El joven no es otro que Adelardo Parrilla, nacido en Cartagena en 1877, alumno aventajado de la Academia de Bellas Artes del tío de Miró, el veterano pintor Lorenzo Casanova.

Con los años, Parrilla marchó a Madrid para perfeccionarse. Posteriormente salió al extranjero, donde aprendería más de su oficio artístico, obteniendo premios y reconocimientos bien merecidos por su excelente obra, siendo considerado uno de los mejores bodegonistas de Alicante.

Asistió, para su pesar, al entierro de su amigo Gabriel Miró, en 1930, y cuatro años después, en 1934, Adelardo Parrilla también fallecería. En 1954 se le tributa un homenaje póstumo. [2]

Pero, por ahora, regresamos a la tertulia de esta entrañable zapatería, a la que uno de sus asiduos contertulios llega con un poco de retraso, cogido del brazo de su secretario. El retraso no es habitual en él. Gabriel ha finalizado su estupenda intervención y saluda efusivamente al recién llegado. Éste se disculpa por su tardanza, alega que tuvo que pasar por su casa (en la calle Doctor Just, 51 de ese mismo barrio) para recoger las pruebas de imprenta

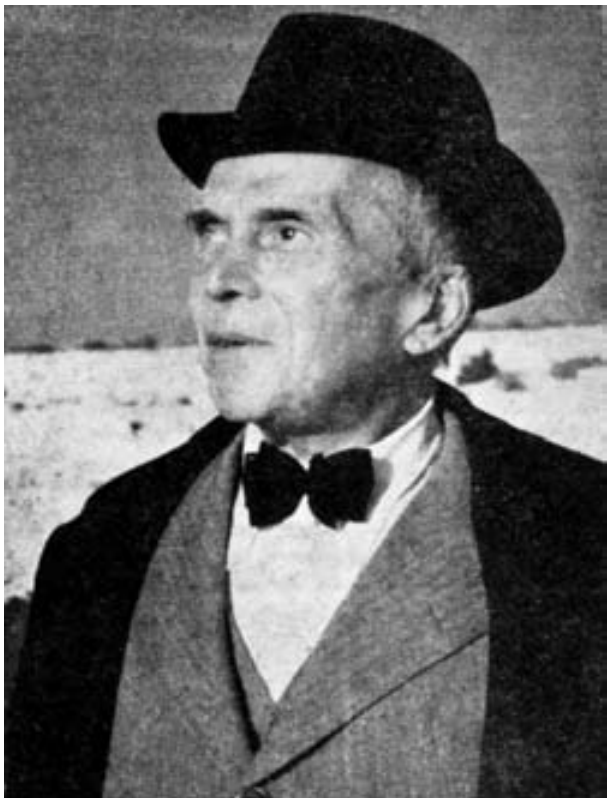
[1] Gil Sánchez, Fernando y otros. *Alicante 1930*, Edit. Banco de Bilbao, 1980. Pág, 17

[2] Hernández Guardiola, Lorenzo *El gran libro de Alicante*. La Verdad-Fundación Cultural CAM. 1994. Pág, 246

del último número de la revista que él mismo dirige como redactor–jefe, *El Íbero*, que fundara en 1898.

Con la mirada, el joven Miró interroga a su amigo. Éste, aunque es ciego desde los 17 años, instintivamente adivina lo sucedido, y, por toda respuesta, le dedica una sonrisa. Gabriel Miró, descubre ahora, que su último relato ha sido publicado.

Todos los presentes conocen a esta persona de simpático rostro, que viste abrigo oscuro, y sombrero del mismo color. Los deposita a tientas sobre una solitaria silla con el fin de estar más cómodo. Su secretario, atendiendo fielmente, le ayuda. Al mismo tiempo, su amigo; Enrique Garriga, que en su día le acompañara por primera vez a esta tertulia, le acerca una silla para que pueda acomodarse.



Francisco Figueras Pacheco

El recientemente incorporado se llama Francisco Figueras Pacheco, nacido en Alicante el 13 de Diciembre de 1880. Este joven inició sus primeros estudios en Novelda, para continuarlos en el Instituto de Alicante donde fue algún tiempo compañero de Gabriel Miró, y tras finalizar el Bachillerato, se adentró en el mundo del periodismo, que le serviría posteriormente para publicar su primer libro sobre la figura de Don Hermenegildo Giner de los Ríos, en 1897. Un año después comenzó la aventura de la Revista *El Íbero,* que finalizaría en 1903.

El reencuentro de Figueras y Miró se produjo, precisamente, en aquel primer día, en el que, acompañado por Garriga, Francisco, entró por primera vez en este lugar.

Nos lo cuenta el propio Figueras: "*La cristalería se abrió de nuevo y en el Salón de los Senabre vibró una voz timbrada, llena y agradable. Tenía acentos de suavidad y ecos de imperio.*

La reconocí enseguida:

¡Figueras, tú por aquí! ¡Cuánto tiempo que no nos encontrábamos!

¡Sí, Miró, aquí me tienes! No nos hemos visto quizá desde un día que nos cruzamos en la Universidad de Valencia, y no hemos hablado tal vez desde que nos sentábamos juntos en el primer banco de la clase de Geometría. ¿Te acuerdas?

Sí, me acuerdo; pero entonces...

Mi buen amigo no se atrevió a completar la frase. Desconocía mi ceguera y no acertaba a expresar que le dolía, sin que su palabra me doliese a mí también. Esta delicadeza de sentimientos, indicio claro de espíritus selectos, era muy propia del de Miró.

Desde aquel día fuimos Gabriel y Paco.

Nuestra amistad creció rápidamente. En el Instituto no habíamos sido más que condiscípulos.

En el Salón Senabre comenzamos a hacernos camaradas de gustos y aficiones"[3].

[3] Ramos, Vicente. *Gabriel Miró*. Edit. Instituto de estudios alicantinos, pág, 44

La admiración que Gabriel Miró sentía por Figueras Pacheco la demostraría en 1909, cuando dijo de él; "*-Dios hizo el espíritu de este hombre de un solo diamante elegido y bellísimo, dándole la luminosa transparencia al cerebro y la firmeza heroica al corazón. Su frente se elevó hacia el cielo, encendida por la fe, porque, si Dios formó esta alma de diamante, no se le otorgó hirsuto, limpio y tallado, sino que se le encomendó el glorioso trabajo de pulirlo hasta extraer sus pretendidas lumbres.*

Figueras ha sido paciente, brioso y sufrido primero y lapidario de sí mismo"[4].

Finalizada su trayectoria como Director de la mencionada revista, retomando, una vez más, los estudios, lo hizo doctorándose en Derecho, el 19 de Noviembre de 1906, al tiempo que publicara algunos libros más de investigación histórica.

Fallecido Don Rafael Viravéns (cronista de la Ciudad de Alicante), Francisco Figueras Pacheco es nombrado nuevo Cronista, en 1908, a raíz de un articulo de Ponce de la Sierra publicado en el Diario *El Pueblo*, el 16 de Marzo de 1907, y continuaría con este cargo hasta su fallecimiento, sucedido en 1960.

Posteriormente a su designación, obtuvo diversos premios en certámenes públicos, y ostentó otros cargos de relevancia.

Su producción bibliográfica está más decantada hacía la investigación arqueológica y al ensayo que a la pura creación literaria. Del primera tipo de obra sólo citaré algunas: *La Albufereta en el término de Alicante, Excavaciones en la isla de Campello* y *Panorama arqueológico de Jávea y sus cercanías*. Entre las de ensayo se podrían citar, *Alicante y Miró*, publicado en 1931 (donde expresaría la admiración que sentía por Gabriel Miró), *Aportación de Alicante a la cultura española: Gabriel Miró, Carlos Arniches y Rafael Altamira*, de 1952, *Del Teatro de Azorín* de 1930, y de creación literaria propia, sus poemarios: *Volutas de fuego* que publicó en 1928, *La deidad del sol*, de 1929, y *Stella Matutina*, en 1956, entre otras obras destacan dos obras teatrales cómico–líricas: *Los alemanes del camerón* y *La república del Chirigay*[5].

Regresamos al Ateneo Senabrino cuando la noche vence a la tarde, en aquella estancia modesta y sencilla, donde están sentados sobre los divanes Rafael Martínez, un poeta cartagenero que gusta de escuchar los versos que se recitan, y Domingo Carratalá, estudiante, entonces, de leyes, que con los años llegaría a ser profesor. En las cuatro sillas: el propio Gabriel Miró, Garriga, Figueras, y su secretario Francisco Prats Nobleza, al que solían comparar con la figura de Don Alonso de Quijano, por su parecido físico con la del Caballero de la Triste Figura; y al que Figueras y Gabriel Miró llamaron familiarmente, en alguna ocasión, Señor Ordóñez, cuando Prats comenzaba su disertación. Otros tertulianos asisten sentados en varios bancos de madera: Juan Miró (hermano de Gabriel Miró), Eufrasio Ruiz, que sería concejal, Elier Mañero, que fue parlamentario, Rafael Rico (empresario monovero), Heliodoro Carpintero (gran amigo de Gabriel Miró, cuyo hijo asistiría también al entierro de Miró), Alfonso Rojas, Mariano Acevedo, Cristóbal Romeu, Luis Pérez Bueno y su hermano Artemio, Rafael Maignón, Antonio Cernuda, Julián Pardo, Pepe Núñez y Rafael Rizo.

Estas tertulias, rebosantes de cultura, estaban amenizadas por la música, de cuando en cuando. Gabriel Miró cantaba algunas estrofas de sus óperas favoritas tal como comenta Figueras: "*tenía muy buena* voz"[6].

...Y¿por qué no? de ciertos juegos inocentes, así nacería, de la mano de Gabriel Miró, el *"sincerismo",* donde nadie podía mentir. Según nos cuenta Figueras *"había que decir la verdad fuera la que fuese*[7]*".* De manera que fueron preguntándose, unos a otros, lo

---

4 Ibdem

5 Ramos, Vicente. *Gabriel Miró*. Edit. Instituto de estudios alicantinos ,1979, pág, 45.

6 Ibdem

7 Ibdem

que cada uno de ellos tenían de bueno, y cuando le tocó el turno al joven Gabriel respondió: "*Creo que tengo talento"*[8].

Este original juego fue, con el paso de los meses, derivando hacía cierta hilaridad, y, finalmente, se convertiría en lo que los tertulianos bautizaron con el nombre de *"humorismo*[9]*".*

La fama y la popularidad de estas tertulias les obligó a tener que buscar otro lugar, debido a su masiva asistencia, ya que la zapatería resultó insuficiente, así que Gabriel Miró las llevaría a la planta baja de su propia casa, se supone que de forma provisional, ya que continuó su andadura de la misma manera, lo que, nuevamente, provocaría la búsqueda de otro lugar, y éste sería un Colegio de Primera Enseñanza, en la calle Pérez Medina.

Plaza de Navarro Rodrigo, en el barrio de Benalúa

De su maestro, nos cuenta Figueras que: "*Don José era tan cándido que consideró un honor dar hospitalidad al grupo de bromistas*[10]*".* Algunos temas tratados en aquellas jornadas fueron: "*Influencia de la música en las antiguas industrias textiles de Mesopotamia", "Relaciones entre el problema de la cuadratura del círculo y la educación moral de las multitudes", "Descubrimiento y usos de los paraguas y los quitasoles en la prehistoria del Celeste Imperio"*[11].

Todas estas "chirigotas" finalizarían con unos juegos florales humorísticos, cuyo primer premio consistiría en un girasol.

Pero el "Ateneo Senabrino" cerraría sus tertulianas sesiones en 1903, quizás debido a las diversas ocupaciones de cada uno de sus asistentes.

¿Qué quedará de todo ello?

La amistad, una amistad sincera, reconocida, verdadera y duradera.

Unos entrañables y divertidos momentos que aquel joven Gabriel Miró recordaría con buen agrado toda su vida, puesto que fueron las únicas tertulias a las que asistiría.

Aquellas tertulias nos demuestran, que, además de ser un genial escritor, Gabriel Miró era una excelente persona, divertida, generosa, delicada y bondadosa que supo enaltecer a su ciudad a través de sus obras.

Luis S. Taza Hernández

8 Ibdem
9 Ibdem
10 Ibdem
11 Ramos, Vicente. *Gabriel Miró*. Edit. Instituto de estudios alicantinos, 1979 pág, 46

ALFABETO MIRONIANO

(Breve recreación literaria sobre parte de la obra
de Gabriel Miró, ordenada alfabéticamente.)

A Acróstico a un Alma Azul

Alicante era una ciudad de terrados blancos, con palomas que iban y volvían en el azul.
Gabriel Miró

A manece mansa la cálida y sosegada
L umbre estival, nacida en una noche colmada de salitre.
I luminada atalaya desde donde contemplamos
C recer un mar de sol en la azulada cúspide del alba.
A ntaño, pergaminos de cobalto expandían
N otas dulces como arpegios, fragancias espumosas
T eñidas de un añil imperceptible, mas ahora,
E s esta pétrea fortaleza reflejo trasgresor de lo expandido:

A ngulados balnearios adheridos al agua, remansados
L ugares de los que nada queda. Mediterránea estampa,
M emorable ensenada, *Lucentum* como canto de prófugas sirenas,
A zulada ceniza donde el vuelo se apaga.

A romas crepusculados los que vierte la tarde, vertical
Z umbido cuando anochece, palidez que se instala.
U mbral o desencanto declinando en su cenit, hebra
L ánguida de luz que asume su deriva.

B Bibliografía Básica: Breviario

Verlo y comprenderlo todo es una gran razón de incertidumbre.
Madame de Staël

Del vivir (1904)

Sigüenza paladea lo enigmático del paisaje cuando lo contempla. Percibe una clara ebriedad en los parpados del aire, la levedad de la desolación, el éxtasis en las cosas más humildes: el valle perfumado del Jalón, el verdor de sus huertos o esos polvorientos senderos jalonados de lepra y mansedumbre.

Recorre los linderos que conducen a Parcent, atraviesa Murla, Orba, Alcalalí o Benichembla, conversando con arrieros, labriegos o mendicantes. Es lo más elevado que un hombre digno puede acometer en favor del sosiego más puro. Esta pureza en Sigüenza consiste en asistir al milagro de lo profano desde la percepción sobrenatural de las cosas más naturales: retorcidos algarrobos, frondosas higueras, el dulzor de la sombra, la oquedad del olivar o el rostro carcomido de un leproso en su lento caminar de lisiado.

Las cerezas del cementerio (1910)

Vitalidad de lo mortal a través de un onírico devenir. Fatídicos e inevitables destinos que el lucero nocturno de plata intuye a cada paso. Oscuridad en las pasiones. Pasión en los personajes. Más desamor que amor puro y más pureza en lo vivido que pasión en lo anhelado. El culmen es un acto moral de serena Comunión, con agridulce sabor a fruta prohibida.

Figuras de la Pasión del Señor (1917)

El pintor capta la liturgia de una luz bronceando las columnas de corinto que sujetan templos y sinagogas. Cada figura conforma un cuadro místico. Lo divino se torna terrenal con cada trazo y en cada tono surge la virtud del color: el purpurado mar de Galilea, palmas rubias que amarillean en Jericó, Jerusalén enrojecido, Gethsemaní crepusculado, el verde esmeralda en los valles del Jordán o la invisible glorificación del Sanedrín, envuelto en una tolvanera de sándalo y bienaventuranza.

Libro de Sigüenza (1917)

Entre filosófico y literario, el pensamiento ético y estético mironiano reflejado en el espejo carnal de su alter ego. Cuando Sigüenza hurga en su interioridad, nos transmite una particular manera de rechazar la injusticia, la intolerancia y la falta de piedad en el ser humano a través de memorables parábolas.

El humo dormido (1919)

El humo es la memoria intacta de las cosas. Memoria evanescente, adormecida. Reminiscencias del luminoso sueño de los sentidos: el sonido de un armónium, el chasquido del agua golpeando la piedra cuando llueve, el olor a paisaje denso o el sabor a óxido en el tañido de la campana.

Nuestro Padre San Daniel (1921)

Oleza se expresa como trasunto literario de una villa tumultuosa en sus inquietudes y en sus dicotomías. En Oleza, la bondad existe porque existe la maldad, y en ambos casos, dichos conceptos quedan plasmados en la religiosidad con que dos de sus personajes los afrontan. En cuanto al Padre Bellod, se adivina en él una maldad resignadamente oscura, maléfica en su increencia. En Don Magín, por el contrario,

aflora una bondad que fluye clara como espuma virgen y predispuesta al contagio. Pero en el centro, omnipresentes, omnipotentes, los ojos duros de Nuestro Padre San Daniel escrutando la cotidianeidad de los olecenses: sus virtudes, sus anhelos, sus flaquezas… sus miedos.

El Obispo leproso (1926)

La parte que complementa el todo de una obra cumbre. Curas, canónigos, diáconos, prebostes, beatas, procesiones… intrigas. Luces y sombras. La decadencia de una ciudad levítica; un cuadro provinciano pintado con retazos impresionistas: de un lado, quienes viven dominados por la idea de la culpa, reprimiendo así, toda alegría por pecaminosa y donde sólo la amargura se configura como hija de la virtud, y de otro, aquellos que se muestran abiertos a la felicidad y al disfrute de las pasiones más humanas.

Años y leguas (1928)

Hubo un tiempo en que Heráclito humedeció el transitar de sus propios pasos. Evocación gentil y arrebatada, lujuriosa quizás. Sigüenza mira lo mirado veinte años antes. Íntima intención en lo contemplado cuando se acepta lo que se mira. Inmutable cadencia con que el corazón del paisaje late, año tras año… legua tras legua.

C Crónica del Corpus

Asómase la zozobra al rigor de unos membrilleros que expanden su ambarina sombra como ligera mancha de aceite a través del corredor de La Marina. Bajo el azul, rebosa por las chimeneas un humo limpio que escapa al calor nocturno de los hogares, y describe en el ambiente somnolientas brumas y brasas cenicientas. Es el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, día de Corpus, el día en que el cuerpo de Cristo se hace carne y su sangre regresa enaltecida para saciar el palpitar de quienes presienten tan litúrgico advenimiento.

Festum Eucharistiae, mágica anuencia, generosa levedad o jubilosa veneración ante la imagen sagrada de Nuestro Señor. En esta levítica villa hasta el aire se impregna hoy de fiesta. A las puertas de la parroquia, una chiquillería, ataviada con camisolas blancas o blusas almidonadas con encajes ribeteados de hoja nueva, se apelotona bulliciosa frente al frontispicio. Aguarda a que concluya la misa y salga la muchedumbre para acompañar al Obispo que, como cada año, procesionará bajo palio junto a la imagen sagrada de Cristo. Durante la espera, beben los zagales azucarada granadina, leche templada de almendras o agua limonada. Degustan crujientes barquillos de miel, roscos de anís glaseados,

regalices, pastelicos de yema horneados en el obrador del convento de las Clarisas, confituras, frutas escarchadas o paparajotes tostados con sabor a azahar y a canela.

En el interior del templo, un intenso olor a incienso acaricia las papilas de los allí congregados. La iglesia es un habitáculo monumental preñado de altísimas columnas que sujetan la edad del edificio; bajo la bóveda central y en angular deriva, se expanden, hacia los fríos muros de piedra labrada, alineadas hileras de bancos y reclinatorios; una hebra de luz se filtra por entre los ojivales de las capillas absidiales, desde las que se abren unos ventanales alargados con arcos apuntados y baquetones en arquivoltas. Finos maineles y óculos floreados adornan las dos capillas más modestas, tímpanos calados por vanos trilobulados decoran la capilla mayor. Las celosías de los confesionarios parecen ojos mudos. La feligresía se siente silenciosamente observada.

Iglesia de Monserrate en Orihuela

El rezo es cadencioso, salmódico, acompasado, creciendo en su responso. La ceremonia alcanza la álgida cumbre del éxtasis. Desde el centro del altar mayor, el Obispo ofrece a los fieles la sagrada oblea lunar como tangencia comestible de un pan vivo y dador de vida. Blanquecina casi transparente, la hostia se transforma en alimento espiritual y colma al contacto con el paladar un esperanzado anhelo de acercar el sacrificio del mito a la fidelidad del hombre. Tras la eucaristía, una música coral rompe el silencio claustral en el interior del templo; afuera, las campanas de la torre baten el aire con melodiosos sonidos de bronce; los pájaros se sacuden su monotonía y alzan el vuelo pletóricos. El Obispo recorre con parsimonia el pasillo de pilastras que separa una de las capillas laterales de un pórtico que se abre ahora a la luz incandescente del mediodía; a su lado, el cura párroco, revestido con manteo y sobrepelliz, porta la custodia; tras ellos, los vicarios, los diáconos, algunos joviales seminaristas, el sacristán, una pléyade de monaguillos, guardias abigarrados en su rigidez cincelada, las autoridades arropadas en engalanada inercia por mujeres con mantilla negra de encaje y hombres solemnes en su tránsito lento; niños que cantan, niñas que bailan.

Los ecos polifónicos del coro comienzan a disolverse a medida que la procesión va penetrando en las costanillas más angostas de la villa. Los pájaros atenúan sus gorjeos en reverente sumisión. El sol reverbera en lo más alto, traspasando con su haz abrasador la imagen corporal de un cristo que renace como crisálida, justo cuando el alborozo comienza a remitir.

Para los zagales, el Corpus seguirá siendo jubilar inocencia y alegría desbordada por un porvenir hermoso, pero sobre todo, regalices o confituras variadas o fresca limonada. Para los más mayores: éxtasis, aflicción, tal vez serena emoción, aceptación del dogma o simplemente resignada pasión.

D Décima de los Dones

Siempre la claridad viene del cielo; es un don.
Claudio Rodríguez

Riza el mar sus blancas olas
como un pañuelo de espuma;
su estrofa azul se perfuma
con salitre y caracolas
y un don manifiesta a solas
su más leve transitar:
Hija adoptiva del mar,
gaviota, reina del cielo,
no ceses nunca tu vuelo
que te quiero ver volar.

E Epístola de un Esteticista

Querido Ximo: Sigo en Barcelona. Me muestro decidido a permanecer en esta ciudad en tanto en cuanto no concluya uno de los propósitos por los cuales decidí realizar este viaje. En tu última carta solicitabas de mi persona para participar como ponente en una conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil con el fin de disertar sobre la función estética de algunos de esos escritos que a modo de estampas voy componiendo, y de las cuales te he ido enviando alguna copia para que procedieras a su valoración. Me halaga tu invitación, mas, como a continuación te explicaré, no me será posible acudir a la cita.

Desde mi llegada a Barcelona todo ha sido parabienes. La recepción que se me ha dispensado sólo puede ser calificada de exquisita. Dos eminentes hombres de letras, como son el insigne pensador Eugenio D'ors y el poeta Josep Carner, han actuado de cicerones en este mi acercamiento a la Cultura Catalana y, por ende, al descubrimiento de esta inmensa urbe desde la cual te escribo. Por otro lado, se me abre una más que probable posibilidad de empleo en la sección de contabilidad de la denominada Casa de Caritat, con ello, aumentan mis intenciones de trasladar a Barcelona a toda mi familia y hacer de esta ciudad no sólo el hogar editorial, que ya lo es, sino también, el familiar.

Pero hay otra importante razón, más importante si cabe. Con especial deleite asistí hace dos domingos, acompañado por Carner, a la Casa de Maternitat ubicada en la periferia de la ciudad, donde conocí a un fascinante personaje. Se trata del Padre Frederic Clascar. Mosen Clascar, como todos lo llaman, es un sabio humilde ajeno a la soberbia de los sabios. Vive con la serena actitud de un transcurrir prudente, y este pasar sin ruido por el mundo constituye en él, su máximo saber. Ha editado una deslumbrante traducción al catalán del *Génesis,* repleta de sugerencias poéticas, sensibilidad en el lenguaje y armonía en la estructura de la obra. Desde ese día, paso largas horas en su biblioteca personal. Como si de una liturgia cognitiva se tratara, leo y releo cada párrafo envolvente de los sacros escritos que Clascar ha compendiado en su volumen, e imagino figuras o viñetas donde los aromas dan forma a los sonidos,

y el asombro se sacia con gentiles textos rebosantes de pasión, piedad, sacrificio espiritual o destellos de un amor purísimo.

Pero en este mar de tomos, legajos, y palimpsestos, hallo también esplendidas primeras ediciones de las que voy tomando innumerables notas para futuros proyectos: los *Pensamientos* de Goethe de carácter epigramático e impregnados de serenidad clásica; las poéticas de Horacio o Cátulo, o las obras completas de Schiller, de las que Mosen Clascar ha ensayado una más que erudita interpretación y que también deseo acometer.

Querido Ximo, como ves, este es mi devenir literario por una tierra tan alejada de la nuestra que a veces me parece imposible haber hecho este viaje, pero te aseguro que es tan próxima en cordialidad y afecto, que hace que me sienta como en casa, si no fuera por lo mucho que echo de menos a Clemencia y a las niñas.

Tendrás noticias mías en cuanto la claridad me asista en la pronta decisión que habré de tomar; serás de los primeros en conocerla.

Se despide de ti afectuosamente.

Gabriel Miró (Barcelona, 27 de noviembre de 1913)

Himno a Herodías

Ella salió y le dijo a su madre: ¿Qué pediré? y ella le contestó: la cabeza de Juan el Bautista.
Marcos 6:24

Tú que desafías la serena cordura de caudillos,
patricios, filósofos o escribas.
Que instigas en favor de la sangre más núbil
y suturas las heridas que el amor esparce
con memoria de sándalo y besos vanos.
Tú que influyes astutamente en los templos de Idumea,
que acechas harenes y sinagogas con tu labio encendido
y ambicionas jardines y laberintos de oro.
Tú que sueñas con la gloria
bajo sicomoros abiertos y cidros que desmayan
su verdor por entre cálidas praderas.
Tú que en tu hermosura cuajas una entelequia infinita:
dorados bucles de seda
que ceden verticales al alabastro de tu espalda,
que el Tiberiades a tu paso
pausa su pulso húmedo,
y sus aguas aguardan un crujir de hojas viejas
y un temblor en las bayas cuando tu cuerpo se sumerge
en el dulzor del río ensangrentado.

Tú, serenamente,
vacías de expresión el rostro decapitado
del profeta, sin que en tu piel se extinga la cicatriz del odio,
e inoculas en el vientre inmaculado de tu estirpe
un veneno que en Salomé se adorna de gentileza
cuando acata el virginal encantamiento,

y en solemne danza te ofrece, majestuosa,
la mirada aún candente de la muerte
en fría bandeja plateada.

L Letanía de los Leprosos

Hay celajes que cancelan la apertura del día, páramos inhóspitos, inabarcables, hojas de acanto que se adhieren al alma y lo subyugan, sombras que se sujetan a rostros que no existen, alabado sea el Señor, cuerpos ajados, ateridos, humillados, tumores que preceden al hedor del sarcoma, porque todo anticipa una trágica nada pervertida en esencia, una umbría discreta, doliente y milenaria, alabado sea el Señor y sus custodios querubines, que su manto nos proteja del odio y la indiferencia, lazaretos como losas o témpanos olvidados, habitáculos inhiestos, calvarios indolentes, sanatorios que no sanan, campos de concentración, alabado sea el Señor, neoplasia en la mente, surco angosto en el rostro, encostrado y reseco, polvorienta liturgia parida en lontananza, herrumbre en la epidermis, y un óxido más ácido ganando la garganta, expresiones vacías, marcas huecas, renuncias, alabado sea el Señor, Parcent en las oraciones, gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, miedo a sus amanuenses, alabados, alabados, el tumor es visceral si el rencor acontece, leprosería de Fontilles, postigos que clausuran a cal y canto la calma, sangre en las aguas termales, aguijones que purifican, llagas yacientes, supurantes, y un dolor que se contagia, sin piedad, sin pausa, con el duelo punzando la quijada del alma, dolor, dolor que crece y no cesa, castigo de Dios, te alabamos Señor.

M Manifiesto Mironiano

No hay más realidad que la imagen ni más vida que la conciencia. No importa ─con tal de que sea intensa─ que la realidad interna no acople con la externa. El error y la verdad son indiferentes. La imagen lo es todo.

Azorín

Mi nombre es Gabriel Miró, he nacido en Alicante y en la actualidad tengo 47 años. Esta es la modesta proclama de un humilde artesano de la palabra dibujada: Me siento un pintor de voces que interpreta la melodía del paisaje a través de aromáticas esencias ungidas desde el Mediterráneo, y que plasma cuanto percibe, en el mismo frágil lienzo de quien palpita al percibirlo.

Quisiera hoy manifestar la trascendencia de lo vivido en un hecho puramente contemplativo: cada instante gozoso transcurre en mí con esa comedida pausa con que las hojas otoñales se depositan en este huerto gentil que convenimos en denominar vida.

Mi universo literario se incorpora de esta forma al deleite ritual de lo sensitivo como alabanza primera de todo cuanto acontece. Creo en la capacidad del ser humano para alumbrar los semblantes más opacos de los actos carentes de nobleza. Me conmueve la geometría lunar y la estelar arquitectura de lo intangible, por eso, detengo mi transitar y me ubico en lo sensible para observar desde este promontorio estético e

imperecedero, el paso del tiempo. La temporalidad de las cosas es hoy tan inmutable, como lo fue cuanto nos ha precedido; mas intuyo complaciente que todo está aún por llegar, por eso, asumo su paso con regocijo.

Creo en la percepción subjetiva de los objetos y en la objetividad sensitiva de los sujetos. Creo que en los pastizales del placer, circula, como si de ramas arbóreas se tratase, una savia de felicidad inmarcesible que vibra como un estambre ante la belleza de las cosas.

Proclamo cuanto siento y asumo cuanto digo. Quiero que sea ésta, la delicada manera con que se reafirme mi fe en los placeres sensoriales, y quiero que ante todo sea una personal proclama, pero también, una necesidad vital de resurgimiento compartido.

P Prosa Poética desde Polop

Desde el *Huerto de Cruces* escuchamos la sinfónica alabanza del silencio. El mirador huele a tarde lenta, nuestra vista alcanza cuanto el paisaje nos ofrece: quebrados bancales de terrones esparcidos a lo largo de las lindes, zarzales, rastrojos, olorosos nisperales, limoneros en flor, viñas que dan delicada pasa o moscatel fermentado con sabor a miel y a prodigiosa holganza: ricos caldos que embriagan, seducen, amansan.

Desde aquí se divisa la cúpula azulada que corona la iglesia de La Nucía, el sinuoso curso de una acequia que nos acerca a Callosa, y al fondo, como visillo rasgado por la neblina, el desgajado ángulo adormecido de un piélago que se intuye inmenso y sazonado.

Polop de La Marina

Polop yace entre el mar Mediterráneo y el valle del Guadalest, como imagen capicúa de los rincones bellos. En vertical descenso, atravesamos un acendrado cortejo de pinos y cipreses que, como si de recios infanzones se tratara, custodian el sendero y lo ensombrecen. Un surtidor de adelfas desciende con nosotros a través de un *via crucis* tapizado de piedra. A su pie, la Iglesia de San Pedro Apóstol, estilizada y rigurosa. Nos adentramos en ella. Sus encaladas paredes aparecen ornamentadas con piezas de mampostería, cenefas esmaltadas al temple, bruñidas reliquias u

hornacinas revestidas de pan de oro y que recorren aleatoriamente la inmaculada arquitectura del templo bajo un artesonado de maderas nobles.

Abandonamos la iglesia. Las callejuelas se estrechan con la tarde. En lento caminar cedemos a la cadencia vespertina de la empinada senda.

Arribamos a la plaza, infinidad de caños amables reverencian nuestra llegada, surtidores que vierten, acompasados, el fruto líquido de las nubes en un abrevadero de cal: savia para el ganado y húmeda bendición para los seres humanos. Perennidad de la frescura en su caudaloso riego, remanso de cristal virgen en su prístino reposo.

Al lado de la plaza: “el lugar hallado”, la casa solariega que antaño habitaran Gabriel y su familia destila una aromática sensación mironiana en su ternura de piedra desgastada. Aún hoy se percibe en ella un olor a barro seco, encina quemada o cáñamo, y se intuye, ambarina, la palidez de una luz que golpea en el vidrio ajado de los ventanales, y los traspasa, clareando las ahora desnudas habitaciones.

Abandonamos la tierra cálida de este Polop tan callado y tan sabio. Una acrisolada brizna arde definitiva para cerrar la tarde. Cenital, un fragante manojo de nebulosas rosáceas se agolpa con prestancia hasta derramar una fina lluvia sobre nuestras cabezas a modo de crepuscular despedida.

Retrato de un Retratista

Miró reposa en la confortabilidad de un sillón impoluto la estética corporal de su esmaltada figura. Apoya el antebrazo izquierdo sobre el estampado tono turquesa de un cojín de fieltro y se abandona al acto intemporal de la templanza con esa lentitud con que la nieve se acurruca en el páramo.

Refulge en este semblante la transparencia afable de un rostro atezado y que transmite la densa serenidad del atardecer, una quietud desposeída de mansedumbre, una suerte de coronación purificadora.

Frente a él, un poeta de la luz tratará con su cámara oscura de capturar la estela fugaz del único poeta que, como dijera Unamuno, no quiso serlo.

En un momento determinado, la penumbra cede al fogonazo de una luz artificial, colmándose de blancura el sosiego de la sala. Entonces, la cámara se apropia de los detalles, hace suyo un ramal de flores silvestres que descansa en un búcaro, y atrapa cada fugaz pensamiento, y cada imperceptible mueca, cada estrofa sonora e inconclusa, cada leve lamento…

Todo queda al cabo almacenado en la alacena fotográfica del tiempo: la imagen corpórea y sensorial de un hombre adintelado, su rostro físico… la raíz de su alma.

Es el triunfo reticular de la mirada. Virada en sepia, permanecerá por siempre, como si de un epitafio visual se tratase, la eternidad de este instante.

S Soneto a Sigüenza

Si nadie en la vereda se aprestara
a percibir del agua su inmanencia
sería la cordura esa demencia
que nunca en la locura se instalara.

Si en su pasión Sigüenza no buscara
trazar ningún paisaje percibido
daráse por hallado lo intuido
si al fin en la intuición todo se hallara.

Se trata de creer que en el olvido
se oculta avergonzada una locura:
vivimos recordando lo vivido

y nadie de este sino se avergüenza
ya nadie rememora la hermosura
sin antes acordarse de Sigüenza.

V Versículos del Vivir

Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto; la segunda que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta que canta suavemente.

San Juan de la Cruz (Dichos y Amor)

1:1 El pájaro solitario vive en el valle del Jalón su condición primera: llevar el aliento a lo más alto y trascender al vuelo.
1:2 Para el pájaro solitario, vivir es aspirar aromas de cantueso, la urdimbre en la biznaga, el resol del espliego, el crujir de las hojas, el frescor de los huertos.
1:3 Para un vivir inmenso se hace necesaria una cierta distancia entre el palco y el suelo.
1:4 Porque vivir es ir quebrando la impronta del estigma y el dolor que en las sombras se instala como lepra, más cerca de la herida, más allá de la pena.
1:5 Vivir es atrapar el pendular tañido del aire en la campana. El sabor de la tarde. La sombra perfumada, el remansar del agua junto al brocal de un pozo.
1:6 Hay un vivir sosegado que antecede al silencio, un rumor apacible que conjura en la pausa el paso de las mulas a través de la escarcha.
1:7 Vivir es un afán, una constanza lenta en lenta decadencia hacia el primer olvido.
1:8 Porque vivir es aceptar que el pájaro solitario vive de aprehender en el vuelo su memoria primera.

Fco. Javier Fernández

Sobre pedestal de piedra

Breve ha de ser la tierra necesaria
para seguir soñando.
Juan Gil-Albert

Busto de Gabriel Miró en la plaza alicantina del mismo nombre

He cruzado, Gabriel,
como otras veces,
la plaza que tu nombre ostenta,
cerca del mar
y encendida de sol,
al cobijo de ficus centenarios.

Tu busto permanece noble,
sobre pedestal de piedra,
centinela fundido en el silencio,
después de transcribir,
pintando con palabras:
paisajes,
ensueños y experiencias.

Pastorean a través del empedrado
perennes pasos,

indestructibles ecos,
rezagados o altivos,
desalentados,
dichosos
o seguidos de amor.

Tú, cual vigía imborrable,
custodias la fontana,
su plácido fluir,
surtidor con reflejos
matizados de verdes:
pittosporum,
aspidistras, palmeras,
la púrpura buganvilla,
y el fragante jazmín.

Los pájaros
que habitan la enramada
sacian la sed
y limpian su plumaje.

Todo al alcance
de un íntimo descanso
se recrea.

Y el viajero casual,
inmerso en el jardín,
olvida su andadura.

Te confieso, Gabriel,
que en uno de esos bancos,
que circundan la plaza,
gocé un beso furtivo,
después...

El tiempo apresurado
y sus anhelos
hacen surgir
apasionados años.

Por ello,
siempre que ordeno mi melancolía,
transito este lugar
con esencias a puerto
y a explanada;
Mediterráneo azul,
azul floresta
donde no cabe olvido.

Mª Amparo Benito Díez

GABRIEL MIRÓ Y OSCAR ESPLÁ

Gabriel Miró fue, desde su infancia, un gran aficionado a la lectura y a la música, y ambas disciplinas contribuyeron a su formación cultural y artística. Esa inclinación por la música le llevaría a incluir en sus escritos nombres de compositores, títulos de partituras, instrumentos musicales, convertir a alguno de sus personajes en músico, e incluso su prosa está plagada de recursos y motivos sonoros. Esta inclinación por la música le llevaría a buscar la amistad de intérpretes y compositores, aunque la relación más significativa sería la mantenida con el también alicantino Oscar Esplá.

El músico Óscar Esplá en su casa de Alicante

El mismo año en que Gabriel Miró recibía el premio de "El Cuento Semanal" por la novela *Nómada*, su amigo el compositor Oscar Esplá publicaba el *Scherzo* para piano. La aparición de esta primera partitura editada (aunque no la primera compuesta) de Esplá provocó gran revuelo incluyendo discusiones en la prensa de la época. Ante la expectación provocada por el *Scherzo,* Miró quiso conocerlo (no sólo por curiosidad de amigo sino porque tenía cultura musical a diferencia de la mayoría de escritores españoles del momento), y acudió a la casa de Esplá para escuchar el *Scherzo* para piano.

Ese día el compositor le contó al escritor el deseo de escribir una obra para gran orquesta, quizá, pensaba él, un poema sinfónico que era la forma de moda en la época; y como todo poema sinfónico necesita de un argumento en el que basarse, Esplá pidió a Miró que se lo proporcionase. Esplá quería un "*asunto poético y apartado del costumbrismo pintoresco del que ya se abusaba en el sinfonismo español*"[1].

A los pocos días Miró le entregó un poemita corto, inspirado en la mitología griega, "*ingenuo, pero con los rasgos del estilo mironiano*"[2]. Era *El sueño de Eros*, y sobre este texto, escrito poco antes que *Las cerezas del cementerio* (terminado en la primavera de 1910) Esplá escribió su primera composición para orquesta que permanecería guardada hasta que, tras recibir el premio de Viena, sería estrenada primero en Munich y después, con el texto transformado y ampliado por Miró (como era su costumbre), en Madrid.

Está totalmente documentada a través de cartas y escritos, propios y ajenos, la profunda amistad y admiración mutua que se profesaron los alicantinos Oscar Esplá y Gabriel Miró, a pesar de la diferencia de edad y condición artística. Esplá era más joven que Miró, por eso siempre le llamó su "hermano mayor", "hermano espiritual",

[1] *Exposición Oscar Esplá y la música de su tiempo*, celebrada en Alicante en mayo de 1993.
[2] Idem

“hermano-amigo”, porque Miró se comportó como un hermano con Esplá aconsejándole cuando fue necesario, pero también fue un verdadero amigo prestándole su apoyo incondicional antes de alcanzar la fama, cuando aún no era conocido por nadie, y después de saborear el éxito.

Oscar Esplá y Gabriel Miró se vieron por vez primera en casa del prestigioso abogado de Alicante don José García Soler. Este hombre, poseedor de una gran cultura y apasionado de la música (tocaba el piano), vivía en la plaza que hoy se llama de Gabriel Miró. En la parte superior de su casa tenía un amplio estudio, con dos pianos, diversos instrumentos, y una surtida biblioteca musical. En este estudio se reunían amigos músicos, profesionales y aficionados, se celebraban conciertos y tertulias a las que asistían Miró y Esplá, aunque nunca habían coincidido hasta el día en que tuvo lugar el concierto de un famoso Cuarteto Francés.

Esplá era un joven estudiante de Ingeniería y Filosofía, mientras que Miró ─siete años mayor─, ya había encauzado su carrera literaria. Miró se acercó a Esplá, al que sólo conocía de vista y de haber asistido a algún concierto suyo en el Ateneo (sin que Esplá lo supiera jamás), y casi le ordenó que se dedicara por entero a la música. Esplá siguió sus estudios en Barcelona, aunque, por supuesto, sin dejar la música.

Esplá en su *Evocación de Gabriel Miró* narra la siguiente anécdota acontecida tras ese primer encuentro en el estudio del abogado García Soler:

> Nuestras primeras conversaciones fueron un poco cautelosas. Y a fuerza de querer mostrarnos cada uno digno del otro, nuestros diálogos se atusaban de inútiles galas culturales. Nos pasamos toda una noche en Elche, a donde fuimos de excursión, invitados por el ingeniero Lafarga, discutiendo las doctrinas de Hegel; hasta que ya de madrugada, despuntando el alba, se me ocurrió preguntarle:
> Pero, ¿usted ha leído a Hegel?
> Y con una llaneza displicente que me dejó absorto, me contestó: Yo, no, ¿para qué?
> Tenía razón; le bastaban mis insinuaciones hegelianas para darse cuenta de su alcance y apoyarlas o rebatirlas, pues no conservo memoria de quién de los dos hablaba a favor y quién en contra de Hegel. Lo que sí recuerdo es haberle aclarado, en seguida, que a mí todo aquello no me importaba un ardite y me salía por una friolera. Nos dimos un abrazo, nos fuimos a dormir, y, al día siguiente, empezamos a tutearnos.

Este pasaje es interesante porque en él vemos a un Esplá joven, un músico que a diferencia de la gran mayoría de músicos es un hombre poseedor de una vasta cultura que abarcaba todos los ámbitos (ciencias y letras). Es rara la existencia de músicos con tales características, y tal vez Esplá quería demostrar a Miró, con el que aún no tenía excesiva confianza, que no era como la generalidad de artistas de su condición, es decir, un ignorante que sólo se ocupaba de la técnica musical. Pero Miró ya admiraba al compositor, preveía su prometedor futuro y no necesitaba ningún tipo de prueba que le demostrase nada: su música y sus escritos lo decían todo.

En 1919 Miró dedicaría a Esplá una de sus obras más autobiográficas *El humo dormido*, obra en la que podemos leer pasajes que confirman la predilección del escritor por la música. Su amigo Oscar escribiría un prólogo titulado *Gabriel Miró. Impresiones sobre el artista y su obra*, en el que, al margen de las muestras de respeto, admiración y cariño, también encontramos un profundo análisis de la prosa y el estilo del escritor.

La amistad entre estos dos alicantinos ilustres duró toda la vida de Miró, puesto que Esplá viviría muchos años más que su “hermano-amigo”.

Rosa Elia Castelló Gómara

GABRIEL MIRÓ Y EL ARTE

(*La Academia o Círculo de Lorenzo Casanova)*

Estudio del pintor Adelardo Parrilla, discípulo de Lorenzo Casanova

La obra de Gabriel Miró Ferrer tiene en su belleza y armonía matices que nos hacen intuir o adivinar una profunda formación estética, con rasgos que van más allá de la palabra literaria. El color, la luz, la expresividad, le llegan a Gabriel Miró de su experiencia artística durante la infancia, y de su convivencia e intimidad con poetas, pintores y escultores.

Los primeros conocimientos pictóricos los adquiere en el estudio de su tío, Lorenzo Casanova Ruiz. El niño Gabriel Miró, tiernamente querido por el pintor, que no tuvo hijos, empieza a conocer el trabajo creativo desde muy temprano.

Hubiera podido ser pintor, pero, aunque no lo fue, su prosa tiene matices de claridad, de perfección y cromatismo, que se adquieren en la intimidad con la Pintura, la Escultura y la Literatura.

LORENZO CASANOVA RUIZ (1844–1900)

Nace en Alcoy el día 14 de marzo de 1844. Siempre fue un hombre enfermizo, introvertido, serio y bondadoso.

Parece ser que realizó un curso en la Academia de San Carlos de Valencia, aunque no se haya encontrado ningún documento que lo confirme. Viaja a Madrid, y visita repetidamente el Museo del Prado, donde estudia con tesón la Pintura clásica española, entre otros muchos a Velázquez, a Goya o al Greco. Conoce a Fortuny y a Rosales. Asiste a las clases de Federico de Madrazo.

La Diputación Provincial le concede en 1874 una beca para ir a Roma, donde va acostumbrándose a un mundo artístico cosmopolita y bohemio.

Gabriel Miró pintado por Lorenzo Casanova

Regresa a Alcoy en 1879, al fallecer su padre, y allí abre una academia de arte, el *Centro Artístico*. Pinta diversas obras. Se casa con María Teresa Miró Moltó el día 22 de febrero de 1885. Durante el otoño de ese mismo año muere también su madre, Josefa Ruiz Buendía, a los ochenta años de edad.

Con la ayuda y patrocinio de la Diputación Provincial, crea la Academia de Casanova, en Alicante, reuniendo una nómina amplia a su alrededor de discípulos y amigos.

Ya nunca deja Alicante y muere el día 23 de marzo de 1900, a la una de la madrugada.

La Academia de Casanova tendrá hasta su desaparición una gran Importancia en nuestro panorama artístico. Citamos, a continuación, a algunos de sus componentes:

MANUEL CARA Y ESPÍ (1860–1915)

Nació en Granada, aunque su vida transcurrió en Alcoy, ejerciendo en su formación cultural una enorme importancia su madre, una gran mujer, hermana del ilustre músico y compositor José Espí Ulrich.

Cuando Lorenzo Casanova retorna a Alcoy, tras su larga estancia en Italia, es uno de sus primeros alumnos en el *Centro Artístico*. Posteriormente Lorenzo Casanova decide afincarse en Alicante, y Cara y Espí resuelve marchar a Madrid, a probar fortuna en la Villa y Corte.

Comienza su labor artística como ilustrador, dada su capacidad para el dibujo, y publica en las más prestigiosas revistas, como *La Ilustración Española y Americana* o *La Esfera*.

Era un soltero empedernido, descuidado con su alimentación y desordenado en su vida y costumbres. Acabó mentalmente enfermo, y murió en el manicomio de Leganés (Madrid), en 1915.

FERNANDO CABRERA Y CANTÓ (1866–1937)

Su progenitor era impresor de libros y muy amante del arte pictórico. Al advertir la enorme vocación de su hijo, consulta a D. Agustín Gisbert, industrial propietario de una fábrica productora de cerillas, éste, decide apoyar económicamente al joven artista y lo inscribe como alumno en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, de la ciudad de Valencia.

Fernando Cabrera es un magnífico alumno, pero la realidad económica se impone; regresa a Alcoy para recibir formación artística de Lorenzo Casanova. Cuando éste se traslada a Alicante lo sigue, como hicieron otros muchos discípulos.

Logra varias becas, y con una de ellas se traslada a Madrid. También se le concede una ayuda para vivir en Roma. Pero su salud no le permite en un primer momento trasladarse. El viaje y estancia en Roma se aplazan, pero se hacen posibles algo más tarde.

Se casa con Milagros Gisbert, hija del hombre que fuera su mecenas en la juventud.

Amante de las fiestas de Moros y Cristianos de su ciudad, colabora en diversas actividades de su gente. Cuando estalla la guerra civil se refugia en su taller de pintor.

A las 3 horas y 20 minutos de la tarde del 1 de enero de 1937, su corazón deja de latir. Se había casado en segundas nupcias con Elvira Gisbert Brutinel, y ella, su hijo Fernando y su alumno Julio Pascual, lo acompañan en el momento de su óbito.

FRANCISCO GISBERT (1866─1901)

Era hijo de D. Agustín Gisbert, el empresario mecenas que había financiado los estudios de Fernando Cabrera Cantó. Quien había alentado la vocación del hijo de su amigo tardó en entender la de su hijo propio, y le retuvo como colaborador de su industria *Mistera*, elaboradora de cerillas. Cuando advirtió que su hijo era también un gran artista, decidió ayudarle, y lo envió a la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Comparte, una vez formado artísticamente, pintura, vida y taller con su cuñado Fernando Cabrera.

Fallece muy joven, a los treinta y cinco años, dejando una mujer, Elvira Brutinel Terol, y tres hijos: Elvira, Francisco y Elisa.

EMILIO VILAPLANA BOTELLA (1873─1898)

Era hijo de Antonio Vilaplana Sempere, primer cronista oficial de Alcoy, poeta y escritor. Sus primeros dibujos los publica en *Los Domingos de Abril*, semanario fundado por su progenitor.

Delicado de salud desde su niñez, se queda en Alcoy, dibuja, escribe poesías y cuentos, crea también efímeras revistas. La tuberculosis acaba venciendo y muere el 4 de octubre de 1898.

RAFAEL HERNÁNDEZ LÓPEZ (1854─1917)

Lo más admirable de este excepcional artista es su tesón y fuerza moral para sobreponerse a todas las dificultades de la vida, ya que, hijo de un modestísimo obrero, no tuvo estudios y sí dificultades y privaciones. Pese a ellas, cumplió con el duro servicio militar de la época, y comenzó a crear su obra, acercándose a todo artista del que pudiera aprender, solicitando ayudas económicas o presentando obras a todas las convocatorias y exposiciones.

Tuvo siempre muy mala salud, a consecuencia de los reveses de su vida, pero consiguió vivir con modestia y sencillez de la pintura. Estableció un taller en la calle Guzmán, a espaldas del Ayuntamiento.

Falleció en Alicante el día 4 de febrero de 1917.

MANUEL HARMSEN BASSENCOURT (1872─1894)

Era un aristócrata, hijo menor de los barones de Mayals. Tenía un espíritu lleno de nobleza, generosidad y altruismo. Componía hermosos poemas, amaba todas las artes y era un consumado jinete, director teatral, actor, perito mercantil, conferenciante sobre los más diversos asuntos, dibujante y pintor.

La tuberculosis acabó con su vida a los veintidós años. Fue uno de los más aventajados alumnos de Lorenzo Casanova. La misma enfermedad, característica de la época, acabó con la existencia de su madre, Doña Juana Bassencourt y Soler, a los tres meses y trece días de perder a su hijo menor. El hijo mayor, Juan, había fallecido en 1875. El padre, Don Alejandro Harmsen y García, murió asimismo de tuberculosis cuatro años después.

ADELARDO PARRILLA CANDELA (1876─1953)

Cuenta Luis Pérez Bueno, crítico de arte y biógrafo, la decisión que tomó el profesor de latín de Adelardo Parrilla: “Mira, hijo ─le dijo ─déjate de latines. Tú no has

nacido para ser médico o abogado, serás pintor". Le compró lápices, papel y demás utensilios necesarios para dibujar, y lo llevó a la Academia de Lorenzo Casanova.

Adelardo Parrilla se mantiene del poco dinero que puede mandarle su padre, empleado de la Compañía de Ferrocarriles del Mediodía, y eventualmente de la venta de alguna pintura. El Barón de Mayals, personaje liberal, ilustrado y culto, ante las dificultades económicas de Adelardo Parrilla, le concede una importante ayuda financiera.

Parrilla hizo un retrato de Gabriel Miró, el conocido *Retrato de la mecedora* que dedicó y regaló a doña Encarnación Ferrer, madre del autor de *Las cerezas del cementerio*. Gabriel Miró tenía en ese momento unos diecisiete años. Fueron Gabriel Miró y Adelardo Parrilla amigos entrañables, a la sombra protectora de Lorenzo Casanova, casi un padre para ambos.

El día 11 de marzo de 1953, después de sufrir su primer ataque de parálisis, muere en Alicante Adelardo Parrilla, dejándonos una obra amplia, muy elogiada y extensamente comentada y conocida.

ANDRÉS BUFORN ARAGONÉS (1877─1943)

Nace en la Plaza del Abad Penalva, en una casa sita frente a la Iglesia de San Nicolás, el día 21 de noviembre de 1877.

Su padre era "calafater", constructor de barcos de madera para la pesca costera. Así, desde niño, conoció los aparejos de la pesca, el argot marinero, y también la vida de los pescadores: sus trabajos, penalidades y costumbres.

Pintor que conoce el mar, la serenidad de un Mediterráneo limpio y claro, la fuerza y la crueldad de la tormenta, los cambios de color y de brillo y luz que ofrece. Alquila una caseta en uno de los balnearios de madera de aquel tiempo, *La Alianza*, y observa la playa, los matices del agua, las olas de espuma y sal.

Tiene lugar un encuentro entre nuestro artista y Joaquín Sorolla, y entre el alicantino y el valenciano surge una relación cordial, una amistad vigorosa. Ambos están acercándose a nuevos conceptos del quehacer pictórico. Se pasa del interés por "el tema", por la pintura historicista y grandilocuente, a una mirada que ve tonalidades, instantes mágicos, tiempo que pasa… lo que se conoce como "Impresionismo".

Muere Andrés Buforn el día 5 de diciembre de 1943.

"Con la muerte de Andrés Buforn ─dirá un estudioso de su pintura y su vida─ desaparece un valor positivo para las Artes en España, donde tan escasos andan los pintores marinistas, y particularmente para los de esta provincia, donde su nombre evocará siempre la visión de panoramas de nuestro litoral."

LORENZO AGUIRRE SÁNCHEZ (1885─1942)

Nace en Pamplona (Navarra) el día 14 de noviembre de 1885. Llega a Alicante y frecuenta el estudio de Casanova. El maestro había fallecido el 23 de marzo de 1900 y Lorenzo Aguirre no estuvo en su sepelio al haberse trasladado ya a Madrid.

En Madrid, pinta, dibuja, hace caricaturas. Cuando retorna a Alicante, se inician, alentadas por el gaditano José María Py y por la asociación *Alicante─Atracción*, las Fiestas de las Hogueras de San Juan. Lorenzo Aguirre, además de hacer el cartel que anuncia dichas fiestas, construye, precisamente para la Comisión de la Plaza de Isabel II, luego Plaza de Gabriel Miró, las primeras hogueras, durante los años 1928, 1929 y 1930.

Pertenecía por oposición al Cuerpo General de Policía. Pero su vocación era pintar, hacer carteles publicitarios, investigar en temas como el vestuario típico alicantino, la música festera o el folklore.

Era un republicano de corazón y, al perder la República la guerra, se exilia a Francia. Encarcelado al regresar a España es ejecutado en 1942.

EMILIO VARELA ISABEL (1887–1951)

Nace en Alicante el 6 de noviembre de 1887, en las mismas fechas en las que la academia casanovista se pone en marcha. Con diez o doce años, ingresa en dicha Institución, en la calle Luchana, 16, después Avda. Doctor Gadea.

Lorenzo Casanova había fallecido, como ya dijimos, en 1900, y la dirección pasó a manos de Adelardo Parrilla. Aunque Varela estuvo con Parrilla un tiempo, su verdadero educador artístico fue Lorenzo Pericás.

Varela fue, después, discípulo de Joaquín Sorolla. Aunque el magisterio de Sorolla es de estilo impresionista, Varela huye de los efectismos plásticos más fáciles, y encuentra una mayor profundidad, un mundo más riguroso y cercano a su seria personalidad e intimidad.

Según el pintor Manuel Baeza, la obra de Varela se define en varios períodos: Influencia del Impresionismo, influencia del Post-Impresionismo, influencia del Fauvismo (por su estancia en Francia y su amistad con los pintores galos), realismo mágico; la última etapa es la que expresa una delicada melancolía, un abandono del mundo exterior por un mundo interior más sensible, por una interiorización en su intimidad espiritual.

Fallece el día 6 de enero de 1951, reconocido como uno de los pintores más importantes de Europa.

LORENZO PERICÁS FERRER (1863–1912)

Hijo de un hojalatero de oficio, fue el compañero fiel de Casanova. Hombre humilde, sencillo, sin apetencias de honores, pero con una fuerza indomable en su labor creadora y una enorme inteligencia.

No queda muy claro, en la investigación realizada hasta ahora, si Lorenzo Pericás fue el director de la academia tras la muerte de Casanova. Lo pudo ser de hecho, aunque, dada su humildad, no lo fuera en derecho o documentalmente.

Sufrió mucho desde muy joven: una progresiva perdida de movilidad, una parálisis que le impedía usar sus brazos y sus manos. A veces sujetaba un brazo con la mano del otro para continuar pintando, pero se le fue haciendo cada vez más difícil trabajar. Los últimos años fueron de dolores intensos, y de penuria económica, incluso a menudo de hambre.

Gabriel Miró, a través de la Prensa, tuvo que apelar a la ciudadanía para encontrar un amparo para la familia de Pericás. La ayuda llegó… pero sin duda demasiado tarde. Para pagar los gastos de su entierro hubo que vender un taller que Pericás tenía en el Altozano, cerca del Museo de los Bañuls.

La obra de Pericás adorna lujosamente el Casino de Alicante. Murió en la mayor pobreza el día 27 de agosto de 1912.

VICENTE BAÑULS ARACIL (1865–1935)

Hay un escultor que identifica a Alicante: su alma, su Historia… Se trata de Vicente Bañuls Aracil, nacido el 19 de noviembre de 1865. Trabajo creativo, viajes, experiencias, encargos… Tiene esculturas en muchas ciudades españolas pero es Alicante quien luce gran parte sus realizaciones: La lápida recordatoria del Tercer Centenario de la publicación de *El Quijote*, colocada en la fachada del Ayuntamiento; la estatua de Maisonnave; el *Monumento a los Mártires de la Libertad*, inaugurado en marzo de 1916 y desaparecido después de la guerra civil; el monumento a José Canalejas y Méndez; la estatua de Castelar en Elda y el monumento a Jorge Juan, en Novelda. Bajo-relieves de piedra en la fachada del edificio de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, en la calle San Fernando de Alicante.

La fuente de la Plaza de Isabel II, hoy Plaza de Gabriel Miró, que el mismo Bañuls califica de “estilo Renacimiento”, y que consideraba su mejor realización.

Fallece el día 31 de enero de 1935.

DANIEL BAÑULS MARTÍNEZ (1905–1947)

Hijo de Vicente Bañuls, fue alumno y colaborador de su padre, aunque también realizó trabajos como único autor. Se pueden citar como suyas las siguientes obras: Monumento al Doctor Rico, en Alicante; fuente decorativa en una plaza de Aspe, monumento a los falangistas de la Vega Baja del Segura, levantado en la Partida de Agua Amarga. Y, sobre todas, la fuente de la Plaza de *Los Luceros*, conocida popularmente como *la de los caballos*.

La muerte le sobrevino mientras preparaba una exposición que se iba a presentar en Madrid el día 20 de agosto de 1947.

Hoy continúa la tradición artística iniciada por ambos creadores con Miguel Bañuls Macía, artista del cual nos ocuparemos en un próximo número.

Fuente de Levante. Autor: Daniel Bañuls

JOSE SAMPER RUIZ (1880–?)

Nacido en 1880, es el autor del Monumento a Gabriel Miró, Inaugurado el día 27 de mayo de 1935, al cumplirse el quinto aniversario del fallecimiento del ilustre prosista.

Sobre plinto de piedra, con la inscripción *Gabriel Miró 1879-1930* queda emplazado un busto, también de piedra del país, en honor del autor de *El obispo leproso*.

GABRIEL MIRÓ FERRER (1879-1930)

Incluimos a Gabriel Miró en la nómina de artistas formados en la Academia de Casanova por ser un pintor de la palabra, por haber trasladado el mundo del color, del pincel, a la prosa; del lienzo a la narrativa.

Juan de Dios Miró Moltó, progenitor del novelista, era alcoyano, ingeniero de caminos establecido en Alicante y autor, entre otras realizaciones, de los primeros túneles de *El Mascarat*. Teresa Miró, su hermana, contrajo matrimonio con Lorenzo Casanova, en Alcoy. Cuando se vinieron a vivir a Alicante ambas familias se relacionaron muy afectivamente.

Gabriel Miró acude a la academia de su tío para posar como modelo, para barrer y limpiar, para atender a sus condiscípulos y para pintar y dibujar a su aire.

Sin duda alguna, la sensibilidad para el color, la luz o el paisaje, se despertó en el joven Gabriel Miró en el ambiente de trabajo, de amistad y búsqueda de la exactitud y el rigor que vivió en la compañía de Lorenzo Casanova, y de tantos grandes hombres a los que conoció y trató.

No hemos querido abarcar en este artículo tiempos más recientes. No hubiera sido posible. Creadores como Xavier Soler, Manuel Baeza o Gastón Castelló, solo se explican por el ejemplo, por la lección recibida y asumida en la propia labor estética, en el trabajo realizado con vocación y entrega, en el amor a la perfección de todas las Artes.

Francisco Alonso Ruiz

El humo dormido

Autor: J.L. Torres

Veo pasar la noche
entre el humo dormido
de un libro mironiano...
y evoco otra infancia
diferente a la mía,
oigo el dulce armonium
en la iglesia sonar
y el coro de monjas.
También veo jardines,
camposantos hermosos...
una mujer me mira
entre el humo dormido,
y en delicada prosa
veo pasar la noche
y recuerdo una historia familiar:
cuentan que un Gadea
trabajó de aparcero
para la familia Miró
(algún conejo a su señor hurtaba)...

Veo pasar la noche
leyendo el viejo libro
y penetro en su mundo,
penetro en su encanto.

Sergio Gadea

VICENTE RAMOS HABLA DE GABRIEL MIRÓ

Gabriel Miró, según Vicente Ramos, ilustre escritor alicantino y su mejor biógrafo, sintetiza en su carácter lo que es nuestra provincia, ya que en su espacio vital y anímico confluyen la ciudad barroca, religiosa, tradicional, que es Orihuela, donde nació su madre, con la ciudad industrial, técnica, progresista, Alcoy, donde vino a la vida su padre.

Nace Gabriel Miró, no obstante, en Alicante, una ciudad sobre todo marinera, de cielos azules y de sol resplandeciente. Como todos sabemos y Vicente Ramos nos recuerda, Alicante era, durante la vida de Gabriel Miró, un horizonte limpio, abierto, sin límites, que empuja espiritualmente hacia nuevos ámbitos estéticos, hacia el Mediterráneo. El mar es la puerta que le abre el alma hacia la cultura clásica, hacia un origen griego y latino.

Comienza sus estudios Gabriel Miró en el Colegio de Santo Domingo de Orihuela. Disciplina rígida, religiosidad exaltada, es lo que caracteriza su aprendizaje escolar. Pero dicha atmósfera de rigor es atenuada por el amor vivido en su familia, sobre todo por el afecto materno. Es así como experimenta Gabriel Miró una fe cristiana hecha de amor y de piedad, que, años después, se expresaría en “Figuras de la Pasión de Nuestro Señor“. Dicha obra fue escrita para su madre, y así se lo dice en la dedicatoria: “A mi madre, que me ha contado muchas veces la Pasión del Señor “.

Nos habla Vicente Ramos de la formación filosófica, estética y literaria de Gabriel Miró. Le influye mucho Kant, con la noción del imperativo categórico, que ha de llevar al ser humano siempre al cumplimiento del deber y al bien. El hombre no es bueno cuando nace, sólo la educación en el amor y en la compasión lo hacen bondadoso.

No tuvo Gabriel Miró demasiados amigos, según Vicente Ramos. Su carácter era el de un hombre introvertido, sereno, contemplativo, serio. Pero se conoce su afinidad con Óscar Esplá, con Francisco Figueras Pacheco, con los que se reunían en la Zapatería de los hermanos Senabre. Seguramente le atraía más la contemplación del mar, el paseo por el campo, la charla con la gente sencilla de Polop, de La Nucía, de Parcent… Era Sigüenza, personaje vivo de sus escritos, un trasunto de su personalidad íntima…

Los criterios estéticos de Gabriel Miró son los de la Pintura, aprendidos en la Academia de su tío Lorenzo Casanova. Le emociona el color azul en todos los matices, al ser el color del cielo de Alicante.

Su devoción filosófica es la de los pensadores grecolatinos, sobre todo de los estoicos: Séneca, Marco Aurelio… Se apasiona en la lectura de los poetas de nuestro Siglo de Oro: Góngora, Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz…

Ama Gabriel Miró la Naturaleza desde muy niño. La Naturaleza es la creación de Dios. El hombre que ama las flores, los árboles, los animales, es mejor; es una criatura más bella. Dios ha creado la vida y la sigue cuidando cada día, y el hombre debe amar y respetar lo que existe si quiere ser feliz. Todo en la narrativa poética de Gabriel Miró nos habla de unión con la Naturaleza: olores, colores, sabores, palabras, tiempo.

Le pedimos a Vicente Ramos que nos dijera qué era la muerte para Gabriel Miró. Y nos respondió que Gabriel Miró nunca creyó en la realidad de la muerte, pensaba que si los hombres se amaran de verdad podría vencerla y consolidarse la vida desde el amor.

Toda la belleza de los pueblos alicantinos está en la prosa lírica y bella que llena la narrativa mironiana. Desde Guadalest a Ifach, desde el Maigmó hasta la ciudad de

Alicante, todo es brillo, rumor de olas, claridad y transparencia en todos y en cada uno de los textos del mejor paisajista de nuestra tierra. Un hombre avanzado para su época, un hombre profundamente religioso, un ecologista, un poeta: Gabriel Miró Ferrer, del que nos ha hablado, desde el conocimiento profundo de su vida y su obra, otro gran escritor de Alicante, como es Vicente Ramos.

Mati Bautista

PALABRAS EN HONOR DE GABRIEL MIRÓ

Aunque Gabriel Miró no consiguió a lo largo de su vida repetidas y exitosas ediciones de sus obras, sí fue un hombre y un escritor unánimemente apreciado por los que, como él, dedicaban su vida a la literatura. En prosas y versos testimoniaron su aprecio y su admiración y, en muchas ocasiones, figuras y páginas mironianas sirvieron de inspiración para las suyas.

En este número de *Auca*, dedicado al escritor que mejor ha reflejado el espíritu de Alicante, nos ha parecido oportuno incluir, siquiera parcial e insuficientemente, una muestra de las palabras que Gabriel Miró inspiró y motivó a sus contemporáneos.

VERSOS

Elogios a Gabriel Miró por
el "*Libro de Sigüenza*"

Gabriel Miró recoge los secretos
de los huertos de frutas perfumadas;
del mar embravecido, o silencioso
—-mediterránea playa
dormitando al arrullo de sí misma
como una abandonada—
y reparte el encanto de sus cuentos
a los viajeros de todas las jornadas;
a los curas rurales; al niño
y a las madres aldeanas;
a las mozas que cuidan de los huertos
y a las abuelas tristes y calladas,

para aliviar la vida pesarosa
con el encanto de su plática…
¡Llegando al corazón todas las penas,
que él troca en alegría que no acaba!
¡Le quieren, le bendicen
lo mismo que a un patriarca…¡

¡Gabriel Miró! Cuenta otra vez, hermano,
con palabra de santo, emocionada,
los secretos que la Naturaleza,
─tal si fueras amor de su esperanza─
al oído te dice, predilecto,
con un calor de amada.

Félix Delgado

Sinceridad
Ofrenda a Gabriel Miró

"Dirás a Dios mi nombre y aliviará mi viaje"
García Nieto

Siempre multiplicando tu angélica brisa
cantando anunciaciones en todos los oídos,
pasaste por la brisa como aquel que no pisa,
tendiéndose un asombro de pájaros y nidos.

Las yemas de los dedos, florecidas de aromas.
Y enloqueciendo el hueso del papel con tu tacto,
vestiste las cuartillas con buches de palomas,
gloriosas de aire joven, luminoso y exacto.

Nadie como tú tuvo la quinta llaga abierta.
Nadie dejó un recuerdo de miel por donde iba,
como aquel reguerito que empezaba en tu puerta
y acabó cielo arriba.

Yo sentí esa tristeza con tu muerte. A congojas
se pusieron de luto todas mis azucenas.
Se apagaron mis árboles, candelabros con hojas.
Lloraron mis colmenas.

Como recia maroma de cristal que atosiga
llevo aquel mayo tuyo comiendo en mi garganta.
Se me ha partido el tiempo y un minuto de hormiga
me lo va retirando, sin sentir, de la planta.

Juan Alcaide

Visitación de Gabriel Miró

Y de pronto no te conozco. Nunca te vi tan joven.
Es la miel de tus ojos donde tiembla el recuerdo
de una lágrima fría, diminuta de estrella duplicada,
la que me unta y chorrea y me reconozca
y antes de que el abrazo confirme nuestro encuentro
pone en mis labios agrietados y áridos dos sílabas de gozo,
las de tu nombre de miel: Gabriel Miró.

Déjame que te deje, Gabriel, en ese filo
de tu edad más cumplida, ilusa de sentidos y de alma.
Quiero dejarte solo, sin amigos
que se puedan morir como Isabel al Borja,
solo mas con los tuyos, eternizados hijos del espíritu,
creados por tu mente, tu corazón de oro y tu fonética:
con Pablo y Enriqueta, Don Jaramillo y Tabalet,
y las figuras soñadoras en torno al Rabbí,
en esa tierra Santa, esa tierra Sigüenza
hermosamente antigua frente a la tierra de Gabriel, Levante.

Quédate solo, sube al cíclope Ifach,
a Guadalest la esbelta, a Aitana majestuosa,
baja a Altea la Vieja, bruñe el cristal de roca
de Santa Pola, entra en Polop,
en tu casa de estío y de penumbra
—un rasgueo de pluma, un bordón de moscarda—
y límpiate el sudor con un pañuelo generoso

al volver a las flores y a los cantos
de tu huerto de cruces.

Ahora, Gabriel, no preguntas
porque tú ya lo sabes.

Gerardo Diego

Gabriel Miró

Cuando la coronación
del ganado se realiza,
y va la espiga pajiza
y huelo a mi corazón.

¡Viento ciego de las rosas!
Anda horizonte adelante,
y dile a todo Levante
que ha muerto el Señor de las prosas.

Cruza las canas aldeas
por donde Sigüenza iba.
Márchate montaña arriba,
y a todo pastor que veas

di que ha muerto el hombre aquel
de ojo triste y vida rara
que con ellos platicara
a un son de esquila y rabel.

Corre sobre todo a “Oleza”…
Ya que su paisaje verde
su más preciosa ave pierde
¡qué se muera de tristeza!

Que doble a muerte “Jesús”
y las campanas de al lado
del huerto de aquel Prelado
todo de miel y de pus.

Que en medio del vocerío
de torres palomariegas
se escuche un plañir de vegas
y unos sollozos de río.

Miguel Hernández

Dibujo a plumilla de Manuel García Pérez, *Garpe*

PROSAS

"Don y maestría que han permitido a Miró tratar los asuntos religiosos y en particular las escenas de la Pasión y las figuras evangélicas, con una poesía y un encanto raros en nuestra literatura moderna, donde falta esa cuerda o suena a falso."

Andrenio (Eduardo Gómez Baquero)

"Gabriel Miró; Gabriel Miró, atento y meditativo. Gabriel Miró, que es como una montaña, como un río, como un valle de la provincia de Alicante. Su atención, su escrupulosidad. Elemento geográfico, la geografía sentimental, subjetiva, tan diversa a la objetiva, la científica, la que lo reduce todo a cifras, diagramas y cuadros de líneas horizontales y verticales."

Azorín

"¡Cómo nos sentimos ligados en simpatía, en agradecimiento a aquel creador de bellos, estremecidos mundos de arte! ¡Cómo amábamos a Gabriel Miró! ¡Cómo adivinábamos tras el intuitivo y prodigioso artista, al hombre bueno, al corazón de oro!"

Dámaso Alonso

"Gabriel Miró tiene, en mi casillero de los hombres ilustres, un lugar aparte, casi único, el del derecho puro de la belleza."

Gregorio Marañón

"Gabriel Miró ha sido una victima ejemplar ─por su importancia magistral y significativa─ de la falta de medio literario en España."

José Bergamín

"*Las Figuras de la Pasión del Señor* son un prodigio de literatura en estado puro y la abundancia de páginas de memorable hermosura hacen que este libro continúe siendo un modelo de inteligencia creadora y delicia poética."

José Manuel Caballero Bonald

"Es tan excepcional su potencia de paisajista que parece posponer su vigor novelesco. Dolía mucho a Miró que se leyesen tales relatos como si no fueran más que una colección de trozos descriptivos y líricos. No cometamos ese yerro."

Jorge Guillén

"Con el Obispo entre las manos diríamos que avanza, que quiere avanzar por encima de su prosa. Pero un milagro de equilibrio afirma en ritmo igual relato y palabra."

Juan Chabás

“Los nombres que forman el Comité Directivo de los “Amigos de Gabriel Miró” nos darán una idea de la jerarquía de sus admiradores: Presidente: Don José Martínez Ruiz “Azorín”; Secretario: Don Ricardo Baeza; Vocales: Don Miguel de Unamuno, Don Ramón Menéndez Pidal, Don Gabriel Maura; Don Ramón del Valle Inclán; Doctor Augusto Pi Suñer; Don Ramón Pérez de Ayala; Don Félix Lorenzo, Director de ABC; Don Óscar Esplá, Don Victorio Macho y Don Pedro Salinas.”

Juan Gil-Albert

“La prosa de Miró es orgánica, palpitante, amontonadamente carnal. Tiene aceso, ritmo, sentido, emoción. Es noble. A veces abarca en su desarrollo exactitudes extraordinarias.”

Juan Ramón Jiménez

“Miró logró la valiosidad expresiva de su obra. No fue desdeñoso en un alcance recolector de términos vernáculos o expresiones dialectales de raigambre levantina pero de atractiva reactualización.”

Juan Velázquez

“¡Gabriel Miró escribía para los que no éramos solemnes, ni sañudos y estábamos, además limpios de toda sabiduría!”

María Alfaro

“Pero Miró, y en esto por lo demás, lo mismo que Obermann, su inspirador de un día, vivió sus obras, vivió sus figuras de pasión y sus paisajes, los vivió o sea los soñó para siempre. Sólo queda vivirlos, soñarlos, hacerlos estados de la conciencia esponjada en la Conciencia Universal.”

Miguel de Unamuno

“En ningún caso como en el de Miró puede decirse es el hombre, empujado por la visión inmediata de las cosas, quien abre el cauce al artista, que la levanta en vilo con su arte, y la bate con su técnica hasta que pierde el último relumbre de vulgaridad.”

Óscar Esplá

“Recuerdo de Miró los amplios párpados y la mirada clara y triste que reposaba bajo ellos. Era ancho, fuerte, extremadamente simpático y encantador.”

Rafael Alberti

“No está solo Miró. Son legión los devotos. Penetre en el alma del poeta la alegría de sentirse comprendido, amado, fortalecido. Sepa al asomarse al mundo, cómo en el mundo ha creado gracias nuevas y devociones inteligentes.”

Rafael Marquina

“La obra de Miró se me aparece en su rudeza como el desesperado intento de posesión de la tierra; y su penetración en la terreta, su penetración en estos terrenos

secos, rojos, ásperos de la tierra alicantina es precisamente el afán de vencer lo que se abraza, de superar lo que se estrecha."

Ramón María del Valle Inclán

La selección de estos fragmentos ha sido realizada por Manuel Parra Pozuelo, y el poema Elogios a Gabriel Miró, del poeta Félix Delgado, ha sido proporcionado por Antonio Henríquez.

MIRÓ Y SIGÜENZA

La revista cultural *Auca* dedica este número al exquisito poeta de la prosa, el alicantino Gabriel Miró, un caso muy particular de voluntad y tesón. Por muy hostil que sea la realidad a la que se enfrente, Miró seguirá su vocación literaria indiferente al reconocimiento de su obra como meta. Los nombres de los que le criticaron e impidieron su ingreso en la RAE, quizá son hoy recordados gracias a esta oposición y no por sus méritos.

Veo, en una fotografía, a un Miró elegantemente vestido de oscuro, con camisa blanca, corbata y gemelos, recostado en un diván en el que abundan los cojines; sobre uno de ellos flexiona y apoya el brazo mientras su mano izquierda sostiene el peso de la cabeza y la derecha descansa sobre sus piernas. Frente amplia, pelo abundante, ojos claros y ensimismados, y me pregunto qué estará contemplando el escritor en esa lejanía a la que traslada su mirada, en ese lugar que a él solo pertenece, en el que realmente vive y que en ocasiones se ve obligado a abandonar para afrontar las exigencias de la cotidianidad.

Miró cultiva la literatura; a ella se entrega cumpliendo la labor para la que se considera elegido. Si estudia una carrera es para complacer a sus padres y con la esperanza de acceder a la judicatura, ─que nunca alcanzó─, en busca de un trabajo que le permita formar y mantener una familia y, a la vez, le deje tiempo para la escritura.

De entre todos sus personajes me decanto por el de Sigüenza, al que adjudico, cómo no, los rasgos físicos y psicológicos de Miró, quien nos lo presenta por primera vez en 1904. A través de los años y de sus andanzas, vemos cómo Sigüenza va creciendo, encarnándose, convirtiéndose en el alter ego de su creador.

Besado por el más literario de los mares; protegido por un ejército de azules montañas; ebrio de luz y de perfumes; bajo un cielo sin nubes y un fondo de canto de campanas, por el campo alicantino de la Marina, después de 20 años, pasea de nuevo Sigüenza recordando el pasado y anudándolo con el presente, "y ahora, todos esos años, los veinte años venían dóciles como corderos y se paraban a beber y a mirarse en la pila viejecita donde cabía temblando el firmamento".

Miró, o Sigüenza, tanto monta, ha dejado “el cansancio de la ciudad” por el gozo de la naturaleza; la prisa por “el no tenemos prisa”; el sentirse extraño por “el sentirse claramente a sí mismo”. Caminar, soñar, viajar por los parajes alicantinos, fundirse con la naturaleza, es su vida. Viaje exterior y recorrido interior. Viaja indiferente al medio de transporte: lo hace en tren, diligencia, a pie y hasta en burro; raramente en automóvil.

Contemplativo, minucioso, sensual, Sigüenza recorre los caminos, dejando en ellos “la huella de su pie”. Camina, aspira y olfatea; mira, escudriña y ve; oye y escucha; toca y acaricia; gusta y saborea; y, sobre todo, indaga, retiene y archiva. Gran observador, “a pesar del peligro y descrédito de lo panorámico”, describe al detalle los paisajes de la geografía amada, los dota de vida, los humaniza. Nada escapa a su mirada, desde el inmenso mar o las altivas montañas al más insignificante de los insectos. Su riquísimo léxico rescata palabras olvidadas que nos traen el aroma de otros tiempos, de otros hombres y de oficios extinguidos por el progreso. Un profundo lirismo impregna sus escritos, sobre los que sobrevuela la sombra de una resignada tristeza. Las evocaciones a la religión y la muerte ─esa patria común de los humanos─ están siempre presentes, directa o indirectamente, en su obra. A veces siente una morbosa inclinación por lo macabro y se recrea en detalles estremecedores. Tampoco faltan, por otra parte, las pinceladas de humor negro.

Miró bautiza a estos escritos con el nombre de “Estampas”. María Moliner define este término en su *Diccionario de uso del español*, como: “Estampa” (de estampar) “Representación de una cosa en dibujo, grabado o fotografía, en negro o en colores, impresa en un libro o suelta”. Es decir: una estampa muestra. Y eso es lo que hace Sigüenza: mostrar; pero no sólo el paisaje que es su principal querencia, sino también el paisanaje con sus pasiones y debilidades. Muestra, pero no juzga: la ignorancia, la avaricia y la miseria; la crueldad del hombre para con el hombre, los grupos marginados y los animales; la injusticia social; el sometimiento de los humildes; la violencia machista; la niñez desvalida y el desamparo de la vejez; los rígidos sistemas docentes; el peso de los prejuicios; la enfermedad y la muerte. Sigüenza se nos muestra a la vez ingenuo y sagaz; serio e irónico; crédulo y escéptico.

* * * * *

“Estaba el aire dormido; todo parado, y la sensibilidad de los ecos desnuda en un dulce ocio” y Sigüenza sigue recorriendo, como en una despedida, todos los pueblos de la Marina, cuyos nombres, al pronunciarlos, se deslíen en su boca con la dulzura de un caramelo. Ha llenado sus ojos con el azul de su mar; ha aspirado el perfume de sus viejos campos; se ha saciado con el agua de sus manantiales; ha descendido al corazón de su tierra; ha gozado la caricia de su aire y de su sol, y se siente tan campo como ellos, “tanto que quedó poseído de un presentimiento de felicidad, y más hondo, el de su límite, la muerte”.

Con su obra *Años y leguas* se despide Miró de Sigüenza: “Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud”. No sabe aún Miró que Sigüenza ha vencido a la fugacidad del tiempo y permanece para siempre en ese lugar donde duerme el aire “y la sensibilidad de los ecos se desnuda en un dulce ocio…”

María Rosario Mohinelo

Bibliografía: Gabriel Miró*, Años y leguas*; Heliodoro Carpintero, *Gabriel Miró en el recuerdo*; Mariano Baquero Goyanes, Prólogo a *Años y leguas*.

Oleza

Orihuela. Puente de poniente

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Truena bravo el Segral de espuma amusca cubierto,
río de azudes, norias en azarbes,
del campo yerto venas
que riegan olivares, maizales y naranjos.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Conventos recoletos de vírgenes de obleas,
catedrales e iglesias, blondas albas,
fragancia de los cirios,
cera que arde, arcosolios recónditos del claustro.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Las bernardas, jerónimas, salesas, trinitas,
salmodias de novicias y beatas;
tienen tornos que giran
dentro de los umbrales de pórticos sombríos.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Los olores emanan por las ornadas rejas
de mujer perfumada de albahaca,
de rosas, de jazmines,
tímida de azahares que espera palpitante.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Las tahonas transpiran sus cochuras gustosas
con mozas y anacalos heñidores
que en los hinteros masan
las harinas de panes blancos, pellas o rollos.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Hojaldres, pan de dios, manjar blanco, huesos de santo,
son de frades delicias golosinas
que los labios atrapan
en gulas prohibidas por santas penitencias.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Glorietas de cipreses, almenas de romero,
ramajes de milgranos, soles rojos,
verbenas y geranios,
cinamomos, campánulas, fragancias de flores.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

Van los seminaristas por las calles de Oleza
con sotanillas negras, van de azules
las hijas de María,
humildes en sus manos, con rubor recogidas.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas.

El cáñamo se teje para alfombras y alborgas,
los capillos de seda en terciopelos
de ornamentos de gala
hilados por las mozas, en telas de damasco.

Tañen campanas viejas, tañen campanas niñas

Oleza permanece ya en la inmortalidad,
y los dioses la sientan a su lado.
El Olimpo contiene
por siempre su morada.

Oremus dómine...

Airam Lebasi

Alicante en Gabriel Miró

Desde la cima de la sierra Aitana
al pantano de Tibi en el Maigmó
todo en la prosa de Gabriel Miró
tiene su aurora azul o su mañana.

Desde Gata de Gorgos la artesana
hasta Orihuela, Oleza, describió
toda la tierra alicantina. Vio
y cantó lo que vio: huerta galana,

vergel gozoso lleno de hermosura.
Benidorm, Finestrat, Villajoyosa,
y Confrides, Altea, o La Nucía.

También la Vega Baja del Segura
y El Contat o L' Alcoià llenan la prosa
mironiana con toda su poesía.

Francisco Alonso Ruiz

PURA ANÉCDOTA

Acuarela pintada por Mati Bautista

Esta anécdota, acaecida en 1932, está recogida en el libro *Vega Baja* y da cuenta de ella su autor, Vicente Bautista. Estando en Orihuela, en nuestra geografía de antaño, se inauguró el busto de Gabriel Miró, obra del escultor José Seiquer Zanón. Al acto, llamado en su día “Romería lírica a Oleza”, acudieron, que yo recuerde, entre otras personalidades, Miguel Hernández, Ramón Sijé, María Cegarra, Carmen Conde, su esposo Antonio Oliver y el responsable de dirigir unas palabras a los asistentes al acto, Ernesto Caballero, periodista y escritor que fuera uno de los teóricos del falangismo. Pues bien, este se presentó vestido con el uniforme de falangista y durante el discurso, que no fue de lo más acertado, se armó tal algarabía que tuvo que presentarse la policía y terminaron todos en el “cuartelillo” o sea, en comisaría. Años más tarde, según narra Vicente Bautista en su libro, Jiménez Caballero, pidió disculpas por su discurso desproporcionado.

Mati Bautista

“El caracol del faro” en las líneas de un acróstico

Esplendoroso el día, transparente,
Lascivo, alucinante de tan claro.
Comencé a caminarme la mañana, encogidos los pasos y
Absorbiendo mis ojos con sensual lujuria el fulgor de la isla.
Remonté a mediodía hasta el faro, por compartir mantel con los fareros.
A la tarde, en mi alcoba, la foto de Gabriel, y aquellos caracoles, y el recuerdo:
Cómo hacía sonar la esforzada sirena,
Orgulloso al creer que salvaba de enconados peligros las incautas barcazas.
Late, aún, su júbilo y su alma en la carne de nácar de esta concha, explica el farero,
Declaróse una noche un temporal aciago, y el mar, dios poderoso,
Estrelló su lengua de agua y escombró a Gabriel, abrazado a su fiel caracola:
La que queda a la izquierda, ¿la ve?; la otra es muda. Las cogí y, al oírlas,
Formulé mi sentencia: “son iguales”. Mas no supe dejarlas como estaban.
Al declinar la noche, presentí la sombra de la madre y la observé azorado,
Refugiaba su rostro en la pétrea garganta y sonreía... porque
Oía a Gabriel en aquella voz profunda de viento y de agua.

El caracol del faro vio la luz en 1921, formando parte del libro titulado *El Ángel, el Molino, el Caracol del Faro*. Su tema principal es la muerte, pero no la crudeza del dolor que produce, sino la pervivencia del recuerdo, la fascinada relación con el hijo ausente, a través de la voz de torrente de un caracol de mar.

El acróstico tiene sus reglas, una contención que ha requerido dejar de lado aspectos temáticos que, sin embargo, considero relevantes para la comprensión del conjunto. Por ejemplo, los detalles del entorno familiar que cuenta el farero un atardecer de viento crecido: la antipatía manifestada entre sí por los dos torreros que lo ayudaban; su común acercamiento al muchacho, al que acompañan en sus correrías; el regalo que ambos le hacen de idénticos caracoles marinos, deseando cada uno de ellos que sea el suyo el preferido por el niño; el desconocimiento real de a quién pertenece el colocado a la izquierda, que Gabriel siempre prefiere, y la certeza de ambos de que se corresponde con el suyo; la fuerza fetichista de este caracol, y la emoción que despierta en la madre la creencia fervorosa de que escucha a su hijo a través de la que ella cree su caracola: la única que suena.

Tampoco ha sido posible evidenciar los rasgos estilísticos de este texto, escrito en una prosa que ofrece más intuición que revelación; más precisión que derroche narrativo; más escena que trama, y en la que el autor nos invita a imaginar, a recrear..., sumergiéndonos en un mundo en el que imperan las impresiones, las sensaciones, las emociones, el lirismo mágico de una prosa, más poesía que prosa.

Rafaela Lillo

GABRIEL MIRÓ Y EL POETA CANARIO ALONSO QUESADA

Rafael Romero Quesada (Las Palmas de Gran Canaria, 1885-1925), más conocido como *Alonso Quesada*, conectó pronto con la sensibilidad de Gabriel Miró. Los poetas amigos, Tomás Morales y Luis Doreste, mientras estudiaban Medicina en Madrid y atendían a los cenáculos literarios, trabaron amistad con Gabriel Miró y con su obra. De seguro que le inocularon ese amor, al conocerlo personalmente, a Rafael Romero, que se quedó en su isla trabajando para los ingleses. En las referencias de la prensa a algún homenaje ofrecido al alicantino, allá por 1908 en Madrid, aparece el nombre de Doreste.

Óleo de Juan Ignacio Trives Ñiguez

La correspondencia de Miró con Alonso Quesada es prueba de esa amistad entrañable. Se ha publicado ya dos veces con resultados no muy felices, al estar algunas cartas mal transcritas y la cronología de algunas de ellas mal planteada. Sabemos que el profesor Ian Macdonald está ultimando la edición del Epistolario de Gabriel Miró. Allí saldrán estas cartas de que hablo con mejor lectura y ordenación cronológica.

Hoy doy noticia de algunos escritos de Alonso Quesada sobre Gabriel Miró, del bello prólogo que este escribió para las proyectadas obras completas del canario.

Alonso Quesada elaboró una cuidada prosa como reseña de la obra de Miró *El humo dormido*, y publicó en la revista madrileña *España* un poema dedicado a Miró. También dio una conferencia en la Escuela Luján Pérez de su ciudad natal, de la que se publicó un extracto en la prensa. La reseña de *El humo dormido* vio la luz en el periódico de Las Palmas, *La Jornada*, el 26 de enero de 1920, bajo el título: *La vida literaria. El humo dormido*, por Gabriel Miró ─Editorial Atenea─ 1920, y sin firma. No hace falta la firma para reconocer que Alonso Quesada es su autor. Tampoco este texto ha tenido mucha fortuna al ser transcrito y publicado. Esta es la primera vez que se lee íntegro, tal como se encuentra en el periódico. Hay que decir que Miró fue el que introdujo a Alonso Quesada en el periódico barcelonés *La Publicidad*, en 1918, junto con Miguel Sarmiento Salom. Allí publicaban Miró y Alonso Quesada sus hermosas prosas.

La vida literaria. *El humo dormido*, por Gabriel Miró –Editorial Atenea– 1920

Ha llegado este libro; viene “de los bancales segados, de las tierras maduras, de la quietud de las distancias”, un humo azul que sube, se para y se duerme.

Toda la obra de este gran artista de los recuerdos y de la palabra es como un humo dormido, un alma azulada que se eleva y se duerme. Nada más quieto –de dulce quietud– ni nada más puro, en la literatura española actual. Gabriel Miró, en otra tierra de menos elocuencia y más hondura, hubiera sido el más original y el más amado de los artistas. Gabriel Miró es el silencio del recuerdo. Sus libros vienen siempre como claras memorias de otros días, de los días de todos; los días íntimos y serenos que tienen, sin embargo, un cielo melancólico y un rumor imperceptible de ensueño triste.

Ignorado de la gente, aparece en *El cuento semanal*, con su admirable novela *Nómada*. Una revelación y una oleada de cariño hacia el hombre que tenía aquella virtud tan humilde y tan honda. Más tarde, en medio del silencio hostil de los profesionales, van saliendo sus otros libros: *La novela de mi amigo*, *Del vivir*, *Las cerezas del cementerio*. Pasan sencillos, callados, como esos hombres que nadie conoce y que siempre vemos sin deseos de hablarles, hasta que de verlos tanto, un día la casual amistad une para siempre. ¿Y cómo hemos perdido aquellos días anteriores viéndolos, nada más?

El abuelo del Rey aparece más tarde. El libro más justo, más bueno, de más profunda huella. Y después *El libro de Sigüenza*, *Las Figuras de la Pasión*. Aparecen en las librerías, como si hubieran estado escondidos, y de pronto, un día más justo y más claro, se asoman para traernos su recuerdo. Y los hombres astutos, los profundos hombres silenciosos que viven en las provincias españolas se van llevando de los escaparates estos libros, que son como breviarios, que tienen el tono amable de los breviarios y el denso aroma de una religión desconocida. Jamás hemos sentido el alma tan limpia, como cuando leemos estos libros.

El humo dormido llegó hace unos días. Entre el estridor de tanto libro vano, éste es la fuente para refrescar y descansar a la sombra. Gabriel Miró, cada momento más maestro, ha llegado a la suprema perfección espiritual. En las manos sus libros se llegan a hacer impalpables. Parece como que todo va saliendo de nosotros mismos, por una virtud prodigiosa, o nos lo dicen al oído, con ese intenso calor de las palabras secretas.

El lector debe leer esta última obra del ilustre novelista.

El poema dedicado a Gabriel Miró salió en la revista madrileña *España. Semanario de la Vida Nacional*, el 23 de mayo de 1918 (Año IV, n. º 163, p. 10). En aquella importante revista, también publicó muchas páginas Miró. En la llamada *Obra completa* De Alonso Quesada, faltan la parte II del poema y el “Final”.

El poema se titula “Versos”. Su primera parte (I) aparecerá, con cambios, titulada “II (Tarde invernal. Frente a la playa.)”, en el libro póstumo de Alonso Quesada, *Los caminos dispersos*, dentro de la sección “Dolorosos caminos” (publicado finalmente en 1944). La segunda parte (II) no pasó al citado libro, lo mismo que el “Final”. La parte tercera (III) pasó, también con cambios, al poema de la misma sección del libro que lleva por título “IV (Alba. Las campanas del alba perdidas en el silencio. En el ventanal de la casa.)”.

VERSOS

A Gabriel Miró.

I

¡Hasta la orilla nada más! La noche
es como si a la orilla se acercara.
Yo llego hasta la orilla, y se oscurece
súbitamente el sol sobre las aguas...
¡No es posible el camino!
¡Hay que esperar la ineludible barca!
Y el pensamiento incómodo labora
en mí y no puedo perdonarte nada,
no puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor... –Una montaña
negra y una montaña azul, y tiempo... ¡tiempo
para contar estrellas en la noche...
y quedar noche aún para esperar el alba!...

II

¡Oh, corazón hermano, no es la hora
aunque las sombras pasan!
Siento encima de mí derramar tierra,
y, al través de la tierra, las palabras;
pero mis ojos han quedado abiertos
y el ejercicio de su luz no acaba...
Mis ojos son como una pena eterna:
de tanto ver, dolor de ciego entrañan...

III

Has de ser tú, la que ha de darme toda
la extremidad del mar dentro del alma;
has de ser tú, y no ha de ser la otra
que yo más quise...
Has de venir mañana,
pero no importa si tu mano traes
para una compañía bienhallada...
Un íntimo calor de tierra honda
tendrá tu mano... Encenderá la llama
el marfil roto de tus dedos... La cadena
rodará bajo el sol, deslabonada.

FINAL

Yo andaré, entonces, por tus propias sendas,
viudo de libertad, pero liberto,
aunque no quieras tú, Señor, aunque no quieras...

ALONSO QUESADA

Mayo 1918.

Presento ahora unas palabras de Alonso Quesada sobre Gabriel Miró, pronunciadas en la Escuela de Luján Pérez de Las Palmas de Gran Canaria. Se publicaron en *El Liberal*, el 20 de febrero de 1922, bajo el título "En la Escuela de Luján Pérez". Con una introducción, se presenta un extracto de las palabras de Rafael Romero. Estas palabras vieron la luz también en *La Jornada*, el mismo día 20 ("En *Luján Pérez*. Gabriel Miró"), con otra introducción, que comienza: "Alonso Quesada, el buen amigo de Gabriel Miró, habló el sábado a la noche ante una selecta concurrencia en la escuela de *Luján Pérez* de la obra literaria de este."

En la Escuela de Luján Pérez

Fray Lesco, fundador y Director de la Escuela de Luján Pérez, es merecedor a toda nuestra gratitud. Ha hecho de aquel lugar un sitio de arte grato, un rincón amparador de afanes juveniles. Cada día la Escuela tiene mayor atracción y el adelanto de los alumnos es bien notorio. Juan Carló, el pintor, es la primera y más inquietadora ayuda de la Escuela.

Ahora Fray Lesco celebra todos los sábados unas pequeñas conferencias de vulgarización para los alumnos. Siempre su palabra, distinguida y serena, sabe llevar convicción e interés a todas las cosas. Algunos amigos del ilustre escritor le han ayudado en su noble tarea. Primeramente don José Chacón, Profesor del Instituto, y el sábado don Rafael Romero que dio una lectura comentada de algunos libros de Gabriel Miró.

Óleo de Juan Ignacio Trives Ñiguez

Gabriel Miró, admirable artista poco popularizado por estas injustas cosas de España, fue para los oyentes una sorpresa de entusiasmo. El señor Romero hizo unas breves advertencias antes de comenzar la lectura y subrayó y comentó algunas de las más espléndidas páginas de la obra del escritor levantino.

Damos un extracto breve por falta de lugar de las palabras del señor Romero y en nuestro folletín, que inauguramos hoy, publicamos uno de los cuentos leídos.

Yo intervengo esta noche, amigos, en estas conversaciones semanales que el querido maestro don Domingo ha señalado como imprescindibles, trayendo en mi mano los libros de un hombre sin popularidad y que es, sin embargo, el más alto artista de la palabra en España y uno de los más densos poetas de hogaño. Salto, pues, de mi grato lugar de devoto oidor al sitio de lector; de lector simplemente, porque no voy a decir ninguna cosa dilatada ni extraordinaria; ninguna cosa que vuestra sensibilidad no os descubra en el breve camino de esta lectura. Yo no quiero más que subrayar las altas virtudes del artista poniendo sobre su pensamiento y su palabra todo el calor de mi devoción por él. Quisiera, sí, que aprendierais a sentirlo

como yo lo siento que es a plenitud, y a comprender que hay, dichosamente, otros valores más recios en la literatura española que no gozan el agrado de esa comunidad salteadora de revistas y que, para mengua de nuestro ya escaso honor estético, tiene por intelecto y corazón la pata del caballo de Atila.

Ahora, con ocasión de un homenaje a Araquistáin en Madrid, ha vuelto a plantearse la enojosa cuestión de las separaciones éticas. Este homenaje ha sido consolador para todos. Todavía queda alguna gente en España que se preocupa de la decencia general y que tiene el inusitado valor de congregarse para hacer solidaria y pública la interior repulsa.

Yo quisiera que vosotros, inteligentes, atentos mozos casi artesanos, que tenéis, por culpa del aislamiento y por injusticia de don Dinero, pocas facilidades de orientar el camino, que busquéis como yo he buscado, a fuerza de privaciones, de tiempo y de trabajo, una pequeña ventana para otear el vasto mundo del arte. Es bastante una pequeña ventana. Creed que hay otras muchas cosas por esas tierras del Arte que apenas nos llegan por el camino oficial pero que podemos hallarlas si ponemos ahínco y amor en la busca. En estas tierras de ultramar, provincianas, grises, de disputas entre hombres pequeñitos, por holgarse como grandes, en pequeñas glorias, sólo se salva el espíritu con la amistad del libro noble. Él nos sostiene en pura conmoción el ánimo, y atiza el corazón su sencilla amistad. Y, después, con el espíritu prieto y el gesto breve, podemos ir contagiando en silencio las demás almas compañeras. Me parece bien ─aunque tengo una torcida fama de esto─ que cada cual lleve su grano de emoción a la plaza. Yo llevaría siempre el mío, si de algo sirve, pero a lugares en que no hubiera servidumbre espectacular, sino congregaciones de verdadera armonía donde nada fuéramos diferentes; donde sólo nos enlazara una honrada intención de mutua enseñanza. Más que cuestión de gallardía es razón de mi natural, casi todos los momentos, huraño. ─Este rincón de la Escuela que Fray Lesco y Juan Carló han hecho tan ínclito tiene para mí un encanto abierto. Y vengo esta noche, contento, casi como un niño, con estos libros en la mano, para deciros también como un niño la frase infantil consagrada por todos los niños del orbe: “Yo tengo una cosa mejor”.

Sí. Es una cosa mejor. Hace unas semanas don Domingo os hablaba, por incitación vuestra, del señor Vargas Vila. Vosotros ─no os enfadéis porque tire cruelmente de la devoción─ tenéis un tremendo delirio por este escritor a quien don Miguel de Unamuno calificó de prototipo de la vacuidad hispano–americana. Y aunque Darío lo llamó pomposamente CABEZA, no es una razón sagrada ni un argumento magnífico, pues que a Darío que fue tan bueno le parecieron excelentes hasta sus secretarios que le robaban el dinero y hacían burla de su generosidad.

El señor Vila es un camelo. Así, con palabras de la calle, hay que decirlo. Un camelo. Yo oí la otra noche que el señor Vargas desdeña el castellano porque el castellano es un idioma flaco para sus ideas ubérrimas. Corto, inexpresivo idioma, que hay que manejar a mandoblazos. Esto escribió Vargas, en el prólogo aquel que don Domingo tuvo la paciencia de leer y la cartuja preocupación de glosar. Esta pueril y tonante teoría del señor Vargas fue acaso lo que hormigueó en mí las ganas de traeros a Miró. A Miró con su castellano maravilloso.

Queridos amigos; no es ciertamente el castellano el motivo de esa airada injusticia, del señor Vargas. Es algo más recóndito que el castellano. Digamos que son las células, forjadoras de todos los idiomas habidos. El señor Vila lucha desaforadamente con esas células reacias y ¿qué puede quedarle de fuerzas para el idioma después...? ─Es triste que os hayáis anegado de Vargas Vila y quizás no tengáis noticias de Gabriel Miró. Cierto que sus libros tienen más timidez y así como los de Vargas saltan de escaparate en escaparate, con esa gritería fanfarrona de sus páginas, los de Gabriel Miró se deslizan sigilosos, puros, achicados entre tanto tomo gordo y audaz, para mirarnos desoladamente desde una vitrina empañada. Yo he visto los libros de Vila en

los escaparates; todos uniformados, rectos, en batallones, policromados, iguales y no he podido sustraerme al recuerdo del anuncio de las máquinas Singer. ¿Habéis visto este anuncio? Una ESE ancha, enorme. En la cola de la ESE una mujer que cose en una máquina y delante de esta máquina otra más pequeña y así muchas máquinas hacia arriba por todo el cuello de la ESE, máquinas en disminución hasta llegar a una ínfima máquina en la cabeza de la ESE donde se ve una más diminuta fábrica productora...

Amigos; el castellano es otra cosa. La belleza es otra cosa, la poesía es otra cosa. Castellano, poesía y belleza es esto que os traigo esta noche.

Gabriel Miró es un hombre serio. No necesito, pues, repetir que es poco popular en España. En tanto lo traducen los yanquis y los franceses lo alaban, él pasa por esta esmirriada nación como un turista aburrido. Quizás no importe. A la larga no importa, desde luego. El arte es eterno y a pesar de los jarabes de las barberías, de los tenores y de las revistas ilustradas, el árbol firme queda erguido sobre las malas hierbas que, digámoslo con palabras domésticas, hacen papilla los duros pies del caminante.

El cuento publicado en el folletín del periódico es *El señor Cuenca y su sucesor*. *La Jornada* habla de lo leído: "Lee y comenta Quesada unos bellísimos párrafos de *Figuras de la pasión del Señor*. *El señor Cuenca y su sucesor*, *Una tarde*, y *Los almendros y el acanto*, los tres mejores cuentos de *El libro de Sigüenza*, producen en los oyentes una suave emoción. Y termina la charla con la lectura de tres capítulos del *Humo dormido*."

En la biblioteca de Rafael Romero, se encuentra, entre otros, el *Libro de Sigüenza* (Barcelona, Casa Editorial Eduardo Domenech, s.a.). En su página 57, donde comienza *Una tarde*, se encuentra una nota manuscrita de Rafael. Sin duda, se trata de una de las introducciones a las lecturas. Dice así:

Otra tarde, Sigüenza ve que el Mediterráneo no tuvo tanta pureza y tanta quietud, como ese día. Gabriel Miró sorprende este instante de Sigüenza y relata, con esa esencia de su espíritu puro, la inquietud del ánimo de Sigüenza... Yo veo estos recuerdos proyectarse, acendrados en mi corazón.

El texto se titula *Una tarde* y abarca las pp. 57-64 ("Nunca tuvo nuestro mar la pureza, la alegría y quietud de "esa" tarde.").

En *El Liberal* de 23-XI-1923, sale el anuncio de *Nuestro padre San Daniel*, que bien puede de la pluma de Rafael Romero, copropietario de la Librería anunciante:

Todos estos libros originales del gran escritor español Gabriel Miró, hállanse a la venta en la Librería Gran Canaria Obispo Codina 4.

Gabriel Miró es hoy el más afortunado intérprete de la lengua castellana. Ninguno ha logrado depurar como él, hasta un límite de belleza extraordinaria, la palabra española. Profundo renovador del idioma, ninguno alcanza una unción lírica mayor en sus libros, que acaban ahora de ser traducidos al inglés y al francés, con éxito inusitado.

Agotados en pocos días los ejemplares de sus famosas *Figuras de la pasión del señor*, se recibirán nuevos ejemplares el próximo correo.

Próximamente, aparecerá un nuevo libro destinado a un éxito grande de público y de crítica *El Obispo leproso*.

Gabriel Miró, una vez muerto Rafael Romero (1925), se encargó del prólogo para el primer intento de edición de las *Obras completas de Alonso Quesada*. Se rescató en 1964, cuando F. R. y L. S. lo publicaron en *Alonso Quesada. Poesía* (Colección Tagoro, de El Museo Canario), como "Epílogo" del libro.

Antonio Henríquez.

UN ATÁVICO PASEO

La dirección, calle Castaños, número veinte. El día, veintiocho de julio de mil ochocientos setenta y nueve. Un Alicante ataviado con un hondo suspiro veraniego que se escuchó en la playa, en el piélago marino, le vio nacer. El celeste inundaba las callejas con la llegada al mundo de un ser, cuya belleza creativa tiñó de azul las cálidas palmeras. No se posa el dátil sobre el suelo sin haber recorrido el tiempo necesario, pues en el momento exacto la excelsa donosura se fusionó con la palabra idónea, con la emoción certera. Por no hablar del color y los pinceles que en la sangre de arte alicantino alzaba olas de espumas salpicadas con tintes y matices alcoyanos.

Su esencia literaria, grabada en los paisajes, quedó incrustada en cada baldosa de la plaza que atesora su efigie, con recuerdos de arcilla pernoctada por las cálidas meretrices.

La magia, el misterio, la poesía de su esmerada prosa se oye por las aceras adoquinadas de Barcelona con un hilo cosido a la añoranza de su tierra levantina.

Poseía el donoso caballero un reverencial don tendente a la descripción emotiva y sensual del proceso amatorio. Como Félix Valdivia, enamorado, esparció en la alegría de la arbórea Posuna, su fértil sublimidad latente, que enalteció el verdor en los índigos horizontes. Como el ángel, como el beso de la monja entre azahares; así dejó su huella en los castizos rincones de la capital española.

Cronista de la luna, venerada en su verbo escrito, por dar luz a la noche alicantina, no recibió pecunia ni sustento que lograra acabar con sus miserias.

En Madrid fue enterrada su nostalgia el veintinueve de mayo de mil novecientos treinta y fue el nombre de su tierra, datilera y portuaria, el último vocablo que expresó su adentro.

Y hasta aquí mi homenaje de gran admiración al hombre y a su obra, testimoniado en un mínimo y atávico paseo por su vida.

María José Arques

Gabriel Miró: Acróstico

Galopas por sus mágicas riberas;
Alicante es la cuna de tus juegos,
Biznaga de azahares y palmeras,
Reflejo que en azules está preso,
Icono de humildad, canción sencilla.
El paisaje es eterno en primaveras.
La íntima alegría es tu regreso,
Mientras hallas las rosas sin quimeras,
Imagen y palabras de embeleso.
Requiéreme a tu lado en esa orilla
Olorosa de mar y olas ligeras.

Mª Amparo Benito Díez

Dibujo a plumilla de Manuel García Pérez, *Garpe*

Al busto de Gabriel Miró en su plaza

(Monumento de José Samper Ruiz, inaugurado el día 27 de mayo de 1935. Quinto aniversario del fallecimiento de Gabriel Miró)

Gabriel Miró parece que reposa
con el rumor del agua de la fuente.
Las palomas se posan en su frente
al fin de un vuelo de blancura airosa.

Su efigie es de piedra prodigiosa,
salvada así del tiempo eternamente.
Su rostro y su mirada transparente
tal vez miran al lirio o a la rosa.

Gabriel Miró parece que descansa
frente al frondoso árbol compañero,
nos parece que duerme con el día.

Que la tierra de paz, la tierra mansa,
con murmullo de agua placentero,
tiene serenidad, luz y armonía.

Francisco Alonso Ruiz

ESPLENDOR Y DECADENCIA DE UNA CIUDAD: OLEZA

(Una paráfrasis subjetiva de la Oleza de Miró)

A Rosa María Monzó Seva, perfecta bibliotecaria,
magnífica secretaria,
excelente amiga,
con todo mi afecto.

Todo estaba dispuesto en Oleza para que la vida de sus habitantes transcurriera por cauces de felicidad y de fortuna en los sucesos. Porque la ciudad ─Oleza─ era una filigrana artística en sus calles y plazas, en sus palacios y casonas, en sus monumentos ─colegio de "Jesús", catedral, Palacio episcopal─, en sus suntuosas iglesias y conventos de frailes y monjas. En los atardeceres, *Oleza se recortaba toda ella en las ascuas del poniente* y toda ella aparecía como ennoblecida por *la comba de azul descolorido* de los crepúsculos. Mas si hermosa se mostraba en los ocasos, las mañanas olecenses eran resplandecientes; pues nada más amanecido, el aire era traspasado por la música del campaneo proveniente de los racimos de campanarios, cúpulas y espadañas; se adornaba Oleza con el azul purísimo de su cielo, atravesado por la aguja de los cipreses y las araucarias de los hortales domésticos y claustros conventuales. Con la llegada del mediodía, la ciudad se encendía con el brillo de la luz solar… Además, Oleza se aupaba entre *los lienzos verdes* de sus huertos entre *los barbechos tostados, las hazas encarnadas, los cuadros de sembradura*; la abrazaban las palmeras, la plateaban los innúmeros olivos; los montes que la respaldaban, *adelantaban sus faldas, ensangrentadas del pimentón* hasta los mismos arrabales de la ciudad.

Como envueltos en esa casi edénica naturaleza y moviéndose entre la elegancia urbana, vemos el vivir y el bullir de unos seres humanos que aparecen como transidos por el ambiente y que, en consonancia con éste, su vivir se caracterizará por un ritmo lento, pausado, sin prisas ni arrebatos; tan es así que los percibimos como si fueran "estampas".

Entre esos seres quiero destacar uno: un caballero llamado don Daniel Egea, dueño de una rica y amplia heredad bautizada como "El Olivar de Nuestro Padre". Esas tierras parecían bendecidas porque recibían un laboreo continuo y estaban cruzadas por el río Segral, el mismo que, también, atraviesa la ciudad. Es hacienda en la que se cultivan *legumbres, maizales, cáñamos*; en ella se crían vacas y terneros, cerdos y distintas familias de aves. Asimismo es *tierra de almendrales y cereales*. Da la impresión de que todo en la heredad está plantado para converger y dar lustre a un noble casilicio, que se yergue *en una plaza agrícola* con cipreses y mirtos y toda clase de plantas florales.

Don Daniel tiene su cohorte compuesta por unos hombres que parecen como acartonados y que son sus amigos, que no confidentes. Son el erudito don Amancio Espuch, el penitenciario don Cruz, el híspido y rudo padre Bellod, el modesto homeópata Monera. Todos ellos pobres *caballeros de Oleza*. También don Daniel buscaba refugio entre ciertas mujeres olecenses, pocas: doña Corazón Motos, su prima, que le aguardaba siempre sentada como en actitud de espera con sus manos en el seno enbarnecidas con sebillo de bergamoto; o la fiel servidora Jimena… Y, sobre todas, Paulina, la hija *que perpetuaba a la madre muerta*. Paulina era *una palpitación de generosidades. Su risa, su palabra, la gracia de su paso, todo vibraba en un latido*.

En Oleza viven otras gentes, grandes y menudas, alguna de espíritu amplio, la mayoría de conciencia muy estrecha; se podrían dividir en dos grandes grupos: *capellanes y devotos*. Estos seres pululan por las callejas, calles y plazas de la ciudad, se encierran en iglesias y casonas nobles…

Todo este mundo de belleza y paz sufre la herida del tiempo ─*los días también rodaban sobre Oleza*─ lo que era nuevo, al día siguiente semejaba antiguo. Y el tiempo agostará poco a poco la ciudad pues percibimos por muchos rincones *las espaldas remendadas de Oleza*. Sus personajes se transformarán de niños en jóvenes, de jóvenes pasarán a maduros, de maduros llegarán a ancianos, y decrépitos… Hasta morir.

Otras frases diseminadas a lo largo de las novelas tienen idéntica significación: *el tiempo corría con el ímpetu de sus palpitaciones*; *su madre tenía edad […] ya tenía edad esa vida de mujer que antes se hallaba fuera del tiempo…; todo pasaba volando después de haber pasado*. Hasta llegar en el desenlace, casi, de la novela, desde *la segunda morada* de la conciencia de don Magín, a los sentenciosos versos manriqueños:

Pues que vemos lo presente
que en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado".

También se nos advierte en el mismo relato que *algo más fuerte que el poder del tiempo, tiempo todavía corto, envejeció las cosas de la diócesis*. Ese *algo más fuerte* es la arriba a Oleza de la figura de un "caballero de Gandía" que será el que rompa, con otros compinches ─*capellanes y devotos*─ la armonía de la ciudad y la armonía entre sus habitantes.

Es curioso observar que la paz, la calma, se pierde en Oleza y entre los olecenses por la irrupción, en el ámbito de la ciudad y de las familias, de gentes foráneas. Y, lo más importante, no sólo se rompe la armonía, se rompe el amor. María Fulgencia, la que fue monja y al final es mujer libre, lo manifestaba claramente: era necesario tanto el trato como el amor entre los olecenses. Dice textualmente:

¡Si nos hubiéramos tratado; si nos hubiésemos querido allí, en Oleza! ¡Si es que allí no se quiere nadie!".

Tantos y tantos personajes devotos, tantos y tantos capellanes como poblaban Oleza van, rítmicamente, desapareciendo. En Oleza no es posible la felicidad. Ya sólo quedan muchos menestrales pregonando sus mercancías de flores y de dulces en serie; aquéllas desaromadas, éstos sin el sabor glorioso de las manos monjiles… De todos los personajes singulares de la novela sólo sobreviven dos: la diminuta doña Nieves, *la santera de San Josefico*, y el clérigo don Magín, con sus cabellos ya plateados y envejecido, el único ser consustanciado con Oleza; el único capaz de percibir la hermosura del paisaje de la ciudad, *recortándose toda en las ascuas del poniente*, mientras *Encima temblaba la gota de un lucero.*

Manuel Ruiz─Funes Fernández

La desnudez escapa de la púdica Oleza

“Nos mirábamos la luna y yo en mi desnudez y en silencio”
Purita en La tertulia de doña Corazón, capítulo IV, parte III de Salas de Oleza, *El obispo leproso*.

Todo en Oleza
es oculta visión,
turbia mirada,
ingles pecaminosas
que dijera más tarde
a su amigo Miguel,
Ramón, el erudito,
que hasta el delirio amase
sacramentales autos
y divinos oficios
que ignoraban los cuerpos,
donde la desnudez,
la insultante belleza,
hacía bramar a tantos,
cuando Argelina estuvo
colgada entre naranjos.
También en la ciudad,
levítica y austera,
otros desnudos pechos
encienden el deseo,
Maria Fulgencia deja
que el joven Pablo bese
su rosado pezón,
y así el amor purísimo y adúltero
inunda el huerto aquel
con sus fragancias,
y Purita, en la noche,
refleja en un espejo,
el virginal escorzo
que a sí mismo se ama.
Su eminencia perdona
la carne que a los otros los condena,
mientras que en él se pudre.
En las calles de Oleza, fervorines,
casullas y cerradas sacristías.
En la estación, el tren hacia otros territorios
conduce a los que huyen
a otro mundo desnudo,
sin recovecos ni putrefacciones,
al que marcha Purita,
inmaculada desnudez oculta,
que despidió el temblor
de un brillante lucero .

Manuel Parra Pozuelo

TRAS LOS PASOS DE *NUESTRO PADRE SAN DANIEL*

La viajera recuerda que cuando nació la revista *Auca* esta sección de *Tras los pasos... se* asomó por primera vez con una ruta literaria sobre Gabriel Miró. La ruta que discurre por los paisajes mironianos alrededor de Polop, Altea, Callosa, las sierras y el mar. Entonces sus sentidos se llenaron de luz, olor y sabor. Ahora, pasados los años, la revista vive su destino y la viajera regresa a Miró, pero siguiendo los pasos de algunos personajes en la Oleza que el autor nos presenta en *Nuestro Padre San Daniel.* Sus pasos son trémulos y silenciosos, observan a seglares, beatos, capellanes y prelados. La atmósfera es opresiva, clerical y de escarceos carlistas. *Oleza es brasero y archivo de carlistas, famosa por sus cáñamos, por sus naranjas, por sus olivares, por la cría de capillos de seda, por los terciopelos, por sus monasterios y por los dulces: el manjar blanco o los pasteles gloria,* dice Gabriel Miró.

Procesión eclesiástica en la Oleza mironiana

La claustrofobia oprimente de la religión apenas deja un contrapunto, sin culpa, donde descansar. La primera ruta fue luminosidad y un divagar por pueblos alegres de montañas azules, jazmineras y frutales, y, arropado por el mar, un recreo sentimental para los sentidos. Es éste un viaje de ambientes encerrados, sometidos a la opresión de clérigos y monjas, de culpas y penitencias: destinos señalados por el autor, que mueve a sus personajes con limitaciones, ufanos de su clase, o hipócritas, o serviles, o desgarrados, o de seres rechazados por la sociedad. La hambruna recorre como una sombra los lugares, resaltando el arrabal de San Ginés, donde las escenas descritas se acercan al más puro naturalismo. Torrente de estiércol y bardomeras, de criaturas y pringues, simiente de viruela y carbunco. Buhoneros y esquiladores, ristras de oracioneros y mendigos, figuras que se representan en los retablos románicos, en los pórticos y los canceles de las iglesias,

salen de este lugar anárquico, donde se vive al margen del día a día de Oleza, Desde su altura se observa la vida de la ciudad de la que hacen burla y escarnio. Quizá Miró compone sus recuerdos de aquella Orihuela de sus años de niño interno en Santo Domingo. Evoca entre los posos del tiempo y rememora el pasado desdibujándolo en sus vivencias, experiencias y madurez, que ponen visos de irrealidad en lo visto y asumido por el pasar de los años.

Para entrar en Oleza escoge la viajera el Olivar de los Egea, El Olivar de Nuestro Padre, como se le conoce. De la palabra olivar deriva Oleza, tierra de olivas, tierra de aceite, óleo. El que se conozca por Nuestro Padre se debe a que la escultura del santo fue labrada en un tronco de olivo de esta heredad y de su tocón retoñó un laurel. Es considerado el primer milagro del Santo. El segundo fue dejar manco a su escultor para que no pudiese esculpir otra maravilla. Dejóle manco y mísero. Parece un sarcasmo. La talla del Santo, de rostro demacrado y trágico, no se corresponde con la idea que se tiene del profeta Daniel, aunque a sus pies se halle la olla de potaje y la cestilla de pan. Tantos milagros y mercedes otorgó que le quedó el nombre de Nuestro Padre para las gentes. Una riada arrasó su monasterio y la imagen fue arrastrada lejos. La rescató un labriego de entre oleadas de presentallas, bardomeras, barro y ramajes. Las aguas desbordadas le dejaron para siempre una color morada y una mueca amarga de asfixia. Por esas circunstancias lo apodaron el "ahogao". Del Santo pasa la viajera a conocer a un seglar: don Daniel de Egea, señor de sus tierras, hidalgo de rancios fueros que pronto quedará atrapado por su simpleza. De carácter blando e inseguro acoge con infantil alegría las novedades que le traen sus amigos: don Cruz, canónigo; el padre Bellod, párroco, y más tarde rector de Nuestro Padre; y don Amancio, cronista y diarista con el seudónimo de *Carolus Alba-Longa.* Van a ser estos los causantes del destino cruel de don Daniel. Ellos le recuerdan constantemente que tiene que ser piadoso y dar muchas gracias al Santo que lo considera su hijo predilecto al derramar sobre sus tierras abundosas cosechas. Bañada la heredad por el río Segral, sus aguas gordas y rojas son elevadas por azudas y recogidas por azarbes que riegan maizales y naranjos. Las vacas relucientes se hunden en los herbazales que casi las cubren y los terneros uncen sus morros con los sucos del pasto tierno. Animales de toda índole se beneficiaban de la exuberancia de aquellas tierras. También había una parte de secano: viñas, olivares, almendros y cereales, pitas, cáñamos, chumberas e higueras llegaban hasta el barrio judío a la entrada de Oleza, solar de oficios artesanos. Una avenida de olmos umbrosos y verdes señalaba la entrada a la mansión, rodeada de los edificios de labranza, casas de labriegos, almazaras, lagares, fraguas y toda clase de aperos. Una amplia plaza, en la que destacaban inhiestes cipreses, señalaba la entrada a la casa señorial, separándola de las eras de trilla y secado, arbustos ornamentales, geranios y jazmineros. El señor de Egea, viudo, tenía una hija, Paulina. Era hermosa, dulce, graciosa, y toda vibrante como un latido. Su figura luminosa, tal un ángel, participa de la vida virtuosa y casta de Oleza: no se contamina de la hipocresía y la beatería de las mujeres de la villa conservándose inocente y pura. Tanto ella como su padre serán víctimas propicias para el engaño. Por influencia del trío de amigos de la casa, que alimentan el ego del señor de Egea, caerá éste bajo la atracción y la admiración a un forastero, capitán de los ejércitos carlistas que considera ideal para unirlo a su hija. Ésta verá en aquel santo su felicidad. Es este un personaje extraño, hermético, con el perfil de un santo esculpido en piedra, seco y consumido, de una tristeza contrita. Este triste engendro procedía de Gandía. Tantas historias contó de sus viajes con los facciosos del Elegido, y de su presencia constante a la vera del heredero legítimo, que se imaginaron era un hijo bastardo de Don Carlos de Borbón. ¡Qué mayor honor que casar a Paulina con un hijo de Rey, aunque fuera bastardo! Lo consideraban El Enviado. Esta boda arrastrará a don Daniel a la desesperación, a la tristeza, al abandono y a la muerte.

A la viajera le interesa el padre Bellod, un tipo áspero, basto, de espíritu rígido, cruel y sádico con los animales, implacable con las flaquezas de la carne. Un tipo oscuro y fanático, que infringe todas las normas de la caridad y la compasión. El obispo lo nombra rector de Nuestro Padre. ¡Qué burla para la piedad cristiana! Ese obispo cree que así descansan de su yugo los de San Bartolomé. Una comisión va a darle las gracias al obispo, un andaluz alegre y gran señor, más mundano que piadoso. Era portavoz de esta embajada *Alba-Longa,* el diarista y cronista de la villa. Los recibe el prelado sentado en su sillón frailero, mullido de cojines, con todo el boato del salón de audiencias y así como los recibe con una sonrisa de agrado se muere: dicen que de perlesía. He ahí la diócesis huérfana. Surgirán litigios entre los bandos de los distintos grupos de amigos y cofradías. Intervendrá el Padre Bellod en la vida de Oleza siempre para amonestarla y exigirle mayores penitencias en nombre de una religión despiadada e inhumana, tal como él la sentía, y mayor compromiso con la causa del Heredero Católico. La llegada del nuevo obispo, sobrio, culto, enemigo del boato y de la vida mundana, dejará una huella de rebelión en el rector que no comprende la sutileza ni la humildad.

Por encima de todos los personajes que pueblan la novela, a la viajera le encanta Don Magín, por el que siente una gran simpatía. Lo sigue en uno de sus paseos sensuales de gozo y de ocio por las calles de Oleza

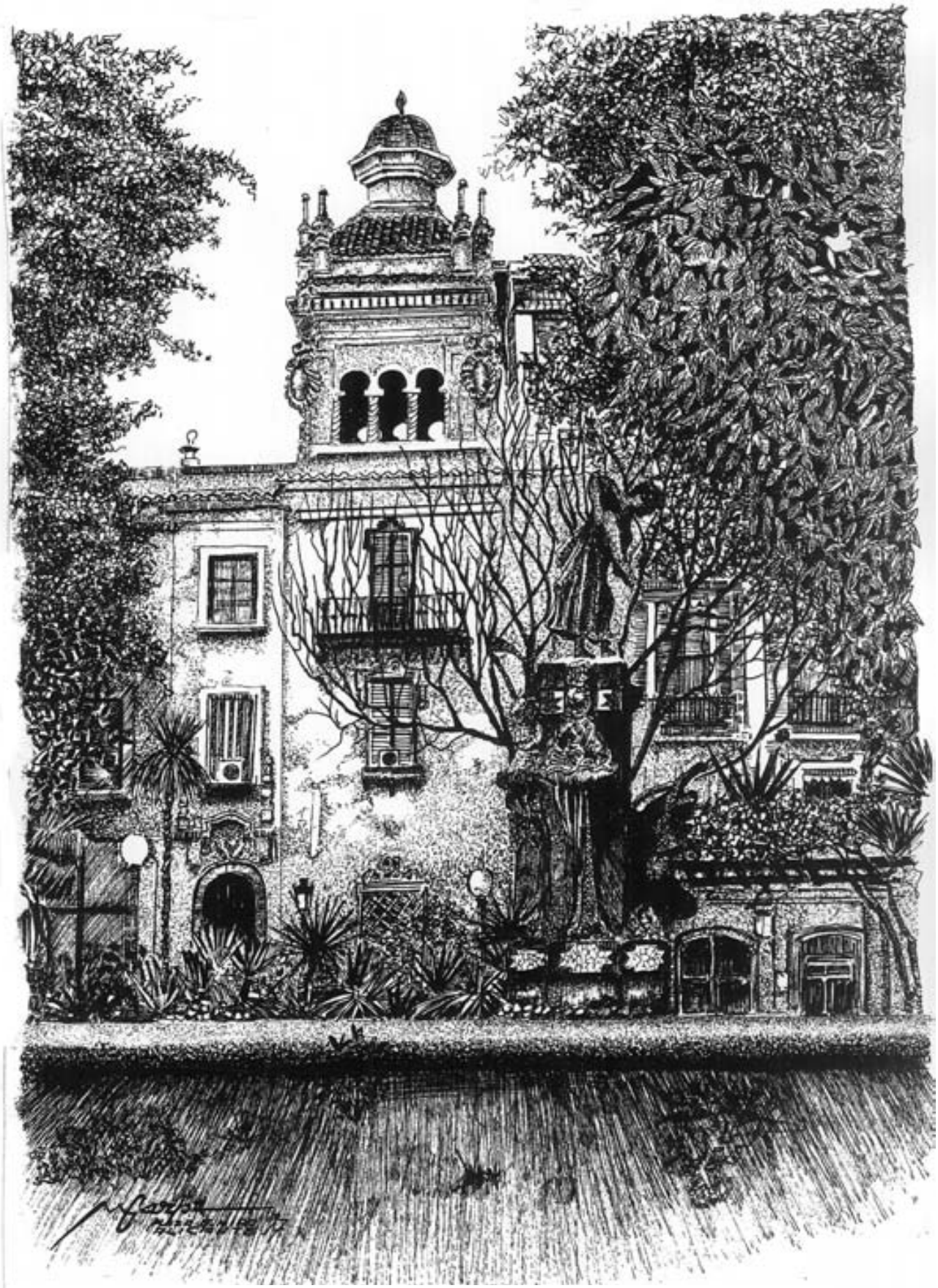
En su rostro plácido, una sonrisa, y en su pisar sonoro, la arrogancia de un cardenal. La calle de la Aparecida es su predilecta, de tapiales blancos con desolladuras de pedernal, el agua ruidosa, los naranjos de copas redondeadas, cercados de romero y mirto, arcosolios de tuyas recortadas, glorietas de cipreses, los ramajes de los milgranos, de las higueras, de las palmas y las vides dobladas generosas sobre sí mismas. Desde el azul, a las paredes, a las ropas, a la piel, penetra el olor del cinamomo, del azahar, de la verbena, de las pitas, de las albahacas, de campánulas, de geranios calientes...Todo un calendario botánico para Don Magín que se deleita exprimiendo las fragancias para su intimidad, en una evocación cristiana y gentil a la vez. Se le representan los vergeles asirios, el *hortus conclusos del cantar de los cantares, (eres un huerto hermoso y bien cercado),* y los jardines de Murcia poblados de ángeles y vírgenes que en su cabeza se volvían señoras de su amistad. En la nariz de Don Magín se ocultaba el más fiero y delicioso enemigo de su persona, el pecado. Los antiguos decían que en ella radicaba la ira, en la suya había hechizos irreprimibles capaces de la más terrible perdición. La viajera, sensible a las delicias de los sentidos, confraterniza con el clérigo y sigue tras sus pasos que se detienen en la Plazuela de Gozálvez, de casas tostadas, rudas como labradoras, y en el horno de la Visitación. La Visitación es un convento recogido del que es pastor un personaje luminoso e inocente, Don Jeromín, muy amigo y admirador incondicional del prelado, que lo escandaliza con sus opiniones paganas sobre la Biblia. No podía pasar Don Magín por el horno de la Visitación sin

detenerse a aspirar la cochura del pan reciente, embeberse en la charla de anacalos y mozas que heñían la masa en los binteros que dan el fresco olor de las harinas. Los lunes recorría el mercado del Puente de los Azudes con su averío, sus frutas y sus huertanas. Parábase con las recoveras de la Solana, con los especieros, junto a los carros de las hortalizas, al lado de los cuévanos de peces. Con todos platicaba con campechanía: sopesaba, cataba y palpaba con gracejo y alababa los productos. Era apreciado y querido. Se ceñía el costado con un ala del manteo y la otra la plegaba sobre su hombro. En sus manos grandes y señoriles siempre había una flor, una hierba aromática: nunca sus manos pendían lacias. Semejaba un patricio romano en su apostura. Jamás tenía prisa, parecía que siempre iba de vagar. A veces se volvía porque el aire le traía un efluvio sensual y suspiraba. Al recogerse, volvía por la calle de la Verónica donde residían las sastrerías eclesiásticas, los talleres de imágenes y ornamentos, los de los obradores de cirios, los de los chocolates Roger y la variopinta cerería de Motos. Aquí descansaba y probaba la pasta del chocolate y daba su parecer en el punto de gusto de azúcar, canela, bizcocho molido y cacao; le concedían ese privilegio. Departía con Doña Corazón, limpia para su casa, para su mesa y para su persona; envuelta en suaves aromas de delicias culinarias y rastros de limón. Al despedirse, recordaba el mes de abril oloroso de acacias, de rosales y naranjos, de buñuelos, de hojaldres y de monas de pascua. De él, el Padre Bellod decía que era una vergüenza para la iglesia, que debía someter su cuerpo a una mayor disciplina y su paladar a la frugalidad de un eremita. Don Magín respondía que estaba dispuesto a obedecer, no quería oír tronar la voz del párroco, pero pensaba que a Dios se le glorifica de otras muchas maneras. Una de ellas era disfrutar de lo que había creado. Cogía en sus manos aristocráticas una flor y la exprimía entre sus dedos, respirando su fragancia, y se olvidaba de los sermones del Padre Bellod.

La viajera conoce a otro personaje luminoso y liberal, que atrae por su simpatía en sus fugaces apariciones: el médico don Vicente Grifol, chiquitín, pulcro, rasurado y soltero, que al pasar por el dulce portal de Doña Corazón daba un golpe con su cachava en una losa, miraba hacia el interior y suspiraba. No se profundiza mucho en esta persona, apartada de la chismografía y de los clérigos, quizá, por ser tan independiente y decir lo que piensa. Don Magín lo aprecia y confía en él. Y la viajera cree que está enamorado de doña Corazón.

La andariega de Oleza se despide de Don Magín y de los demás personajes que, aunque se mueven por la novela, no son comentados en estas páginas. Toma la mochila de caminante sobre sus hombros y aspira con fruición los aromas de la noche. Mientras, piensa que lo más hermoso de este libro, que ha leído, es el vocabulario: brillante y preciso, sin reservas en el consumo de vocablos que el tiempo olvida por el fenecer de los oficios. Es una prosa lírica y preciosista en la que predomina, sobre las andanzas de las figuras, en sus diversos papeles, la descripción de los lugares. Ha supuesto un honor para ella deleitarse con esta obra y haberla recreado, pareciéndole que fue corta la singladura. La viajera se extasía con las emanaciones, no de la hediondez del ambiente de *Nuestro Padre San Daniel,* sino con los aromas de las plantas, el azahar, los mirtos y el jazmín que crece por doquier en los huertos y los jardines o con los árboles majestuosos, magnolios, acacias, cipreses, que dan a la ciudad ese sabor sobrio de monasterio, de rezo y de campanas timbradoras. Poseedora de un gusto especial por lo dulce, se recrea en los sabores de tantas delicadezas que esconde Oleza en las cocinas de algún recoleto convento. Sigue la viajera su camino en busca de otros paisajes, otros pueblos y otras gentes.

Airam Lebasi



Dibujo a plumilla de Manuel García Pérez, *Garpe*

“Una tarde”

(Libro de Sigüenza, 1917)

Una tarde en que el mar
brillaba de pureza, quietud, luz y alegría,
y en la que las gaviotas
parecían mirarse en la cuajadas
láminas marinas
donde el sol se filtraba,
Sigüenza, en compañía de un amigo,
pasea la ribera,
el muelle de Levante
hasta el faro,
y mira la ciudad mediterránea,
recortado el castillo en el azul
imposible del cielo.
A lo lejos, Tabarca,
blanca y plana, desnuda,
se muestra misteriosa
cual sirena de humo;
a la izquierda, la playa,
tostada *como una trilla inmensa*,
se envuelve en el aroma
de salitre y de brea.
Caminan lentamente por la vieja escollera,
caminan en silencio.
El mar les brinda, limpio,
su mundo fascinante:
los erizos,
descansando esponjados en las rocas;
los cangrejos oscuros
que aligeran su paso
y se esconden ladinos
en los huecos de sombra;
y las gruesas *doradas*
dormidas en las algas
en dulce balanceo,
mostrando al paseante
el tornasol voluble
de sus tersas escamas.

Es una tarde inmensa,
transparente, suave...;
perfecta en su belleza y en su calma.
De pronto, un alboroto de chavales,
que corren juguetones con un perrito blanco,
interesa a Sigüenza.
El perrito, con ganas de bullicio,
salta y brinca para lamer las manos

que le ofrecen comida:
restos de las meriendas,
sabroso companaje
que restriegan, alegres, los muchachos
sobre el húmedo hocico.
Es un cuadro agradable.
Sigüenza se sonríe, y se aleja
pensando en la belleza del momento,
en el aroma en calma del ambiente.
Todo ayuda, se dice,
a la buena alegría de la tarde.
Un poco ya alejados,
los muchachos descienden a las rocas.
Una soga se estira de sus manos al agua,
y en el aire suave se perfila,
mezclado con las voces,
el lastimero llanto del perrito.
Corren los dos amigos a ver la travesura.
Los chicos tendidos en las piedras,
volcados sobre el agua,
van espiando el fondo.
Ya no se oyen gañidos.
Sigüenza se estremece
y en su voz se inquieta la pregunta:
—¿Qué hicisteis con el perro
¿se escapó de vosotros?
—No siñor, No siñor,
aún llega usted a verlo.
Acércase Sigüenza
para observar la lucha del perrito,
al que le habían atado,
al cuello y los brazuelos, una piedra
tan gruesa como fardo.
Volteaba su cuerpo,
y espantaba los ojos,
más negros que su angustia,
sin poder comprender
qué era lo que ocurría,
y esperando la ayuda
de las manos que antes lo acariciaban.
─Pero, ¿por qué lo hicisteis?─
les increpa Sigüenza.
─Ha sido sin querer,
sólo que estaba el agua tan tranquila
que hemos querido ver como se ahogaba.

Sigüenza mira entonces el color de la tarde;
un aroma de paz
que se ha perdido oscuro
en el fondo del agua.

Rafaela Lillo

IMÁGENES DE UN MUNDO MIRONIANO

La relación de la obra de Gabriel Miró con el cine se puede calificar de efímera. Tres obras del escritor alicantino han sido llevadas a la pantalla, *Las cerezas del cementerio*, *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*. Estas dos últimas han sido emitidas en una única serie de televisión. Además, uno de los capítulos del espacio televisivo *Los libros*, estuvo dedicado a la novela *El obispo leproso.*

LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO

Sin duda, al presidente del Festival de cine de Alfaz del Pi, Juan Luis Iborra, director de la película, le debió resultar complicado plasmar la realidad de la época en la cual se desarrolla la novela, ya que a la complicidad que cualquier adaptación de un libro conlleva, se añade que en *Las cerezas del cementerio,* sólo encontramos una referencia histórica concreta, a saber, la alusión a la *Buena Prensa*, que es el nombre que se le daba a las instituciones de prensa de carácter católico, las cuales trataban de promocionar la consolidación de las buenas costumbres, con sus textos y con los eventos que organizaban. Este detalle, de suma importancia, lo descubrí con la lectura de una nota aclaratoria de Miguel Ángel Lozano Marco, en su edición de *Las cerezas del cementerio*, y es un hecho que añade dificultad a la labor del cineasta alicantino. Sin embargo, el resultado de la adaptación escénica es muy positivo, y las imágenes nos llevan, nos inducen, a la recreación en las estampas de aquellos tiempos.

Fotograma de la película *Las cerezas del cementerio*

La cinta fue producida por Coral Valencia y está fechada en el año dos mil cuatro. Se emitió en Televisión Española el uno de enero del año dos mil cinco. Fue financiada por la Generalitat Valenciana. Además, colaboró en la puesta en marcha del proyecto, la Obra Social de la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

El film fue estrenado en el cine ABC Park de Valencia y se emitió en Televisión Española en forma de miniserie de dos capítulos de una hora de duración cada uno. Se rodó en Rocafort, Alcira, Polop, El Puig, Bétera, Picaña, los Jardines de Monforte, la playa de la Malvarrosa, la iglesia de Campanar, el Museo del Ferrocarril, el Salón de Cristales del Ayuntamiento de Valencia, la Estación de Algodor, en Toledo, el hotel

Ritz y el Casino de Madrid. La mayor parte de los escenarios son levantinos, aunque no se trata de lugares alicantinos.

La actriz Concha Velasco.

El film fue interpretado en sus principales papeles por: Concha Velasco, en el papel de Beatriz, Félix Gómez, que encarna a Félix Valdivia, Xavier Elorriaga, Álvaro de Luna, Juli Mira, Rebeca Valls, Empar Ferrer y Magüi Mira. La mayoría de los actores son de procedencia valenciana.

Existen unas marcadas diferencias entre el libro y la película, que pueden llegar a disgustar al espectador que antes haya sido lector. Estos detalles, algunos de mucha importancia, pueden resultar rayanos en lo exagerado. El mayor de los ejemplos es que, parte de la acción, en la película, se desarrolla en un tren, y en la novela, en un barco. Es tarea ardua intentar comprender los motivos que empujaron a Juan Luis Iborra a cambiar de un modo tan contundente el lugar donde tienen cita unos acontecimientos que, sin duda alguna, son relevantes para la comprensión de la trama, desde la perspectiva de la introducción de los personajes, así como del estilo literario de Gabriel Miró, con su frecuente descripción emocional de los paisajes.

Al visionar la cinta, se añora la riqueza de léxico de los diálogos mironianos, aunque he de reseñar que en el guión cinematográfico se escucha una frase en la voz de Beatriz que puede llegar a resumir, si cabe, la relación de Gabriel Miró con las emociones, con las sensaciones. Me refiero al momento en el que Beatriz le dice a Félix: *-No les hagas caso. Es hermoso dejarse llevar por la emoción.* Pienso que el novelista, en este caso, ha conquistado las raíces internas del guionista, que transmite, a su vez, en el film, sus propias percepciones, adquiridas al leer la novela.

El libro se presenta repleto de pequeñas y grandes transgresiones. La más significativa de estas pequeñas hazañas reivindicativas de los personajes es la ingestión de las cerezas del camino del cementerio por parte de Beatriz y de su hija, Julia. Iborra destaca la importancia de este pasaje y lo enmarca en una larga secuencia.

Al comienzo de la cinta, ya se muestra una situación propensa a la infidelidad posterior cometida por Beatriz. Se trata de la confesión que le hace ésta a su hermana, en la que se refleja la gran insatisfacción matrimonial que siente la protagonista. También, desde el principio, se muestra a Félix Valdivia, que es todo amor, como un joven alocado, de carácter voluble y débil, proclive a vivir una pasión romántica y fugaz.

Una escena de gran belleza vital es aquella en la que Beatriz lee la carta que, con anterioridad, ha escrito a su hermana, mientras Félix, al fondo, cava en el jardín. El espectador se ve envuelto en el amor de los protagonistas, desde fuera, como si descubriera unos sentimientos que ni los mismos amantes conocen.

La luna, presente en la obra de forma reiterada, también ocupa su lugar en la cinta, en una preciosa secuencia en la cual Félix contempla absorto el blanco satélite, ensombrecido por alguna nube pasajera y nocturna.

El paralelismo evidente entre Félix Valdivia y su padrino, Guillermo Valdivia, tantas veces observado en la novela, Juan Luis Iborra lo retrata de forma magistral, en varias ocasiones a lo largo de la película. Es encomiable la escena del baile de disfraces del Casino, en la cual Iborra utiliza una técnica infalible para poner de manifiesto la similitud de los dos Valdivia. Me refiero al doble papel, ya que Félix Gómez interpreta los dos personajes. Así, podemos ver a Guillermo Valdivia con el mismo aspecto físico que su sobrino, nacido varios años después.

Como nota curiosa, quiero añadir que la dirección de Lamberth, Beatriz y Julia es: calle Gabriel Miró, nº 10. Otro dato reseñable es que Iborra no olvida nombrar a José Martínez Ruiz, Azorín, en uno de los diálogos.

Juan Luis Iborra ha dicho de la novela: *"*Las cerezas del cementerio *refleja la pasión y el conocimiento de Gabriel Miró por los personajes femeninos enmarcados en una gran historia de amor de dos personajes avanzados en su tiempo y oprimidos por los corsés de una época".*

NUESTRO PADRE SAN DANIEL Y EL OBISPO LEPROSO

Con el título de *El obispo leproso*, se emitió la serie de televisión dirigida por José María Gutiérrez González, y que engloba dos obras de Gabriel Miró, *Nuestro Padre San Daniel y El obispo leproso*, denominadas las novelas de Oleza.

La serie se emitió en 1990 en Televisión Española.

El reparto cuenta con nombres relevantes dentro del cine español. Silvia Munt es Paulina, Tito Valverde, Don Magín y Mercedes Sampietro encarna a la tía Elvira. La pareja formada por María Fulgencia y Pablo está protagonizada por Lydia Bosch y Aitor Merino respectivamente. La música original es de Alejandro Massó y la excelente fotografía corre a cargo de Rafael Casenave.

Retrospectiva de Orihuela a principios del siglo XX

El rodaje tuvo lugar en diferentes escenarios de la geografía española: Plasencia (Cáceres), Mula (Murcia), Belchite (Zaragoza) y Orihuela (Alicante).

La figura del narrador propicia un acercamiento intenso de la serie televisiva a la obra escrita, ya que algunas frases son trasladadas literalmente de la novela a la voz de éste, que en algunas ocasiones nos deleita con párrafos enteros de las dos obras del autor alicantino.

El rico y variado vestuario nos transporta a la época sin dificultad. Son destacables, en este sentido, las escenas en las que el director se recrea en las procesiones de Semana Santa.

No ha pasado por alto el director de la cinta, la clara diferencia entre las clases sociales, patente tanto en *Nuestro Padre San Daniel* como en *El obispo leproso*. La distancia entre los estamentos de la sociedad queda reflejada en varias escenas en

las que los “niños pobres” insultan a los “niños ricos”. Pablo Galindo, el hijo de Don Álvaro, es increpado en algunas ocasiones llamándolo “el señorito”.

Las mentalidades que conviven en las dos novelas son plasmadas con eficacia en el film, donde el conservadurismo más radical choca y cohabita con el progresismo. Así mismo, el asfixiante poder de la Iglesia Católica se observa en cada secuencia, incluso cuando la acción se desarrolla fuera de un entorno religioso.

Las secuencias en las que se muestran los pasajes relativos al proceso amatorio entre María Fulgencia, la monja, y *su ángel*, Pablo, son de una elegante belleza escénica, comparable al texto literario de Miró. Amor divino y amor humano se funden en uno sólo, se condensan en el amor que siente María Fulgencia por Pablo. Según este concepto, Pablo se convierte, a los ojos de la joven, en un emisario celestial; es llevado a la pantalla con gran maestría, en particular en las escenas en las que el venerado ser angélico dirige el rezo del rosario. El director juega con la cámara; acerca y aleja la imagen de los dos enamorados, a su debido tiempo, consiguiendo un efecto atrayente en el espectador, que se involucra, de manera incondicional, en esta curiosa experiencia pasional y mística. El apreciado valor que el escritor alicantino otorga a las percepciones sensoriales, transmitidas por la visión de los paisajes naturales, se concreta en la figura de Pablo Galindo, cuando va apareciendo entre los naranjos del huerto de su maestro y rival, don Amancio.

La unión de situaciones contrastadas, propia de las novelas de Miró, se hace evidente en múltiples ocasiones en la serie de televisión, donde Manuel Gutiérrez González no disfraza en absoluto esta técnica visual y convierte la película en una sucesión de atractivos contrastes.

LOS LIBROS

Con María Kosty, en el papel de María Fulgencio, y Juan Ribó, interpretando a Pablo Galindo, Televisión Española dedicó un capítulo de la serie *Los libros*, a Gabriel Miró, más concretamente, a *El obispo leproso.*

El capítulo, que incluye un documental de Orihuela, tiene como presentador al poeta y ensayista granadino Luis Rosales Camacho, miembro de la Real Academia Española, fallecido en mil novecientos noventa y dos.

El guión y la dirección corrieron a cargo de Julio Diamante, que también se detuvo en la figura del ángel, Pablo Galindo, así como en la amistad de éste con el obispo.

El esfuerzo de estos cineastas es digno de elogio, sin embargo, el mundo de emociones internas que se desprende de la lectura de las obras mironianas, convierte a éstas en novelas difíciles de adaptar al cine. Por esta razón, la experiencia cinematográfica del espectador, dista mucho del mundo de beldad narrativa que infunde al lector la palabra escrita por Gabriel Miró.

Mª José Arques

EPÍLOGO

Auca, pese a su joven andadura, constituye un buen ejemplo a seguir por las publicaciones periódicas. Su primer número veía la luz hace menos de tres años y este ejemplar, dedicado a Gabriel Miró, es ya el noveno de esa trayectoria felizmente ininterrumpida desde entonces, y a la que auguramos una muy larga existencia.

Su subtítulo, *Revista literaria y artística*, perfectamente adecuado a sus contenidos, resume el eje central de sus preocupaciones y de su dedicación. Quienes hemos seguido el devenir de la revista admiramos la entrega y la enorme capacidad de trabajo de quienes la componen, ese colectivo heterogéneo ─como ellos mismos se denominan─, Auca de las Letras, cuya presencia es ya notable para quienes aman la poesía, la crítica de cine, la pintura, o cualquier otra manifestación cultural. Con alguno de ellos existían ya lazos firmes de amistad, de esas amistades capaces de resistir el paso del tiempo y sus circunstancias, que en ocasiones pueden alejarnos momentáneamente, pero que no logran que allí se instale el olvido. Ahora resulta todavía más grato para nosotros haber ampliado la nómina inicial de esos amigos, extendida a todo el grupo, con la certeza de que la literatura y el arte nos permitan mantener vivas esas relaciones tan sumamente enriquecedoras para todos.

Si en uno de sus editoriales María José Arques, Directora de la revista, exponía las pretensiones de sus integrantes de que *Auca* constituyera "un escaparate, un medio de comunicación, una vía de transmisión para la divulgación y desarrollo de la producción creativa de escritores de lengua hispana repartidos por toda la geografía mundial, promoviendo y difundiendo, con rigor y seriedad, sus creaciones artísticas", se puede afirmar sin género de dudas que lo están consiguiendo. Pese a las no pequeñas dificultades y a los obstáculos que encuentran sobre todo quienes no gozan de subvenciones estables, y han ido creciendo gracias a suscripciones, algunas ayudas, y, en este caso, a la asunción de un compromiso que merece toda nuestra gratitud, la revista continúa acudiendo puntualmente al encuentro con sus lectores.

Auca no es ajena al mundo en el que vive, y quizás sea éste uno de sus mayores aciertos: ni el inmenso dolor provocado por el terrorismo en Madrid, ni la subsiguiente alegría por el deseo de paz demostrado pocos días después por los ciudadanos, la Feria del Libro o la llegada del verano, el cine, la música, los relatos… Como decíamos antes, toda manifestación cultural tiene cabida en *Auca*.

Y como no podía ser de otra manera, en enero de 2005 se sumaba a las distintas celebraciones que conmemoraron el IV Centenario de *Don Quijote,* obra clásica por excelencia de la literatura española, reconocida como tal por el resto del mundo, y en la que el colectivo se volcó a través de sus propios escritos y con las colaboraciones aportadas. Tuve el honor de coordinar la presentación del número y, generosos como son, además de su afecto ─impagable para mí─ guardo desde entonces un delicado recuerdo, que me acompaña todos los días en el despacho, y que me impide olvidarme de ellos si es que, por alguna extraña circunstancia que no se me ocurre, deseara hacerlo.

El reconocimiento del trabajo realizado debe merecer apoyo por parte de las instituciones; eso es algo en lo que creemos firmemente y quizás, en alguna de sus siempre concurridas presentaciones, o en cualquiera de las visitas que los miembros de *Auca* realizan a nuestra Biblioteca, recibieron nuestro ofrecimiento de subvencionar un número de la revista. Y con la generosidad y entrega que ya hemos mencionado, ellos mismos se marcaron un compromiso: dedicarlo a Gabriel Miró. Nuestra

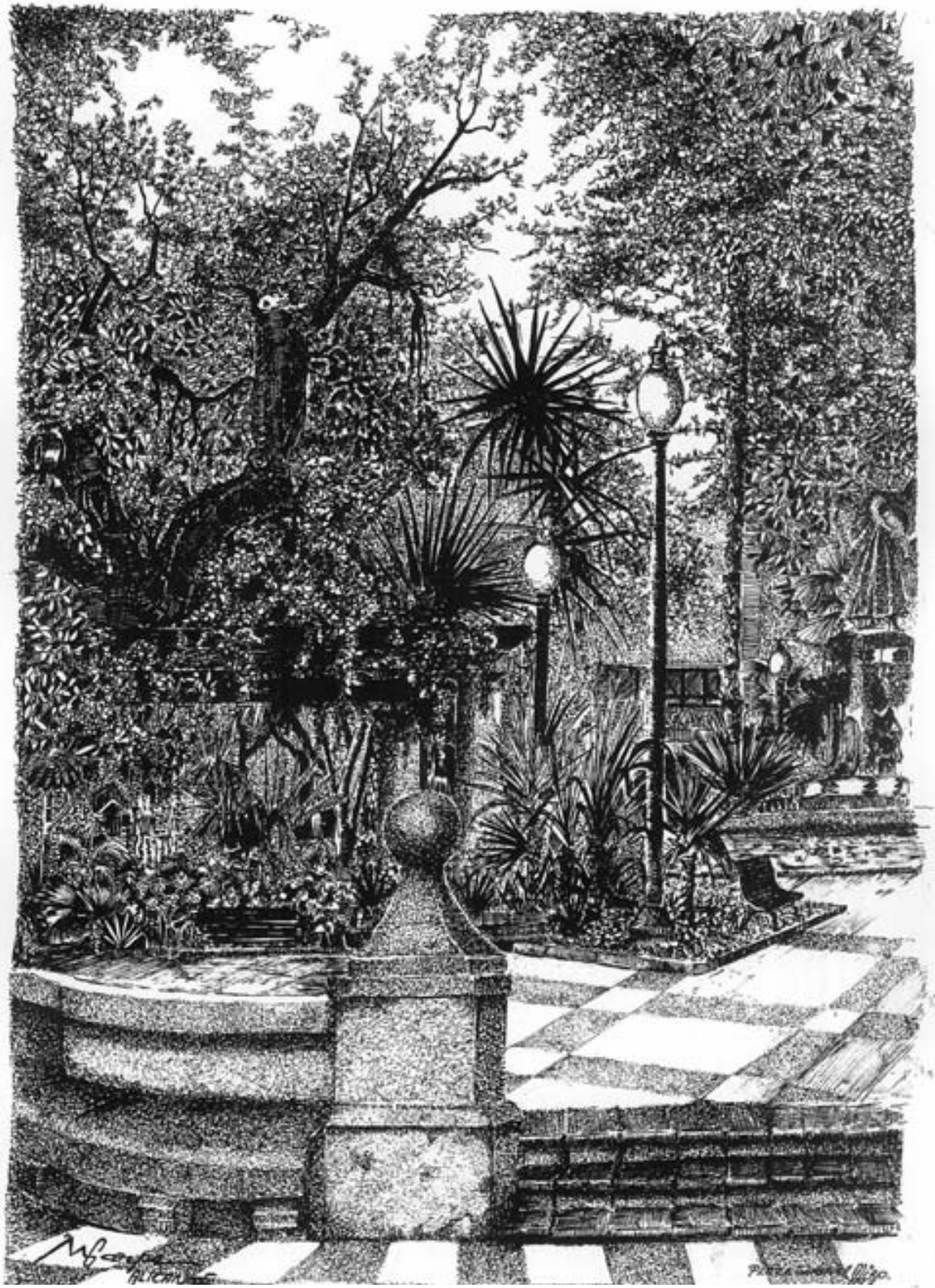
satisfacción pueden imaginarla; el tiempo dedicado, los esfuerzos, posiblemente no. O al menos, no hasta que hayan podido leer estas páginas, mirar con detenimiento las espléndidas ilustraciones que nos aguardan desde la portada.

Posiblemente conocen ustedes, estimados lectores, el compromiso que existe desde hace muchos años ─algunos más de cincuenta─ entre la actual Caja de Ahorros del Mediterráneo y Gabriel Miró. La Biblioteca que lleva su nombre ─inaugurada en 1952─, el Premio de Cuentos que ya ha alcanzado su LII edición, la publicación de sus *Obras Completas*, y distintas actividades como simposios y exposiciones dedicados a nuestro gran escritor. El Despacho-Biblioteca de Gabriel Miró, su legado, nos fueron confiados por su familia y, desde entonces, preservar y difundir su obra es un compromiso grato que forma parte de nuestro quehacer cotidiano.

Leer a Gabriel Miró no es, posiblemente, una tarea sencilla. Pero el encuentro con su literatura siempre deja una huella profunda y constituye un gran descubrimiento para quienes se adentran en las páginas, hermosas e inolvidables, de sus libros. Auca de las Letras así lo ha hecho y queremos pensar que pasan a formar parte de los fieles mironianos. Después de su entrega, del cariño y las horas dedicadas a este número, sólo nos resta, de corazón, darles las gracias.

Rosa María Monzó

Dibujo a plumilla de Manuel García Pérez, *Garpe*



Dibujo a plumilla de Manuel García Pérez, *Garpe*

Puntos de venta

PRENSA. C/ Jaime Segarra, Nº 35 ─ ALICANTE.
PRENSA. Plaza de América, Nº 2. ─ ALICANTE.
PRENSA NAVARRO. C/ Plus Ultra, Nº 75 ─z ALICANTE.
PRENSA MENCHÚ. C/ Calderón de la Barca, Nº 18 ─ ALICANTE.
PRENSA MATILDE. C/ Bono Guarner, Nº 21 ─ ALICANTE.
CAFETERÍA L' ESTIU. C/ Bono Guarner, Nº 19 ─ ALICANTE
VIDEO─CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos ─ ALICANTE.
LIBRERÍA DEL PLA. C/ Ingeniero Canales, Nº 5 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, Nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA EL CLÍNICO UNIVERSITARIO. San Juan. ─ ALICANTE
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, Nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA INTERNACIONAL. C/ Rafael Altamira ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, Nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA EL CATÓN. C/ Virgen de los Desamparados, Nº 50 ─ NOVELDA.
LIBRERÍA PISCIS. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA GRAN VÍA. Cehegín (MURCIA).
LIBRERÍA Mª JESÚS. Cehegín (MURCIA).